LA
ARGENTIADA

POEMA

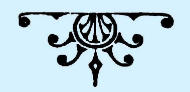
HISTÓRICO-DESCRIPTIVO

ESCRITO EN VARIEDAD DE METROS

POR

Manuel Rogelio Tristany

(SOLITARIO DE AMÉRICA)



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «ROMA» DE J. CARBONE, CUYO 852

LA

ARGENTIADA

LA

ARGENTIADA

POEMA HISTÓRICO-DESCRIPTIVO

ESCRITO EN VARIEDAD DE METROS

POR

Manuel Rogelio Tristany

(*SOLITARIO DE AMÉRICA*)

CONTIENE:

La historia imparcial del descubrimiento y conquista de las regiones del Plata. — Descripciones geográficas, históricas y topográficas de los principales ríos, desiertos y territorios poblados. — Una noticia histórico, descriptiva del carácter, religión, costumbres y modo de guerrear de las primitivas razas. — Los nombres y reseñas biográficas de los descubridores, conquistadores y caciques indígenas que más se distinguieron. — Batallas, sorpresas, fundaciones de ciudades y acontecimientos célebres.—Episodios histórico-novelescos en que aparecen las supersticiones, trajes y usos de la vida íntima de los indios. — Los accidentes cosmográficos y nereológicos más notables de los climas del Plata y las producciones más importantes de su naturaleza en los reinos vegetal y animal. — Un vocabulario de las voces GUARANIES *y* LULES *usadas en el poema.*

BUENOS AIRES
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO ROMA—CUYO 852
1902

AL LECTOR

El autor nació en España: lo dejó huérfano la guerra civil y completó su educación en Francia, alimentando su alma con el estudio, en la soledad y el destierro á que lo condenaran hasta las amnistías que abrieron las puertas de la patria á todos los emigrados políticos, con excepción de Cabrera y los Tristany.

Demasiado jóven para haber tomado una parte activa en la guerra civil y sin patria á quien consagrar sus inspiraciones, buscó en América nuevos horizontes para su fantasía y la libertad, igualdad y fraternidad que anhelara, creyendo que hay tanta gloria y tanto honor para el americano que proteje á un europeo distinguido y desgraciado, como deber en éste de ser grato á los beneficios.

Ligado á la América del Plata por los dulces vínculos de la familia y de la amistad, le pagó una deuda de gratitud ofreciéndole sus inspiraciones, al mismo tiempo que legó á sus hijos idolatrados algunas páginas en que encerrara el sentimiento de su alma.

Amargos desengaños y crueles decepciones le enseñaron á que precio se compran sobre la tierra algunos efímeros aplausos.

Discurso Preliminar

Nada contribuye más al desarrollo del entusiasmo que la poesía. Hermana gemela de la música la sirve de elocuente intérprete; idioma del alma ella es la que le habla un lenguaje sublime que la impulsa, la engrandece y la eleva haciéndola abandonar el estéril campo de la materialidad para lanzarse en las regiones ideales y ambicionar la perfección. Ciertas obras poéticas son las únicas que obtienen una completa popularidad, llegando á todas las clases sociales con las canciones y los himnos y por la prensa y el teatro.

Las vibraciones de una lira bien templada despiertan instantáneamente écos simpáticos en todas las almas superiores y sentimentales; y si la lira vibrante es la de un Bardo que canta inspiradamente las glorias de su pátria ¡ah! entónces ¿cual es el corazón que no palpita con entusiasmo?...

Las obras que pertenecen al dominio de las ciencias no circulan sino entre los sábios y los eruditos; ocupan grave y dignamente el primer lugar en una biblioteca, pero el pueblo ignora su existencia. La luz de la ciencia no ilumina á los profanos, es patrimonio, y á veces única recompensa, de aquellos que por obtenerla sacrifican la juventud y aún la fortuna;

por esta razón la verdadera sabiduría cuenta siempre pocos adictos y contados apóstoles que suelen ser mártires de su amor á la ciencia y de la ingratitud inherente á la especie humana. Algunos sufren los tiránicos impulsos de una pasión exigente, la pasión de gloria.

El hijo de Napoleón I, el desdichado duque de Reichstadt dejó escritas en sus memorias estas palabras:

«De toutes les passions, celle de la gloire est la plus impérieuse. Pour certaines natures, l'inaction c'est la mort».

Yo diré á los que lean la *Argentiada* imitando al ilustre Deán Fúnes sábio historiador argentino. No es vana satisfacción de amor propio la que me impulsa á una empresa gigantesca, es el convencimiento de que apesar de cuanto se ha escrito sobre la América del Plata, esta región quizá la más favorecida de la naturaleza en el Nuevo Mundo no es conocida del extranjero ni de la mayor parte de sus hijos; es en fin la esperanza de que un poéma del género que ofrezco salga del dominio de los sábios y eruditos inoculando en la masa del pueblo el entusiasmo patriótico, único que puede desterrar el mónstruo del egoísmo que desgraciadamente aprovechándose de las discordias civiles ha cundido amenazándo esterilizar su pensamiento y su corazón.

El ilustre Cervantes poco antes de espirar exhaló en algunas palabras el pensamiento que le atormentaba: estas fueron. «No existe mayor pena que morir sin haber sido comprendido y con el desconsuelo y el temor de ser en breve olvidado».

En cambio, Lebrún, imitando á Horacio y aún escediéndole puso al frente de sus obras los siguientes versos que expresan de un modo elocuente la importancia de la poesía y lo risueño de sus esperanzas.

Grace a la muse que m' inspire
il est fini ce monument,
que jamais ne sauront détruire
le fer ni le flot écument:
le ciel même armé de la foudre
ne saurait le réduire en poudre

Il brave les tyrans avides,
plus hardi que les pyramides
é plus durable que l'airain.
¿Qu' ateste leur, masse insensée?
—Rien qu' un néant ambitieux...
¡Mais louvrage de la pensée
est eternel comme le Dieux!

Una de las cosas que necesita indispensablemente el viajero, historiador ó filósofo y con principalidad el naturalista, que recorra las regiones del Plata procurando enriquecer las ciencias, es instruirse en los idiomas primitivos el guaraní y el lule, sin ellos no podrá buscar por analogías la relación de un nombre con una cosa y determinar esta claramente. Preocupado por tal idea y firmemente decidido á que si la *Argentiada* es bien recibida entre propios llegue á ser conocida de los estraños, al mismo tiempo que para despertar el amor al estudio de los citados idiomas, he trabajado del modo que conocerán los hombres entendidos llegando hasta rimar algunas veces el guaraní. He procurado dar á la epopeya un tinte religioso, justificando escrupulosa y concienzudamente aquel aserto que pudiera parecer aventurado.

Ninguna lección es más elocuente que las recitaciones épicas, ellas hablan á la imaginación del hombre y evocan el pasado haciéndole desplegarse ante el alma como un grandioso y fantástico panorama.

Homero transformando los héroes de su pátria en

Dioses les daba la inmortalidad y legando á las generaciones que les sucedieran su Ilidia y Odissea, que había de respetar el tiempo más que á las obras monumentales, eternizaba la gloria de la Grecia aún cuando los siglos pretendieran sepultarla bajo el polvo de las ruinas.

Virgilio en su Eneida al describir la destrucción de Troya y la fundación de Roma por los prófugos troyanos, y Ovidio en sus Heroideas levantaron monumentos eternos á las glorias romanas, no menos que Lucano en la Farsalia, poema publicado antes que la Eneida, eternizando la gloria de aquella batalla que inmortalizó á su héroe.

Dice el P. Guevara, en su historia del Paraguay publicada por el señor D. Pedro Angelis, en su colección de «Documentos Históricos», que los indios, tenían una especie de bardos ó rapsodas que les recordaban cantando las proezas de sus antepasados y este hecho consignado por una de las primeras autoridades históricas del Rio de la Plata, no ha sido desmentido hasta el presente por ningún otro historiador. Los historiadores de Méjico y del Perú y muchos viajeros refiriéndose á los pueblos bárbaros de América en su primitiva forma social, citan hechos de la misma especie observando el criterio sublime de Humboldt, que aún las razas más ineptas por su ignorancia, poseían instrumentos músicales, bailes, canciones amorosas y guerreras y licores espirituosos para embriagarse...

Todas las naciones civilizadas han amado desde su infancia la poesía épica y la autoridad de Estrabon y Tácito coloca á los anales de los Germanos, Galos, Cántabros, Bretones y Celtas en la esfera de poemas dignos de sus héroes, poemas que eran cantados por bardos aplaudidos á la par que sus ídolos y oráculos.

Un célebre poeta dijo:

Ossian que por estro hubiera
montes, cabañas, palacios
y por trompa en los espacios
el estruendoso huracan!
....

Ossian, el bardo heredero de la ardiente inspiración Sajona y Céltica supo arrancar de su líra vibraciones patrióticas qúe repitieron los écos de las montañas y se trasmitieron de generación en generación resonando aún hoy sus himnos en Inglaterra del Cumberland á la Canongate.

Desde la niñez se acostumbra el hombre del antiguo mundo á oir ensalzada la gloria de su patria. El más ignorante gondolero de Venecia, cualquier *lazzarone* italiano, recita y canta los versos del Tasso, Ariosto, Dante, Metastasio y Alfieri; el aldeano francés más rudo conoce los himnos de los bardos galo-romanos y si no sabe recitar un canto del poema Juana de Arco sabrá las canciones patrióticas de Beranger. Los ingleses además de Shakespeare, Milton y Lord Byron han tenido al inmortal Walter Scoot, bardo por excelencia y pocos serán los labriegos españoles que no conozcan los romances del Cid Campeador y del Bernardo, aunque habiten el paraje más agreste y solitario de las montañas. El Africa y el Asia poéticas, ha dado á conocer una obra de D. Pasqual Gallangos, literato orientalista, en la que se hallan traducidos muchos fragmentos de poemas árabes; sublimes inspiraciones de poetas asiáticos y africanos, rivales en el génio de Homero y de Ossian, de los que algunos florecieron en Córdoba entre los muzlimes de Abderramen el Magnánimo.

Portugal poseyó á Camoens, ilustre y desventurado autor de las Luisiadas, y la poética Teutonia, esa Alemania soñadora y fantástica, ofrece en cada una de sus tradiciones un poema digno de Schiller

y Ghoete; sus baladas y leyendas expresan siempre el espíritu patriótico y caballeresco, elevado á la idealidad.

América, la zona de vírginal naturaleza, cuyo esplendente cielo y pródiga y variada vegetación hablan á el alma entusiasta con el sublime lenguaje de la inspiración, ha producido sin embargo menos bardos que valientes guerreros, y el éco de sus montañas no repite con frecuencia la voz de un pastor ó de un viajero que canta hímnos cuando menos en justo tributo de admiración á tan grandiosa belleza, á tan admirable y pródiga natura.

A la poesía épica del viejo mundo puede oponer las obras novelezcas de Coopes, algunos nombres tan ilustres como los de Alaman y Fúnes y las chispas sublimes de inspiración hijas de ingenios que como Heredía, Varela y Echeverría han desaparecido del mundo al comenzar á esclarecerlo. *La Araucana* fué considerado un poema de mérito extraordinario respeto á la época en que se escribió, permaneciendo sin embargo por su índole entre los eruditos. La misma suerte cupo á *La Argentina* y á *La Mejicana*, poemas cuyo mayor mérito no está ni en la fábula ni en la verdad histórica, sino en que por necesidad tienen que ser consultados por el historiador, pues llenan del modo que cada cual juzga el vacío de una edad á otra.

Todo el que conozca la vida moral de la Europa y la de América, analizando climas, orígenes y tendencias adquiriría muy pronto el convencimiento de que la América del Sud es la que tiene en el mundo de Colón un porvenir literario más brillante, y puede ser que no se halle lejano el día en que eclipse su literatura vírgen á la ya muy gastada de Europa.

Un conocido escritor europeo ha dicho estas notables palabras «La literatura Sud-Americana, ha de

tener todas las preseas de la imaginación, esa grandiosa originalidad, esa juventud vaticinadora de un grande porvenir, ese pudor virginal que se advierte en su tierra; esa pasión que nutre en sus entrañas, de ostentar maternidad pródiga y fecunda, esa profundidad que pide filósofos para investigarla».

El autor de *La Argentiada* sin ambicionar los honores del historiador y sin esperar el láuro inmarcesible del poéta sublime, se propuso presentar las glorias de la América del Plata á grandes rasgos en una obra que no desdeñára el hombre grave porque hallase en ella algo de la verdad severa y filosófica de la historia, y agradára al entendimiento juvenil porque halagase las nobles pasiones y encendiese el entusiasmo patriótico en las almas bien organizadas.

Ha hecho uso en el poéma de una variada versificación para huir de la monotonía en cuanto le ha sido posible, procurando adaptar cada metro al suceso que intenta referir, como hace el pintor que combina los colores con que procura animar el lienzo.

Los datos históricos son hijos de un profundo y detenido estudio de cuantas obras se conocen sobre el Plata, las voces guaraníes han sido consultadas con el tesoro del P. Ruiz Montoya y las lules con el autor de *La Argentina*, Fúnes Guevara, Lasota y Lozano, así como con algunos que han vivido en relaciones con los índios Aucaes. Las descripciones geográficas estan ajustadas á las cartas más correctas y á los principios exactos de la Geodesia y Cosmografía, y las topo-gráficas son cópias tomadas con esmero del natural. La Caridad cristiana es el *Deus est machina* de *La Argentiada* procurandose que la verdad sea su corolario, y los episodios históricos-novelescos tienen siempre por objeto hacer visible una costumbre supersticiosa ó accidente de la vida íntima de los indígenas.

Cuántas dificultades se habrán tenido que superar; cuán inmenso habrá sido el trabajo, por imperfecto que aparezca, son cosas que solo puede dar á conocer la crítica de los hombres ilustrados.

El autor de *La Argentiada* no la teme porque no ignora que en el alma del crítico más cruél existe una voz austera que se llama conciencia, y esta no puede ser injusta con el que luchando constantemente con mil contrariedades y condenándose al immsomnio con la fiebre de la investigación, para aproximarse á la verdad buscó inspiraciones en las vírgenes selvas recorriendolas como peregrino oscuro al paso que se proponía describir, no queriendo cometer los errores del que escribe sin propia convicción y conocimiento.

Dichoso el bardo si su poema merece en la América del Plata una afable acojida que haga llegue su éco á la culta Europa; y si los poétas americanos apreciando su intención se inspiran con vehemencia en las elocuentes páginas de la historia y crean una literatura propia—una literatura Sur-Americana que llegue á respetar la Europa, simpatizando con ella.

La Europa ama con entusiasmo todo cuanto ofrece á su cansancio moral una chispa de original virginalidad; por esto han obtenido en ella un gran éxito las novelas americanas de Cooper y Beeker Stowe, los viajes pintorescos y aún aquellos ligeros artículos descriptivos que publican algunos periódicos.

Si *La Argentiada* es recibida por los americanos del Plata con afecto, hará conocer á Europa esta hermosa región sino como ella merece, al menos con verdad. Su autor sabe que existen en ella poetas ilustres que como Mármol, Figueroa y Magariños, han hecho oír los écos de sus inspiradas líras á la Europa; reciban ellos el homenaje de su estimación en estas líneas.

LA ARGENTIADA

PARTE PRIMERA.

Contiene los acontecimientos más notables del descubrimiento y conquista de las regiones del Plata desde 1508 á 1620.

LIBRO I.

1508-1532.

INTRODUCCIÓN.

OYE la voz, América Argentina, (*)
Del que canta tu gloria y tu grandeza
Y la hermosura riente, peregrina,
Que te dió virginal naturaleza.
Á empresa tan gigante no le inclina
Ambición, desmedida de riqueza;
La mágica esperanza que le inflama
Es aumentar ¡Oh América! tu fama.

La tumba de Virgilio resplandece,
Si del Vesubio al llamear se mira,
Y el laurel que la asombra, reverdece
Cuando el volcan con fulgidez respira.
Pasan los siglos, y ella permanece,
Con su brillar el trovador se inspira,
Lanzando sus delirios en canciones
Que aplauden ó desprecian las naciones.

(*) El autor quiere significar los territorios que formaron un tiempo el Gobierno de la Plata, antes de 1620 en que se dividió éste en los virreinatos de Buenos Aires y el Paraguay.

Yo en alas de mi ardiente fantasía
Me lancé en los espacios atrevido,
Diciendo ¡salve divinal poesía
Qué diosa y madre de la gloria has sido!
Más cuando placentero sonreía
Por mágicos ensueños adormido,
Caí llorando del fulgente cielo
En noche oscura de infinito duelo.

Soñando, viera al inmortal Quirino,
Ostentar sus tesoros y hermosura,
Siendo feliz poéta y peregrino;
Más desperté con llanto y amargura,
Maldiciendo á los hombres y al destino;
Pues al buscar la gloria en mi locura,
Dolientes sombras evoqué al acaso
De mártires ilustres como el Tasso.

Entonces rechacé la fuerza oculta
Que á cantar me instigaba con vehemencia
Y una voz que habla al alma y que la insulta
Si halla en ella obstinada resistencia;
Voz, que en éxtasis dulces la sepulta
Con su férvida y mágica elocuencia,
Se propuso vencerme de tal suerte,
Que al fin dejóme aniquilado é inerte...

De súbito una luz esplendorosa
Que fúlgida el espacio iluminaba,
Me hizo ver una sombra portentosa
Que por senda de nubes caminaba.
Fijé la vista incierta y temerosa
Y ví un anciano que hácia mi llegaba,
Cuya mirada con centella pura
Rasgaba el velo de la noche oscura.

«Yo soy, me dijo, aquel náuta eminente
«Que un láuro inmarcesible conquistara;
«Aquel á quien la envidia crudamente
«Sin cesar oprimiera y abrumara;
«Aquel que trató el mundo cual demente
«Porque un país ignoto denunciara,
«El que hoy al Orbe con su nombre llena
«Y vivió mártir, y murió en la pena.

«Yo soy aquel marino tan nombrado,
«Que un mundo tras los mares contemplaba;
«Aquel á quien jamás desesperado
«Rindió la envidia que en su mal gozaba;
«Aquel que con esfuerzo imponderado,
«Despreciando el furor de la mar brava,
«Halló esa zona mágica que un día
«El *mundo de Colón se llamaría.*

«Yo soy aquel de gloria tan avaro
«De espíritu constante y atrevido
«A quién tanto afligió con su descaro
«El pérfido ignorante orgullecido.
«Yo soy aquel á quien guiára el faro
«De la ciencia en un mar desconocido;
«Y fué infeliz, porque marcó en sus páutas
«El rumbo de su mundo á ingratos náutas!

«Quién más gloria que yo conseguir pudo
«Ni quien llegó á contar tantos pesares?
«Quién logró dominar el golpe rudo
«De la envidia del miedo y de los mares?
«Quién opuso á la suerte el firme escudo
«De la resignación en mil azares?
«Quién por un premio recibió un castigo,
«Y al fin murió cual infelíz mendigo?

«Pregúntalo á la historia, á todo el mundo;
«Pregúntalo á ese mar que fué en su espacio
«Para mí en ilusiones tan fecundo,
«A los écos austeros del palacio
«De Isabel y Fernan meditabundo,
«Y al cielo de zafír y de topacio
«Que se ostenta en las mágicas Antillas
«Cobijando sublimes maravillas.

«Pregúntaselo á el aura que murmura
«En las selvas de América mi nombre
«Y al mar cuando relucha con bravura
«Amedrentando el corazón del hombre,
«Que ellos proclaman siempre con ternura
«Del marinero intrépido el renombre;
«Pues doquiera que el sol su luz derrama
«Mis desdichas llegaron con mi fama.

«Si el esplendor anhelas de la gloria,
«Viste á tu corazón de duro acero,
«Lanza en la idealidad á tu memoria,
«Y al fin como el intrépido guerrero
«Lograrás reluchando la victoria,
«Y obtendrás el laurel más verdadero,
«Que es vencer á la suerte, despreciando
«El rigor que te vaya demostrando.

«Lance tu lira vibración potente
«Con la divina inspiración Homérica,
«Y á la región magnífica que ostente
«Mayores galas en mi amada América,
«Cántale con un cántico elocuente
«Cuyo éco llegue á la nación Ibérica,
«Y á los hijos de aquellos, tan famosos,
«Domadores de indianos belicosos.

«Dile al mundo cual es la más amena
«Región de clima plácido y templado,
«A quién la mar con su rugir no atruena,
«Ni el Bóreas viste con capuz nevado;
«A la que muestra el sol la faz serena,
«Siempre con esplendor, nunca enlutado
«Derramando su lumbre de manera
«Que ni falta cruél, ni ofende fiera.

«Dile, que ni aquel Méjico famoso,
«Ni Chile, ni el Perú tan celebrado,
«Ni el Norte de la América orgulloso
«Con la vida que Washington le ha dado;
«Ni el Brasileño Imperio poderoso,
«Ni el mar de las Antillas encomiado,
«Ninguno excede en virginal belleza
«A la región que por el Plata empieza.

«Ella en la inmensa americana zona
«Ocupa una estensión muy dilatada;
«La fama, su riqueza ya pregona,
«Aunque su más notable está ignorada;
«El Ande en sus confines se eslabona
«Y es por ríos sin número regada,
«Siendo tal su magnífica hermosura
«Que en ella se esmerara la natura.

«No encontró en ese suelo el codicioso
«El oro del imperio mejicano,
«Pero obtuvo el guerrero valeroso
«La gloria de un esfuerzo sobrehumano
«Al intentar vencer el ardoroso
«Denuedo, más tenaz que el araucano
«Del indio que al lanzarse en el desierto,
«Antes que ser vencido, fuera muerto.

«A su historia no manchan los horrores
«Que á Cajamalca y Tumbez enlutaron.
«Los primeros hispanos pobladores
«Que esta región vastísima esploraron
«Mucho más que tiránicos rigores
«Persuasiva política emplearon
«Y solo de sus armas uso hicieron
«Cuando las circunstancias lo exigieron.

«Maldiga el filantrópico en buen hora
«De Pizarro y de Luque la crudeza,
«Que el generoso espiritu deplora
«Recordando con pena su fiereza.
«Maldiga, si le place, á aquella aurora
«Que vió á Guatimocín en su tristeza
«Y celebre el clamor, que aún triste zumba,
«En los desiertos páramos de Otumba...

«Allí hubo imperios y abundancia de oro,
«Hubo sangrientas luchas ambiciosas;
«El botín del soldado fué un tesoro,
«Las penas y venganzas horrorosas!
«La suerte de esa América deploro
«Y maldigo á las almas codiciosas,
«Que por saciar su hidrófoba codicia
«Hollaron la razón y la justicia.

«Mas en esas regiones dilatadas,
«Que llamaron América Argentina,
«Solo el hispano halló las afiladas
«Flechas que procuraban su ruina,
«Inmensas soledades habitadas
«Por el tigre y león y en que dañina
«Serpiente, su veneno atesoraba
«Con que al infante incauto inoculaba.

«En vano intentarán diestros varones
«Con malicia ocultar los claros hechos,
«Para saciar sus iras ó ambiciones
«Negando la virtud á nobles pechos;
«Que borren de la historia las acciones
«Más grandiosas, si niegan los derechos
«A razón de conquistas señalados
«En los bárbaros siglos é ilustrados.

«Púlsa la líra y canta al que pudiera
«Un siglo y otro con denuedo inmenso
«Elevar flameante su bandera
«En los confines del desierto extenso;
«Oponiendo al salvaje por barrera
«Y á su empuje rudísimo y ofenso
«El alma valerosa y elevada,
«El brazo fuerte y la cortante espada.

«Canta al valor é intrépida constancia
«De los sábios varones y guerreros
«Que domar intentaron la arrogancia
«De los pueblos más bárbaros y fieros,
«Y sin temer peligros ni distancia,
«Y á pesar de ambiciosos desafueros
«Alzaron de la fé las atalayas
«En las desiertas y enemigas playas.

«Cántale á los preclaros descendientes
«De la raza que fué conquistadora,
«Que batallando siempre cual valientes
«Aún elevan su enseña vencedora
«Para terror de las infieles gentes,
«Sobre ese mar de arena abrazadora
«Que la desierta Pampa se apellida,
«Del indio extensa y señorial guarida.

«No quieras comprimir la viva llama
«Que ilumíne tu jóven fantasía,
«Deja que rauda brote si te inflama,
«Síguela sin temores y sin guía,
«Que si el pueblo á quien cantas no te aclama
«Culpa será de tu fortuna impía;
«Más yo te auguro estimará tu intento,
«Aunque con él no iguale tu talento.

«Mi sombra ha de seguirte por doquiera,
«Mi voz animará tu cobardía,
«Mi dedo te guiará sobre la esfera
«En la dificultosa geografía,
«Y puede ser que el porvenir adquiera
«Un brillo que te llene de alegría
«Y penetrar consigas en el templo
«De la gloria, guíado por mi ejemplo».

. . . .

A la voz de Colón, el alma adusta
Del bardo, deslumbró luz esplendente,
Pulsó su líra que vibró robusta
Y alzó radiosa la apenada frente.
La sombra se eclipsó grave y augusta
Cual sol sereno que buscó el Poniente;
Más un éco dulcísimo y lejano
Repitió *¡Canta al pueblo americano!*

Canto I.

LUX IN TENEBRIS LUCET

Se alza en altiva cumbre
Bajo sereno y esplendente cielo,
Con fulgurante lumbre,
De la mísera humana pesadumbre
La enseña que da fin al desconsuelo

La cruz! La cruz sagrada
Asilo maternal del que padece!
La cruz santificada
Qué á el alma dolorida y fatigada
Bajo su sombra la ventura ofrece!

La sangre del divino
Cordero redentor la fecundara,
Para que al peregrino
Mortal que se extravía en el camino
De la vida, su amor le recordara.

Al pié de la cruz pura,
Demostrando tristísimo quebranto,
Angelical criatura
Con férvida mirada hallar procura
La esperanza en el leño sacrosanto.

El sol trémulamente
Lanza rayo suavísimo, espirante
Al ir lánguidamente
Velándose en las sombras de Occidente
Y dorando las aguas del Atlante.

Con acento sonoro
La célica visión, santa y divina
Dijo calmando el lloro:
«Señor, Dios de los cielos, yo te imploro
«En favor de la América Argentina!

«Tú que infinito imperas
«Y el humanal y mísero pecado
«Redimir consiguieras,
«Ten compasión, Señor, de los que vieras
«Indignos de tu amor y de tu agrado.

«Tú que en la cruz, sufristes
«Por tu bondad aquel tormento impío,
«Y tanto padecistes
«Cuando al mortal ingrato redimistes,
«Detén tu justa cólera Dios mío!

«Tú! Rey que has ordenado
«Que yo mitigue los acerbos males
«Del sér más desdichado,
«Dios de amor y piedad, me has enseñado
«A proteger los míseros mortales...

«Permíteme que vaya
«Cumpliendo venturoso mi destino
«A la Argentina playa
«Cuando comience la cruel batalla
«Y que el que sufra me halle en su camino.

«Tu voluntad suprema
«Encendió en mí el amor á los humanos,
«Si hoy lanzas tu anatema
«Permítele, Señor, alzar su lema
«Á el Angel protector de los cristianos.

Al terminar su ruego
La divinal magnánima matrona,
Tras nubes de áureo fuego
Brotó á raudales fecundante riego
De la bondad divina que perdona.

Jehová siempre piadoso
Con el que sólo ingratitud encierra.
El álito precioso
De su ternura, difundió amoroso
En las regiones de la indiana tierra.

La caridad sublime
Tendió sus alas y con ráudo vuelo
A todo aquel que gime
Y á quién su culpa ó su desdicha oprime
Le brindó con amor dulce consuelo.

La cruz! La cruz piadosa
Se alzó aunque muy humilde y solitaria
Pura y esplendorosa,
Esperando escuchar siempre amorosa
De los tristes mortales la plegaria.

Mostróse á las criaturas
La enseña poderosa y sacrosanta
En célicas alturas,
Desnuda de las vanas vestiduras
Y llamando al humilde á quien levanta.

Su matíz purpurino
Ensalza con sus cánticos el ave,
Y el sol en su contino
Esplendor matinal ó vespertino;
Solo el hombre por mucho que lo alabe
Ensalzarlo cual debe jamás sabe.

Canto II.

Descripción general de las regiones que baña el Plata—Carácter, religión y costumbres de las razas que poblaron estos países cuando fueron primeramente descubiertos por el piloto español Juan Díaz de Solis en el año 1508.

Es tan alto el valor y gloria suma
De los audaces y hábiles marinos
Que de la mar atlántica, la espuma
Azotó en sus rugientes torbellinos,
Cuando lograron tras la densa bruma
Hallar del Nuevo Mundo los caminos,
Que aumentarlas no puede ni un quilate
La inspiración del más sublime vate.

El nombre de Colón; su nombre solo
Encierra en sí un magnífico poema
Resonando de un polo al otro polo
Y á los sábios sirviéndoles de tema.
Sus caravelas que impulsó el Eolo,
Dando fiel solución á su problema
Siguieron audazmente cien pilotos
Visitando los países más ignotos.

Uno de ellos Solís, náuta eminente.
Fué el primero que osara valeroso
Navegar remontando la corriente
Del río de la Plata caudaloso,
Al que denominó la indiana gente
El Paraná-guazú por lo anchuroso,
Admirando las costas que este baña
Y su clima remedo del de España.

Vió Solís fertilísimos terrenos
De hermosísimas plantas alfombrados
Y encontró de los ríos en los senos
Variedad de riquísimos pescados;
Frutos muy nutritivos y muy buenos,
Pájaros de plumajes matizados
Y en fin cuantos tesoros y belleza
Ofrece virginal naturaleza.

Más si bien á las más bellas regiones
La Argentina región nada envidiara,
También su hermoso suelo cien naciones
De bárbaros indígenas guardara,
Cuyo instinto á los tigres y leones
En lo fiero y cruel sobrepujara;
Sin ninguna cultura, ni más diques
Que la déspota ley de sus caciques.

Al comenzar la costa del gran río
Que en el mar Océano desemboca,
Con imponente majestad y brío,
Se destacan dos cabos en su boca;
El uno que está al Sur es muy bravío
Sin más abrigo que la estéril roca
Y el otro que está al Norte entre arrecifes
Sepultura es de barcos infelices.

La región que del río se halla al Norte
Lindando del Brasil con las fronteras,
En su costa presenta un bello corte
Y es muy rica en arroyos y maderas;
Sus naturales eran de buen porte;
Abunda en flores, pájaros y fieras,
Siendo la que miró primeramente
Solís, llegando á ella casualmente.

En el sur extensísima llanura
Cuyos límites son las Cordilleras
Se desplega imponente, su hermosura
No presenta montañas altaneras
Pero infunde en el ánimo pavura
Por sus formas inmensas y severas;
En ella el hombre va con paso incierto
Sintiéndose muy chico en el Desierto.

Se alza al umbral del infinito llano
Buenos Aires, ciudad que fuera un día
El emporio del mundo americano
En saber, en riquezas é hidalguía,
La joya más preciada del hispano
En la región del Sur, de do partía
De ilustradora fé la noble idea
Y la hueste aprestada á la pelea.

Hoy mismo, aún apesar de sinsabores
Que intentaron robarla su grandeza
Y de luchas, tormentos y dolores,
Se alza ufana con gloria y con fiereza.
Generosa olvidando sus rencores
Acoje al alma noble con nobleza,
Por eso el bardo al contemplarla erguida
Sus glorias canta, su dolor olvida.

Yace al Nordest del Plata reclinada
Como una ninfa sobre blanca peña,
Por la brisa del mar acariciada
Y haciendo al náuta cariñosa seña,
Una ciudad que fuera codiciada
Por su belleza mágica y risueña;
Más la hirió el egoismo y ¡ay! lo veo
Destruir la sin par Montevideo!

Del Paraná grandioso en la ribera,
Se ostenta una ciudad con ufanía;
Ella al saber benigna lo acogiera
Con afable lisonja é hidalguía.
Un espíritu ilustre consiguiera
Darla influjo, riquezas y alegrías
Él quiere verla sábia y poderosa;
Noble deseo, ambición gloriosa!

Allá dormido en campos abundosos
Bajo un cielo sereno y rebrillante
Se alza un pueblo que vió á los más famosos
Hispanos que cruzaron el Atlante
Para domar indianos belicosos
La Asunción que con éco resonante
El Paraguay saluda lisonjero
Con orgullo mostrándolo al viajero.

Cuando los primitivos navegantes
Llegaron de la Plata á las orillas
Y vieron á los indios habitantes
Creyeron que eran gentes muy sencillas
Pues mostraban con gestos incesantes
Que veían en las naves maravillas
Y en los audaces náuticos hispanos
A unos seres divinos, más que humanos.

Todas aquellas gentes provenían
De razas más ó menos poderosas
Que guerra á muerte sin cesar se hacían,
Dominando las que eran belicosas
Y el trabajo y quietud aborrecían
Á las que hallaban algo labiorosas,
Que esclavas de las tribus más guerreras
Sufrían su despóticas maneras.

Las razas hasta el día más nombradas
Que aún conservan gran parte de grandeza
Son cuatro que se hallaban situadas
En regiones distintas; su altiveza
Indomable y feroz hizo afamadas
Á dos de una cruel naturaleza
Que aún los desiertos huellan atrevidas,
Ó en los bosques ocultan sus guaridas.

La primera en valor y en poderío
Raza cruel que al español detesta,
Es una que en la costa Sur del río
De la Plata, causábale funesta
Al poblador espanto por su brío.
Su ódio continuamente manifiesta
Y llámanla de Aucá, nombre temido
Que á innumerables tribus á engreido.

Ella, señora de la Pampa inmensa
Hasta el pié de los Andes predomina,
Ella siempre dispuesta á la defensa
Del argentino sueña en la ruina;
Ella sus mieses y ganados censa
Y cuando ve la hueste que avecina
Por la llanura ó que en el cerro asoma
Si la teme, veloz la huída toma.

La raza Guaicurú el muy remoto
Gran desierto del Chaco libre huella,
Siendo contínua pena y alboroto
Del cristiano que roba y atropella;
Llevándose á su toldo en sitio ignoto
Cuanto ve su codicia, sin vencella
Apesar de la inmensa y cruel matanza
Que hace en sus fieras tribus la venganza.

Caracará fué raza poderosa
Del Guaicurú y del Aucá enemiga;
Mostrárale al hispano cautelosa
Una apariencia de atención amiga;
La región que habitara es anchurosa
Y mil dones natura le prodiga
Ciñéndola con ríos diferentes
Que risueños arrastran sus corrientes.

La raza Guaraní que es la que fuera
Más amiga del plácido contento
De la paz, al hispano recibiera
Con gran benignidad y acatamiento
Por ser más labradora que guerrera;
La cruz amó con un noble ardimiento,
Dejando por recuerdo á las naciones
Solo un nombre glorioso «Las Misiones».

Una raza era el tronco, tríbu rama
De aquel tronco, que débil ó frondosa,
Según atesoraba tiempo y fama
Ó se hacía en sus hijos numerosa.
Un cacique era un Rey cuyo oriflama
Era una acción astuta ó valerosa
Y un Tubichá el señor de la que fuera
La tríbu de la raza la primera.

Una tríbu tomaba comunmente
El nombre del país en que nacía,
Ó el del cacique, si este era valiente
Y el poder de su tríbu engrandecía
Con su ferocidad ó astutamente.
Muerto el cacique, á veces sucedía
Que á la madre su tríbu se ayuntaba
Y al Tubichá seguía y respetaba.

Es la historia de América un poema
Digno solo de aquel que cantó á Troya;
El caos por orígen que un dilema
Lánza al saber humano que se apoya
En cualquiera principio por sistema
Llegando hasta perderse cual la boya
Que en los mares sin rumbo gira y gira
Y nunca el fin de su camino mira.

Ningún historiador está conforme
Al narrar las costumbres de la indiada
En describir su Dios; ya era un disforme
Mónstruo de barro ó de piedra mal labrada,
Ya el sol, el fuego, un animal enorme
Ó una serpiente fiera y enjaulada;
Á estos dioses servía un hechicero
Por lo común, anciano y ex-guerrero.

No existió en esta tierra americana
República ni imperio poderoso
Como aquel que fundara en la peruana
El ingenio del Inca valeroso;
Ni como el que describe la Araucana
Tan sábio, tan discreto y cuidadoso;
Eran los indios de la Pampa yerta
Lo que el beduino en la Africa desierta.

Errantes como nómadas viajeros
Las hordas donde más las convenía
Situaban su campo, sin esmeros
Formando numerosa toldería.
Con su cacique al frente y agoreros
Sin órden cada cual se establecía,
Hasta que algún capricho, sueño ó guerra
Les hacía dejar aquella tierra.

Pasaba una estación, otra venía,
Y el indio siempre nómada y errante
A la generación que le seguía
Dejaba por recuerdo memorante,
Alguna hoguera en que inmolara un día
Á un prisionero débil, ó arrogante,
Un campo de osamentas alfombrado
Ó un sitio más desierto y devastado.

De las razas ya dichas provinieron
De los aucas los fieros querandíes
Y ranqueles que guerra sostuvieron
Sin trégua contra tríbus guaraníes;
De los caracarás diz que nacieron
Las tríbus matarás y mbocovíes;
Y de los indomables guaicurúes
Los payaguases, mbayas y parúes.

Eran por lo común los que habitaban
Al Sur altos de cuerpo y altaneros;
Más pequeños al Norte no dejaban
Por esto de ser fuertes y guerreros;
Hácia el Este y Oeste variaban
En corpulencia y en instinto fieros;
Más todo aquel de complexión robusta
Tenía la faz rudísima y adusta.

Su cobrizo color y negros ojos
Que rayos chispeantes despedían,
Su desbarbada faz, los signos rojos,
Con que adornar su rostro pretendían,
Su fiero revolver en los enojos,
Los roncos alaridos que rugían
Al atacar valientes los cristianos,
Dió una fama terrible á los indianos.

La Pampa, ese desierto así llamado,
Cuya vasta extensión nadie ha medido,
Rival del Africano renombrado
Que imperio del salvaje siempre ha sido,
Al soldado español más denodado
Y en los fieros combates aguerrido
Cansaba con su estéril panorama,
Que solo pudo describir su fama.

Allí escondido entre el gigante cardo
Ó el pajonal espeso el tigre acecha,
No lejos de la cueva del leopardo
Cuyo próximo asilo no sospecha.
Allí el indio con ánimo bastardo
Preparó, y aún prepara veloz flecha,
Que huyendo silvadora, busque el pecho
Del que va galopando satisfecho.

El modo de pelear de los salvajes
Era en tropel, si en campo despejado,
Ó asechando con arte en los parajes
En que el paso era estrecho ó encumbrado.
Entonces, cual del mar los oleajes
Se revuelven con ruido imponderado,
Así las hordas bárbaras corrían,
Se agolpaban chocándose y rugían.

Unos provistos de aguzadas flechas,
Otros con dardos y enlazadas bolas,
Que de piedra muy dura fueran hechas,
En las cortas legiones españolas
Conseguían abrir sangrientas brechas
Y los más dando voces, por sí solas
Capaces de atontar, acometían
Y envolver su enemigo pretendían.

Los bárbaros formábanse en legiones
Mandada cada cual por su cacique,
Les daban la señal los broncos sones
De cien bocinas y el atroz repique
De unas piedras con otras y troncones;
Más el ruido que nada hay que lo esplique,
Es el ronco chiriar de la maraca,
Cuyo éco se asemejá ál de carraca.

Aquel sublime ingenio castellano
Que con estro inmortal cantara un día
La victoria que hiciera al araucano,
Cuanto su musa mágica podría
Enaltecer la gloria, del que ufano
Aún consigue con suma bizarría,
Á una raza feroz jamás domada.
Contener con el filo de la espada!

Yo intento referir aquellos hechos
Que á la total conquista acompañaron
Y el ánimo esforzado de los pechos
Que contra tantos males batallaron.
Describiré sus glorias y provechos,
Las penas y miserias que pasaron,
Sin ocultar aquello que no ignore,
Porque la gloria aumente ó la desdore.

Diré también que aquellos que vencieran
Á razas indomables y feroces,
Hoy el láuro talvez no consiguieran,
Pues son los indios muchos más atroces;
Á tropas aguerridas combatieran
Con astucias, con armas y con voces.
Y con lanzas muy fuertes y caballos
Que tienen sus desiertos por vasallos.

Los indios de hoy presentan escuadrones
Que con órden avanzan batallando;
Y salvajes cual ellos los brídones,
Al combate se lanzan relinchando.
Son jinetes que cien evoluciones
Hacen sobre el caballo galopando;
Y ya lancen sus libes ó su lazo,
¡Guay! del cristiano al que arrastró su brazo!

Al estudiar la historia del pasado
Y al contemplar los hechos del presente,
El bardo se alza altivo, entusiasmado
Sintiendo que un volcán arde en su mente,
Y canta delirante é inspirado
A tanto noble corazón valiente
Rogando al éco del gigante río
Repita el canto con sonoro brío.

Y lanza un ¡hurrah! al saludar trovando
El pabellón que acarició la gloria,
Cuando á gigantes pasos caminando
Le vengó de una ofensa una victoria.
Algún día sus hechos proclamando
Irá de gente en gente justa historia,
Y cien bardos rivales de Ossian
Con númen inmortal le cantarán.

CANTO III.

Vuelve Solís al Rio de la Plata el año de 1515 y muere en la costa Oriental en una celada que le prepararon los indios "Charrúas", regresando á España su armada. — Descríbese el carácter y costumbres de la tribu "Charrúa", sus guerras con otras tribus, el valor de su cacique "Zapicán", y se refiere la historia de "Alborebí", último de los "piaguapines".

Todo es silencio en las hermosas playas
Del ancho río Paraná-guazú,
Fingiendo las corrientes uruguayas
Y las del otro Paraná un tisú.

Tres hispanas veloces carabelas
Buscan un puerto en que poder anclar,
Disminuyendo el número de velas
Para poder despacio sondear.

Solís, aquel piloto renombrado
Que estas costas primero contempló,
Por su mago recuerdo estimulado,
A contemplarlas otra vez volvió.

No lejos de la costa que vió al norte
De aquel bello país, volvió á llegar,
Porque sus naves no eran de gran porte
Y á la tierra podíanse acercar.

El indio receloso contemplaba
Aquellas naves que volviera á ver,
É inquieto á sus augures preguntaba
Que causa las pudiera allí traer.

Dijeron los augures «que venían
En aquellas piraguas desde el mar
Unas gentes perversas, que debían
Á su maligno espíritu inmolar.»

Charrúas se nombraban los salvajes
De la costa que el nauta examinó,
Gente que medio oculta en los parages
Escarpados uraña al extranjero se mostró.

Su cacique era un mozo muy valiente
Y astuto, apellidado Zapicán,
Que al oir su adivino, diligente
Dispuso un hábil, aunque artero plan.

Marchó el indio á sus toldos, é hizo al punto
Á todos sus guerreros avisar;
Y así que tuvo al auditorio junto
Su proyecto empezó á comunicar.

Era un extraño cuadro el que ofrecía
La chusma aquella, bárbara y cruel,
Que en torno del cacique se extendía
Mientras hablaba con vehemencia aquél.

Gran número de ancianos centenarios
Junto á una hoguera con silencio están,
Escuchando los planes temerarios
De su jóven cacique Zapicán.

Cien guerreros de talla corpulenta,
De la llama ilumina el resplandor,
Y multitud de indianos oye atenta
Las frases del cacique su señor.

«Sabed charrúas — prorrumpió el cacique,
Que otras grandes piraguas hoy miré
Subir el Paraná, sin que me explique
Si vienen con buen fin ó mala fé.

Ayeaparí me dice que irritado
Añang con los charrúas ahora está
Y que, si á ese extranjero que ha llegado
Le ofrecemos, tal vez se calmará.

Ningún daño esa gente nos hiciera;
Pero puesto que Añang lo manda así,
Será preciso que el extraño muera,
Si atrevido se acerca por aquí.»

Un grito general de muerte y guerra
Lanzó la tribú bárbara y feroz,
Que el eco repitió de sierra en sierra
Y al tigre le hizo rebrincar feroz.

Al tigre que acechaba en la espesura
Una presa, y oyendo aquel gritar
Huyó sobrecojido, con pavura,
Volviéndose en las selvas á internar.

En un instante inmensa gritería
La quietud de la noche perturbó
Y en la extensa y poblada toldería
Ningún viviente al sueño se entregó.

Solo un indiano jóven que se hallaba
Junto al tronco de un Ibirapayé
Ceñudo y silencioso contemplaba
El regocijo que en los otros vé.

Le apellidaba la charrúa gente
Al jóven silencioso Alborebí,
Y éste oprimía entonces fuertemente
En su mano una espina yabebí.

Un odio comprimido revelaban
Su silencio, su ceño y ademán
Y aquel odio y aspecto se fundaban
En que era prisionero y arechán.

Esclavo en triste noche se encontraba
Y desde aquella un año se pasó,
Sin que el indio un instante se olvidara
Que padre, pátria y libertad perdió!

Fuera el hijo, el orgullo y la esperanza
Del cacique arechano Piaguapí,
Al que mató con bárbara asechanza
Su enemigo el charrúa Querapí.

La sombra de su padre ensangrentada
Al jóven le seguía por doquier,
Pidiéndole venganza porfiada
Y haciéndole de ira enloquecer.

¡ Oh cuán terrible odio su semblante
Denunciaba en sus horas de furor,
Cuando siguiendo impulso delirante
Del bosque se lanzaba al espesor!

Mas rápido que ciervo perseguido,
Con paso más ligero que el ñandú
Muchas horas vagaba enloquecido
Cayendo al fin en tierra sin andú. (*)

(*) Sentido.

Entonces se dormía cobijado
Por la sombra de un árbol protector
Y la noche lo hallaba sepultado
En un vago y magnético estupor.

Zapicán y su tribú no inquietaban
Al cautivo, dejándolo vagar,
Porque como á un demente lo miraban
Respetando su genio singular.

La luz del alba con temor asoma
Y la luna con trémulo fulgor
Desaparece trás altiva loma
Huyendo del diurno resplandor.

El río como mar suave ondulea
Besando al Viraró y al Sarandí
Y la onda espumante centellea
Cual si en ella formárase el rubí.

Saludaban mil pájaros al día
Que apacible y sereno se mostró
Y al eco de corriente que bullía
El canto de las aves se mezcló.

Solís no viera en la inmediata costa
Ningún aspecto que le fuera hostil,
Ni pudo sospechar que oculto aposta
El cacique, guerreros más de un mil.

Por su desdicha vió varios indianos
En la vecina playa aparecer
Mostrando frutas en alzadas manos
Indicando las iban á ofrecer.

Algunas indias jóvenes y hermosas
Pájaros matizados con amor
Enseñaban al nauta bulliciosas
Demostrando su gracia y su candor.

Tal acojida, tan amable trato
Llenaron de placer y de bondad
Á los que el indio pérfido é ingrato
Pensaba destruir con crueldad.

Tranquilo el nauta, pretendió imprudente
Aquella tierra incógnita explorar;
Pues según diz la historia, solamente
Por diez ó doce se hizo acompañar.

Zapicán le dejó que se internara
Hasta un arroyo en que lo sorprendió
Y en él sin vida el náutico quedara
Con cuanta gente allí lo acompañó.

No fué aquello batalla ni querella
Nadie al indio charrúa logró ver
Sino cuando en el llano se atropella
Demostrando su máximo poder.

Una nube de flechas aguzadas,
Que á otra y otra sin tregua la siguió,
Y otra nube de bolas enlazadas
Sobre el confuso explorador cayó.

Por la nube de flechas abrumados
Y por lo pantonoso del lugar,
Aquellos pocos bravos desdichados
No hallaron ni el placer de pelear.

Las armas de los indios silvadoras
Cual densa nube que anublara el sol,
Y al rugir de las turbas triunfadoras
Se unió el ¡ay! del exánime español.

En tanto el arechano suspiraba
Viendo al cruel charrúa sonreír
Y otra escena de luto recordaba
En que su padre viera sucumbir.

Alborebí era emblema humanizado
Del sér débil que el fuerte deprimió,
Inícuo proceder que el fruto ha dado
De la muerte doquiera que imperó.

Aquellos modos bárbaros y arteros
Alejaron del Plata la piedad,
Buscando una venganza los aceros
Al erijir la fuerza en potestad.

La jente que dejó en las carabelas
Solís, cuando en la tierra se internó,
Llena de pesadumbre tendió velas
Y á España con despecho regresó.

En ella refiriera lo ocurrido
Con tales frases, con espanto tal
Que al río condenaron á el olvido
Los viajeros, juzgándolo muy mal.

Canto IV.

Celebran los "charrúas" su triunfo con un festín en el que se proponen devorar á un español, que mal herido hicieron prisionero, llamado Francisco del Puerto.—Los "arechanes" guiados por "Alborebí" caen sobre los "charrúas" embriagados; hacen una cruel matanza, incendian los "toldos" y salvan de la muerte al español.—Muere "Querapí" á manos de "Alborebí" y se salvan "Zapicán" con algunos en los bosques.

Querapí era un fiero charruano
Que su tríbu en extremo respetara;
Enemigo cruel del arechano
Por humillarlo siempre conspirara
De Zapicán pariente muy cercano
Una gran confianza le inspirara,
Pues su valor probó de cien maneras
Luchando con los hombres y las fieras.

Este tal que se holgaba en la matanza
Fué el que logró humillar los piaguapines,
Preparándoles cruel una asechanza
De su mismo país en los confines.
El arechán juró buscar venganza
Y Alborebí sirviéndole en sus fines
Avisó á sus amigos diestramente
Cuando vió la ocasión más aparente.

Los arechanes eran raza fiera
Que hácia el Este y el Norte se poblaba:
Su Tubichá potente residiera
Junto á un lago que al mar comunicaba,
En la región que hoy llaman brasilera,
Y tríbus numerosas comandaba
En guerra siempre con los charruanos
Que eran sus enemigos inhumanos.

La mayor gloria y más placer hallaban
Los charrúas venciendo á sus vecinos,
Y por lograrlo nunca perdonaban
Ni tiempo, ni ocasión, con repentinos
Ataques de los débiles triunfaban,
Rápidos cual rugientes torbellinos,
Y alguna vez hallaron el castigo
Pues era el arechán bravo enemigo.

Solo al charrúa un indio le excediera
En altivez indómita y coraje;
El querandí, que hollaba la rivera
Del sur del Paraná, fiero salvaje
Que la Pampa atrevido recorriera,
Como el jaguar vengando un leve ultraje,
Y de la uguayapí fascinadora
Imitando la astucia aterradora.

De ambos la religión era la holganza;
La rapiña, la ley que conocían;
El placer, la cruelísima venganza;
La amistad, la macana con que herían;
El encanto, la guerra y la matanza;
El temor, no triunfar como querían;
El talento, rastrear astutamente
Y el valor, humillar al más valiente.

Era la noche del aciago día
En que Solís muriera oscuramente;
Y en los toldos confusa gritería
Atronaba los aires impaciente;
Una hoguera mil chispas esparcía
Elevando su llama refulgente,
Y agrupados los indios se embriagaban
Con chicha que las indias escansiaban.

No lejos de la hoguera y acostados
Sobre un montón de ramas y de hojas
Se hallaba un español desventurado.
Pálido y padeciendo las congojas
Del que espera la muerte, aniquilado,
Sucio el semblante con las manchas rojas
De sangre, que manaban sus heridas
Miraba con miradas doloridas.

Los charrúas gozosos repetían
De cuando en cuando guturales gritos,
Ó diré propiamente que rugían
Con roncos alaridos infinitos:
Asombrados los ecos devolvían
Aquel crujir horrísono y precito
Y las fieras gañían asustadas
Ocultas en las selvas dilatadas.

De súbito un estruendo incomparable
Partió del bosque que inmediato estaba,
Más raudo, más feroz é inmensurable
Que el bramido del mar que se alza brava,
Y se lanzó en los toldos formidable
Ejército de indianos, que buscaba
Una venganza, como el tigre hambriento
La presa busca que husmeó en el viento.

Cada toldo trocóse en una hoguera
Y el tronco de un arbusto en débil fuerte;
Alborebí como rabiosa fiera
Daba sin distinción golpes de muerte
Al anciano y la joven que gimiera:
Su mano airada en destruir se invierte
Y gritando bo! bo! Piaguapí!
Mató de un macanazo á Querapí.

Zapicán se salvó con unos cuantos
Huyendo hacia la selva presuroso
En medio de los gritos y los llantos
Del ataque impensado y horroroso,
Y Alborebí dió fin á los quebrantos
Del español curándole amistoso;
Luego llevóle á su país consigo
Haciendo de él su oráculo y amigo.

Era aquel español hombre instruído
Y poseía mil conocimientos
Por lo que al arechán agradecido
Le dió gran instrucción y sentimientos
Que guiaron su alma y su sentido;
Llegando Alborebí con su talento
Á ser entre los suyos venerado
Querido con extremo y admirado.

Conoció del cristiano la dulzura,
La mano que á los astros ordenara,
Los dones de la sabia agricultura,
La aguja que los polos le marcara,
Los útiles secretos que á natura
El hábil europeo le robara
Recibiendo por premio su clemencia
La clara luz de la sublime ciencia.

Templó prudentemente su arrogancia
No despreció el poder del extranjero,
Y lanzó de su tríbu la ignorancia.
Sin provocar las iras del acero
Lo fatigó su intrépida constancia,
Defendió al labrador, buscó al guerrero
Y si cedió una parte de su tierra
No fué á costa de llanto y cruda guerra.

Comprendió que la América era extensa
Y que el indio una parte no habitaba,
Conociendo no había gran ofensa
En que aquello de que él no se cuidaba
Otra nación poblase, siendo inmensa
La tierra despoblada que sobraba,
En fin cuanto á la ciencia conviniera
Por tributo al extraño le exigiera.

Tuvo libros y supo que fué Roma
Y á que causa debió su eterna fama,
Vió que al bárbaro indómito lo doma
La ilustración cuando su luz derrama,
Que la injusticia muchas veces toma
El traje de virtud y la difama,
Que almas nobles hallaron el martirio
Por creer realidad lo que es delirio.

Leyó más que en las obras de la pluma,
En los severos hechos del pasado ;
Vió que al potente su poder lo abruma
Mucho más que al que juzgan abrumado,
Que es la conciencia la verdad más suma
Y que es la luz que al hombre lo ha guiado
Sin que apagarla el interés consiga,
Aún cuando con su aliento la fatiga.

Que si al indio el acaso hiciera fuerte
Cual hizo al europeo, procurara
De sus naciones variar la suerte
Sin que ley ni derecho respetara;
Que inhumano gozaráse en dar muerte
Y con su rudo brío las hollara
Como el humno barbárico inhumano
Holló la decadencia del romano.

Que no impidiera el mar tempestuoso,
Porque entre opuestas zonas imperase,
Si el indio hubiera sido poderoso,
El que su seno intrépido rasgase
Y que desenfrenado y ambicioso
Á la ignorada zona se arrojase
Con cien Atilas crueles, altaneros
Y millones de bárbarós guerreros

Canto V.

Sale de España el año 1526 Sebastián Gaboto, náuta veneciano, al servicio del Emperador Cárlos V, con objeto de descubrir un paso al Perú. — Sufre temporales y llega al "río de Solís". —Descríbense los sucesos más notables de sus esploraciones en los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay.—Fundan los españoles, de acuerdo con Gaboto, el fuerte de Santi-Espíritu.—Regresa el marino veneciano á España.

¡Oh río plateado y caudaloso
Que imperas en la América Argentina!
Yo te miré sereno y majestuoso
Correr al mar que tu altivez domina
Y te admiré rujiente y espumoso
Proyectando del náuta la ruína;
También un día me adormí en tu seno
De dolor y tristezas muy ajeno.

Cual Niágara terrífico retruenas
Si te incitan furiosos vendabales,
El Ganges admirara tus arenas
Y el inmenso Amazonas tus raudales;
Al Nilo no le envidias sus sirenas
Ni al Arno y Tiber sus cañaverales;
Siendo cuando te alzas arrogante
El amor y el orgullo de Atalante.

Tú sabes que á mi lira independiente
No la humilló la adulación rastrera,
Ella canta al espíritu eminente
Que á la ciencia y las artes protegiera;
Ella canta al magnánimo y sapiente
Que al sábio virtuoso engrandeciera,
Sin cuidarse del nécio y del insano
Que no sepa ser noble americano.

Tú sabes que infelice cual Homero
Aunque no tan ilustre é inspirado,
Tus costas recorrí como viajero
Estudiando tu historia del pasado;
Sabes cuanto te estimo y te venero,
Ajeno á cuanta pena te ha enlutado,
Y que por aumentar algo tu gloria
Pulsé mi lira y estudié tu historia.

Muchos te cantarán con más talento,
Acaso con más suerte y esperanza,
Ni faltan en tus costas ciento y ciento
Ufanos de ofrecerte una alabanza:
El *Solitario* cumple un juramento
Lanzando de su lira cual hoy lanza
Tristes acordes de espresión altiva,
Tanto entusiasta, y amistoso viva.

El no te pide laureal corona
Para lucirla con orgullo ufano,
Sabe muy bien que el mundo no perdona
Al que quiere brillar con un fin vano.
Ofrece el lauro á todo el que ambiciona
Darte poder y brillo soberano,
No tanto con espada poderosa
Como con alma grande y generosa.

Confusa multitud la playa atruena
Del ponderado Gades orgulloso,
De admiración y de entusiasmo llena
Al despedir á un náutico famoso.
A Sebastián Gaboto, que con pena
Deja aquel suelo ilustre y generoso
En que fuera acojido como hermano
Aunque nació en el reino veneciano.

Cuatro naves de esbelta arboladura
Con vistosas banderas adornadas,
Se lanzan de los mares en la anchura
Por los vientos nordestes impulsadas;
Van rasgando las olas con bravura
Sus gigantescas provas aceradas
Al compas de ruidosa gritería
Y al tronar de la gruesa artillería.

Aquellas naves siguen el camino
Que trazara Colón en sabias páutas,
Burlando desdeñosas al destino
Y pretendiendo desafiarle incautas.
Perú, muy semejante al bello cino
Animaba á los nuevos argonautas,
Con su mago explendor que engrandecía
El fuego de ambiciosa fantasía.

Era Gaboto bravo é instruido
Piloto, de eminente nombradía,
Ambicioso de gloria y entendido
Como el que más en la cosmografía
Por el Gran Cárlos Quinto comprendido
El mando de la armada merecía,
Pues siempre todo espíritu elevado
Estima al que su ciencia ha demostrado.

Lo acompañaban muchos caballeros,
É ilustres capitanes afamados
Y algunos de los más bravos guerreros
Que los tercios tuvieran por soldados.
La mayor parte jóvenes y fieros
Por su solo valor aconsejados
Seguían con Gaboto un rumbo incierto
Buscando trás los mares feliz puerto.

De trecientos en todos no pasaban
Aquellos ventureros animosos,
Marinos y soldados que mandaban
Algunos capitanes valerosos.
Los más esclarecidos ostentaban
Ilustres apellidos orgullosos
Ramón, Oviedo, Vargas y Mosquera
Bracamonte el de Lara y un Rivera.

La mar en sus caprichos tan mudable
Que remeda con ellos á fortuna,
Hizo el viaje triste y perdurable
Mostrándose en sus calmas importuna
O luchando con ira infatigable;
Al fin cedió cuando esperanza alguna
Quedaba á los viajeros que se hallaron
En el río *Solís* y lo surcaron.

Tanto les agradara la hermosura
Del río, que un fortín edificaron
En una isla á donde con ventura,
Aunque escasos de víveres llegaron,
Fué el día San Gabriel y con fe pura
Con el del santo la denominaron,
Nombre que es en la historia repetido
Y hoy se halla poco usado y conocido.

En tanto que Gaboto dirigía
La construcción del almacén y fuerte,
En que por el momento pretendía
Tener algún abrigo en mala suerte,
El río de su orden recorría
El capitán Ramón á quien dió muerte
Con rigor el charrúa que observaba
En la costa, al estraño que exploraba.

Este suceso decidió á Gaboto
A navegar el Paraná, alentado
Por la esperanza de que en lo remoto
El indio no sería tan malvado;
Pues no habiendo aquel río tan ignoto
Ningún otro marino visitado
Pensaba con razón y con prudencia
Que al indio encontraría en la inocencia.

Navegó el Paraná con gran ventura,
Aunque no sin sufrir incertidumbre,
Y admiró de sus aguas la dulzura,
Su argentado color y mansedumbre;
Sus islas tapizadas de verdura
Pobladas de una alada muchedumbre,
Su abundancia de flores, sus venados
Sus nutrias, sus cotorras y pescados.

Pensó Gaboto con razón fundada
Que si al indio atraerse conseguía
Á la empresa por él bien comenzada
Con un puerto contar le convenía ;
Detúvose por esto con su armada
En la costa de un río que se unía
Al Paraná, sereno y humildoso,
Y fundó á Santi Espíritu famoso.

Hecha la fundación pensó el marino
En el primer objeto de su viaje
Que era buscar por rumbos el camino
De un inmenso y recóndito paraje;
Por esto juzgó sabio y peregrino,
El inquirir con maña, del salvaje,
Pormenores del sitio en que podría
Hallar para el Perú, cómoda vía.

Para este fin mandó con tres soldados
Á un tal César, que era muy prudente,
Hombre entre los más bravos y afamados,
Tenido por astuto y por valiente.
Aquellos cuatro fueron enterados
Del proyecto y con ánimo eminente
Cumplir lo encomendado prometieron
Y en busca del Perú se dirigieron.

Después el veneciano diestramente
Remontó el Paraná y la violencia
Consiguió dominar de la corriente,
Empleando gran tino y gran paciencia,
Hasta que al fin llegó á donde potente
Otro río con gran confluencia
Al Paraná soberbio se juntaba
Y el caudal de sus aguas engrosaba.

Prosiguió el Paraná mientras que pudo
Llegando á una laguna en que notara
Que era allí el navegar trabajo rudo
Pues el fondo preciso le faltara;
Entonces regresó é hizo un saludo
De admiración, cuando el país mirara
Que el Paraguay halaga placentero
Con orgullo mostrándolo al viajero.

Los pájaros con voces seductoras
Y mágicas, suaves armonías
Turbaban la quietud de las auroras
Y el ocaso apacible de los días.
Los arroyos, las fuentes bullidoras
Con los ecos mezclaban melodías
Y de fragantes flores los alientos
Esparcían en ráfagas los vientos.

Era una noche magestuosa y bella
Cual la noche estival de un clima indiano
En que sus chispas, la cerúlea estrella
Despide con un lujo soberano;
Sobre el río magnífico descuella
La armada del piloto veneciano,
É inmóviles las naves parecían
Gigantescos anfibios que dormían.

De súbito rugiente y esforzada
Gritería de fiera muchedumbre,
Cambió aquella quietud tan regalada
En confusión, espanto y pesadumbre;
La gente valerosa de la armada
Del sueño abandonó la incertidumbre,
Salvando á muchos de flechera muerte,
El buen abrigo de armadura fuerte.

Reñida fué la nocturnal batalla,
Pues fueron numerosas las legiones
Luchando como aquel que placer halla
En las más peligrosas diversiones ;
Hería silvadora la metralla
Al rugir de mosquetes y cañones,
Y asombrados los indios aflojaban,
Al ver que armas aladas los mataban.

Los bárbaros al fin fueron más parcos
En el acometer ; el sol destierra
Las nieblas de la noche y de los arcos,
Cesó el crujir y terminó la guerra.
Prosiguió el veneciano con sus barcos
Y el indio retiróse hácia una sierra,
Sin que la exploración fuera turbada,
Por otra acometida, ni emboscada.

Habiendo con indianos labradores
Entrado en relación y en amistades,
Se convencieron los exploradores
De que había muy grandes soledades
Entre ellos y el Perú cuyos horrores
Solo vencer podrían potestades
Mayorés que las suyas y bajaron
El Paraguay y al Paraná tornaron.

Gaboto halló la gente que dejara
En el fuerte tranquila y complacida,
Nombró entonces por jefe á Nuño Lara
Dejándole la parte más florida
De los bravos soldados que llevara,
Y encaminóse á España de seguida,
Proyectando obtener de Carlos Quinto
El mando con un título distinto.

Las velas de la nave capitana
Impulsaba el Pampero con bravura,
Que al huir de la costa americana
Se lanzó de los mares en la anchura.
Al primer resplandor de la mañana
Ostentaba el gran río su hermosura
Y al agua que espumosa rebullía
De rebruñida plata parecía.

Gaboto contemplaba desde el puente
Aquel soberbio río plateado
Que arrojándose al mar, con él potente
Reluchaba espumoso y encrespado,
Y al verlo tan gigante y reluciente
Dijo con entusiasmo y admirado :
«Ya no eres de Solís, su nombre acata,
«Desde hoy te llamas Río de la Plata.»

Canto VI.

Refiérese en él la tranquila existencia de los españoles que dejara Gaboto en el fuerte Santi Espíritu al mando del capitán Nuño de Lara y sus amistosas relaciones con los indios Timbúes.— Carácter y costumbres de esta tríbu y de sus caciques Mangoré y Siripo.

Era todo alegría
Del fuerte Santi Espíritu en el seno
Y á un pacífico día
Un otro le seguía
De temor y desdicha muy ajeno.

Gaboto sábiamente
El mando del castillo confiara
A un guerrero prudente
A un capitán valiente
Y muy noble, llamado Nuño Lara.

Los indios que habitaban
Cerca de los hispanos pobladores
Timbúes se nombraban
Y amigos se mostraban,
Siendo más que guerreros, labradores.

Dos caciques hermanos
La tríbu timbuana obedecía;
Benignos soberanos.
Que á los nobles hispanos
Su amistad mil presentes ofrecía.

Ambos se complacían
En visitar el fuerte de contíno,
Sus deudos los seguían,
Y de este modo habían
Mostrado la amistad de un buen vecino.

Los caciques timbúes
Siripo y Mangoré se apellidaban
y á los indios Parúes
Aucás y Guaicurúes
Con un ódio profundo detestaban.

Mangoré más adusto
Que Siripo, en renombre le excediera
No por bravo y robusto,
Sino porque era injusto
Y á su hermano mayor no obedeciera.

Siripo cariñoso
Recibió al español amablemente
Respetó su reposo.
Y mostró generoso
Que apreciaba á Gaboto y á su gente.

Mangoré que primero
Demostrara indeciso y reservado
Que era arrogante y fiero
El aspecto altanero,
Cambió al fin por un otro confiado.

La causa fué sabida
De aquel cambio muy pronto, apesar suyo,
Más aunque conocida
La gente prevenida,
No quiso herir de Mangoré el orgullo.

Fué la causa una bella
Andaluza, que el fuerte poseía,
Para el indiano estrella,
Pues sin cesar por ella
Estimables presentes conducía.

Llamábase la dama
Lucía de Miranda y era honesta;
Cuidando de su fama,
La apasionada llama
Del indiano, apagar quiso modesta.

Le indicó con dulzura
Que era casada, más el rudo indiano,
Su calma y su cordura
Creyó que eran ternura,
Y siguió con sus dones muy ufano.

Unas veces llegaba
Conduciendo preciosos animales
Que á la española daba,
Y otras las regalaba
Frutas gustosas, peces y panales.

Un día, muy galante
Llegó al fuerte, mostrando en su mirada
Y animado semblante
Que una idea importante
A su mente tenía preocupada.

Pasó en aquel momento
Por donde el indio estaba, la española,
Y él con comedimiento
Saludándola atento
La dió solemnemente una flor sola.

Aquella flor que se halla
De los ásperos riscos suspendida,
La cual para alcanzalla
Cuesta esfuerzo y batalla
Y el arriesgar muchísimo la vida.

Flor que al aire se entrega
Y amorosa y liviana lo acaricia
Que con su aroma riega
El espacio en que juega,
Siendo su reina al par que su delicia.

Bello clavel que impera
En la región del Plata con donaire
Y á quien por nombre diera
Con poética manera
La gente americana, flor del aire.

Preguntóle el marido
De la española, Sebastián Hurtado,
A un indio conocido!
Porque había ofrecido
Mangoré, aquella flor tan reservado?

Esplicóle la cosa
El indiano diciendo, que el que daba
Aquella flor preciosa
A una mujer hermosa
Amarla eternamente la juraba.

Sin otros accidentes
Que los que el indio amante producía
Sencillos é inocentes,
Que á los indiferentes
Ocupaban, el tiempo se corría.

Mostróse la fortuna
A todos en el fuerte con bonanza
Sin anublar ninguna
Nube triste é importuna
El cielo halagador de la esperanza.

Los hispanos contentos
Con los indios timbús fraternizaban;
Solo algunos momentos
Sus raudos pensamientos
El Océano Atlántico cruzaban.

Entonces sucedía
Que siguiendo al recuerdo en vago giro
Fugáz los conducía
La viva fantasía
Y á su pesar lanzaban un suspiro.

¿Cómo impedir que vaya
El pensamiento ocioso y atrevido
A la patricia playa,
Si es imposible que haya
Para la patria, en la memoria olvido?

Era una tarde amena
Del mes que ostenta mágicos verdores,
Apacible y serena,
Que alejaba la pena,
Con sus luces, sus auras y esplendores.

Tarde de grata fiesta
Para las indias jóvenes y hermosas
En que se manifiesta
Bordada la floresta
Con bellísimas flores olorosas.

Habían escogido.
Para sus juegos puros é inocentes
Las indias, un florido
Vergél, embellecido
Por árboles frondosos y por fuentes.

En él las timbuanas,
Que ninfas de los bosques parecían
Jugueteando ufanas
Con sus plantas livianas
Los céspedes apenas oprimían.

Sobre lechos formados
Con ojas olorosas de caayú,
Bajo los acopados
Ramajes colocados
Cual coloca sus nidos el tuyú.

Algunas agrupadas
Diadema entretegían peregrina
Mezclando entusiasmadas
Las plumas matizadas
Con hojas de ahuiva y sina-sina.

Otras más bulliciosas
En un límpido arroyo se bañaban
Lanzándose graciosas
Las guirnaldas de rosas
Que sus cuerpos ceñían y enlazaban.

Ágiles otras, divas
Como raudas gacelas rebrincando
Seguíanse festivas
Ó quedaban cautivas,
Al caer sobre el césped reluchando.

Cuan bellas parecían,
Cuando sus ojos despidiendo lumbre
La sombra perseguían
De aquellas que corrían
Girando con ufana incertidumbre!

Las crenchas rebrillantes
De sus negras y libres cabelleras
Giraban ondulantes,
Acariciando amantes
Sus hombros al compás de las carreras.

Los senos modelados,
Que sin arte desnudos se mostraban,
Por el sudor bañados,
Robustos y animados
Con liberal impulso se agitaban.

Una jóven indiana
A quien llaman las otras Pindobá,
De la tríbu timbuana
La rosa más galana,
Es la sola que huyendo al bosque va.

Lejos del valle umbrío
Sentóse al pié de un jóven Curupí
En la orilla del río
Y con mirar sombrío
Habló con él como si fuera hupí.

De súbito agitóse
No lejos de la indiana, la enrramada,
Con lentitud abrióse
Y un indio aparecióse
Que fijó en Pindobá honda mirada.

Después de un corto instante,
Avanzó hácia la jóven el indiano
Acaricióla amante
Y la pidió galante
Una flor que ostentábase en su mano.

Aquella flor que juega
En el espacio con gentil donaire
Cuya aroma lo riega ;
Flor que al aire se entrega,
Y por eso la llaman flor del aire.

Alzóse en el momento
La indiana muy erguida y altanera
De su florido asiento
Y con profundo acento
Al indiano le habló de esta manera :

« La flor americana,
« Que entre mis dedos prisionera miras
« Porque la ves galana,
« Quieres para una hispana,
« Por quien lleno de amor débil suspiras.

« Mas esta flor sagrada
« Que me ofreciste con terneza suma
« No será profanada,
« Pues antes que humillada,
« Quiero mirarla ahogarse en esa espuma ! »

Dijo así tristemente,
Con ademán muy fiero la hermosura
Y arrojó airadamente
La flor en la corriente,
Lanzándose veloz á la espesura.

Sorprendió en alto grado
A Mangoré el extraño acaecimiento
Y triste y apenado,
Aún más que disgustado,
Para el fuerte marchó con paso lento.

El sol su disco hundía
Trás elevadas lomas lentamente
Despareciendo el día,
Y la luna vertía,
Su argentino fulgor trémulamente.

Iba el indio sumido
En los fieros delirios del despecho,
Resuelto y decidido
A mirar concluído
De una vez, el tormento de su pecho.

Dispuso la fortuna
Que en el camino halláse á la que amaba,
Que á la luz de la luna,
Sin precaución alguna,
Por el ameno prado paseaba.

Al mirarla el salvaje
Sintió que desmayaba su denuedo,
Más cobrando coraje
Aprovechó el paraje
Para explicarse, dominando al miedo.

« Sabe — dijo á la dama —
« Española mujer, que el alma mía
« Frenética te ama
« Y que ardorosa llama
« Mi corazón abrasa noche y día.

« Soy cacique afamado
« Ningún indio domina mi albedrío
« Y hasta que te he mirado,
« Feliz he contemplado
« Este bello país imperio mío.

« Si esconde el pecho tuyo
« Algún amor hácia el cacique indiano
« Ó conviene á tu orgullo
« Ser dueña de lo suyo
« Habla y termina mi sufrir tirano. »

Ofendida Lucía,
Despreciando del indio la venganza,
Le dijo : « Qué sería
« Cobarde villanía
« El no dar pronto fin á su esperanza.

« Que ella no era señora
« De su persona, des que fué casada
« Y que nace en mal hora
« Pasión engañadora
« Cuya lumbre jamás será apagada. »

Escuchó silencioso
Mangoré de la dama el claro acento
Y á no llegar su esposo,
Talvez torpe y furioso
La hubiera arrebatado en el momento.

Mas huyó dando un grito,
Que denunciaba su cruel fiereza
Y cual un sér precito
Satánico y maldito
Se lanzó furibundo en la maleza.

CANTO VII.

Dirígese Mangoré al "tape" de su hermano. Combate con un tigre y lo vence. Llega á los "toldos timbúes" y hallando reunida una asamblea que tenía por objeto aliarse contra los indios "guaicurúes" habla á los caciques reunidos con este fin y los exorta á proyectar la ruína de los cristianos; opónese Siripo, más realizan los indios su intento por la imprudente confianza de Nuño Lara.

Desde que vió espirar la luz del día
Y rápido rompiendo la espesura
Marchaba Mangoré, que en saña ardía;
Sin que la delirante calentura
Que su sangre inflamaba y consumía,
Calmase de la noche la frescura;
Pues en su alma indomable y altanera
Al faltar el amor, el ódio ardiera.

Ciego de enojo y en sudor bañado
Iracundas palabras pronunciaba
Y con el mirar hosco é inflamado
Las sombras de la noche interrogaba;
Su pié velóz con paso apresurado
Por entre el bosque espeso caminaba
Sin evitar herirse con el cardo,
Y despreciando al tigre y al leopardo.

«Española mujer, que aquí vinieras,
—Con ronco pecho prorrumpió iracundo
«Si tú el altivo génio conocieras
«Del hijo independiente de este mundo,
«¡Con qué temor inmenso le temieras!....
«Talvez si su ódio fiero y furibundo
«Pudieras comprender, débil temblaras
«Y su amor con desdenes no insultaras.

«Reniego de mi nécia cobardía,
«Que esclavo de tus ojos me ha tenido;
«Y el débil corazón me arrancaría,
«Pues defender su orgullo no ha sabido.
«Algún hechizo hiciste á el alma mía
«Para domar su espíritu atrevido
«Teniéndome cual tigre encadenado
«Con la falaz sonrisa de tu agrado.

«Mi esclava te veré, fiera española
«Que has sido tan altiva y tan ingrata,
«Y errante sin los tuyos triste y sola
«Sufrirás el dolor que me maltrata;
«Ah! entonces, si el miedo te desola
«Y en tus ojos la muerte se retrata,
«No intentaré estinguir el ódio que arde
«En este pecho que te amó cobarde!

«Pronto verás tu orgullo dominado
«Por el vigor de mi macana fuerte,
«Y ese español que vino tan osado
«Hallará en esta tierra, cruda muerte;
«Pues ya en mi corazón ruje irritado
«El grito fiel que mi deber me advierte
«Y no contiene á mi feroz venganza
«De una pasión traidora la esperanza!

Dijo el indiano así, y en el momento
Un rugido terrible y resonante
A su oído llegó ronco y violento
Haciéndole pararse vacilante.
Interrogó á la selva su ojo atento
Y encontró la mirada rutilante
De un jaguar, que el camino le cerraba
Y un abrumante salto proyectaba.

Más rápido y audáz que una serpiente
Al abatir de un pajarillo el vuelo,
Y aún más que aguda flecha velozmente
Al escapar del arco rasga el cielo,
Se lanzó Mangoré rápidamente
A las ramas de un árbol desde el suelo,
Con tal brío, que dando el tigre el salto
Rodó al hallarse del apoyo falto.

Entonces la macana, compañera
Inseparable del guerrero indiano,
Arma terrible y por demás certera
Si la maneja una robusta mano,
Con tal fuerza cayó sobre la fiera
Que al recibir su golpe soberano
La cabeza del tigre mal parada
Botó sobre la tierra, ensangrentada.

Después de conseguir esta victoria
Y contemplar su obra con fiereza
Pero sin mostrar que hallaba gloria,
En aquella para él común proeza,
Un recuerdo volvióle á la memoria
Que animó su mirada y con presteza
Revolvió la macana en torno suyo
Lanzando un grito de indomable orgullo.

Prosiguiendo el camino comenzado
Llegó el indio á la vasta toldería
En que se hallaba Siripo cercado
Por una numerosa compañía.
El auditorio estaba embelesado
Oyendo lo que el indio refería
Al describir las cosas más estrañas
De los hombres que enviaron las Españas

Allí se hallaban multitud de indianos
Caciques guaranies y timbúes
Y un respetable número de ancianos
Caracarás mañuas y naues,
Pues trataban de unirse cual hermanos
Para batir los indios guaicurúes,
Que siguiendo su instinto belicoso
Turbaban de contínuo su reposo.

Siripo describía los soldados
Que vinieron de tierras muy lejanas,
De brillantes aceros aforrados
Y usando en vez de flechas y macanas
Unos truenos terribles que lanzados
Entre unas humaredas muy livianas,
Herían de tan pérfida manera
Que á su impulso el valor inútil era.

Al comenzar la descripción su hermano,
Mangoré había llegado á la asamblea,
Y respetando el uso americano
Que no permite que turbada sea
La relación de un jefe ó de un anciano
Cuando éste á un auditorio lo recrea,
Se deslizó entre el círculo formado,
Permaneciendo inmóvil y callado.

Al fin, dijo Siripo concluyendo:
«Para triunfar mejor, yo por mí opino
«Que la guerra emprendamos concurriendo
«En nuestra ayuda el español vecino,
«Pues si esto se lograra, ya estoy viendo
«Huir al guaicurú falto de tino,
«Quedando para siempre castigada
«Su codicia que tanto nos enfada.

Cuando acabó Siripo su relato,
Alzóse Mangoré con arrogancia
Y ceñudo y altivo fijó un rato
Su vista en la asamblea con instancia;
Después con altivéz, sin desacato,
Con voz de poderosa resonancia
Dirigióle al concurso estas razones
Animadas de enérgicas acciones.

«Si el espíritu aquel que diónos tanto
«Con hacernos nacer en esta tierra
«Del tiempo que ha pasado rasga el manto
«Nos hará conocer lo que es la guerra,
«Y á nuestra humildad y nuestro espanto
«Dirá que ó no es timbú el que se aterra
«De cosa que le fué tan conocida,
«O que cobarde de su honor se olvida.

«Dirá, ¿es posible que el audáz guerrero
«Que hizo temblar á tanto indiano aleve
«Hoy le pida su auxilio á un extranjero
«Porque con su enemigo no se atreve?
«Dirá ¿es posible que el que fué tan fiero
«Hoy el arco y la flecha ya no mueve
«Como no implore humilde y afanoso
«Al valor de un estraño artificioso?

«Dejad al guaicurú, yo le desprecio
«Por ser un enemigo miserable
«Dadle á vuestro valor más alto precio
«Realizando una hazaña memorable;
«Buscad una victoria que el más recio
«La mire como inmensa y admirable
«Venciendo al español que habita el fuerte
«Y dando á su arrogancia cruda muerte.

«Nuestras serán sus lanzas y broqueles
«Sus vistosos penachos y armaduras
«Y nuestros sus ropajes y oropeles.
«Nuestras aquellas armas tan seguras
«Que la muerte conducen siempre fieles,
«Nuestras en fin las blancas criaturas
«Que tienen hermosísimos cabellos
«Y unos rostros que lanzan mil destellos.

«Si obtener conseguimos tal riqueza,
«Quien no respetará nuestra pujanza?
«Que tríbu ostentará mayor grandeza,
«Y será más temida en su venganza ?
«A quien no dará envidia nuestra alteza,
«Cuyo esplendor la mente no la alcanza?
«Decid: ¿se atreverán los guaicurúes
«A molestar entonces á los timbúes?

Así habló Mangoré que atentamente
Fué por todos los suyos escuchado,
Pues llena de estupor la indiana jente
Confusa le entendiera con agrado;
Mas alzóse Siripo que impaciente
A su hermano escuchárale asombrado
Y rompiendo el silencio con arrojo
Quiso espresar su turbación y enojo.

Fué vano su denuedo generoso:
Mangoré con sus frases calculadas
Despertara el instinto codicioso
En las almas feroces y arriesgadas
Se convenció Siripo que era ocioso
Hablar razón á mentes depravadas
Y abandonó aquel sitio despechado
Viendo que no era oído y respetado.

Bien sabía el cacique porque viera
Al feróz Mangoré tan descontento
Y en su interior mil veces maldijera
A la causa inocente de su intento.
Los planes de su hermano comprendiera.
Adivinando al fin su pensamiento,
Que á destruir el fuerte lo impulsaba
Tan sólo por hacer la dama esclava.

En la tarde de un bello y claro día
El bravo capitán don Nuño Lara
Taciturno pensara en Ruíz García
Su teniente, que intrépido marchara
Por víveres, llevando en compañía
La mitad de la jente que dejara
Gaboto, pues faltando el bastimento
Comenzaba el temor y el desaliento.

Juzgó el timbú que en acechanza estaba
Que el momento oportuno había llegado
Pues la fuerza que á Lara le quedaba
Era poca, y á más vió alborozado
Que con Ruíz y su gente se embarcaba
El bravo hispano Sebastián Hurtado
Y para hacer su trama inadvertida
Llegó al fuerte cargado de comida.

Se recibió en el fuerte al timbuano
Con una bondad franca y confiada,
Pues nadie recelaba que inhumano
Burlase la amistad y fé jurada;
Supo disimular su plan insano
El traidor con astucia refinada
Logrando que imprudentes confiasen
Y que dentro del fuerte lo alojasen.

Dormían los hispanos sin cautela
Y velaba intranquilo su enemigo.
Sin recelo paseaba un centinela,
Que era del capitán deudo y amigo,
Cuando una flecha que traidora vuela
Llegó á su corazón buscando abrigo
Pues con la confianza el desdichado
De armadura se hallaba despojado.

Cayó el soldado inánime por tierra
Dando un grito angustioso y lastimero
Y en el instante en que sus ojos cierra
Con un esfuerzo vano y postrimero,
Resonó un alarido en son de guerra,
Atronador, barbárico, altanero
Anunciando á los míseros del fuerte
Que su empresa acababa con la muerte.

En medio del tumulto y sobresalto
Y á la luz que el incendio desparrama,
Al guerrero dormido y de armas falto
El indio sorprendiéralo en la cama.
De algunos el valor rayó tan alto,
Que fué digno de muerte con más fama
Pero los más del sueño que buscaron
Al sueño de la muerte los lanzaron.

El bravo capitán solo esgrimía
Contra la multitud su fuerte espada
Y de cada mandoble brecha abría
En muralla de indianos reforzada;
La sangre que á torrentes escurría,
Por las anchas heridas arrojadas,
Con ímpetu terrífico y violento
En arroyos regaba el pavimento.

El humo del incendio en chispeante
Y mujidora nube se elevaba,
Aumentando el horror de aquel instante
Al par que los sentidos conturbaba,
La muchedumbre de indios delirantes
Espantosos rujidos arrojaba,
Volviendo y revolviendo presurosa
Con una rapidez vertiginosa.

Entre los que lograron escaparse
De sus lechos por ser muy avisados,
Y al capitán trataron de acercarse
Con esfuerzo y valor imponderados,
Tres valientes lograron encontrarse
En la plaza del fuerte ensangrentados
Y fueron Don Francisco de Rivera,
Mendo Oviedo y Luis Vargas de Cabrera.

Vargas en situación tan apurada
Se lanzó entre los indios con rudeza
Intentando con ánima esforzada
Ganar la ya perdida fortaleza;
Más como en una prensa aprisionada
La barra de metal con ligereza
Se dilata, del indio al rudo empuje
Su cuerpo en la armadura preso cruje.

Era inútil que esfuerzos sobrehumanos
Hiciese por salir de aquel aprieto,
Pues sin poder servirse de sus manos
Se hallaba entre los indios tan sujeto,
Que jamás inventaron los tiranos
Un suplicio de más bárbaro efecto
Hasta que al fin jadeante y abrumado
Fué por la muchedumbre sepultado.

En tanto bravamente Mendo Oviedo
Con esfuerzos gigantes pretendía
Socorrer á don Luis, más su denuedo
Ganar poco terreno conseguía,
Pues formaba la indiada tal enredo,
Que por cada salvaje que moría
Se alzaban cien, sus flechas esgrimiendo
Y en raudo torbellino revolviendo.

En esto el capitán, que denodado,
Veloz á todas partes se lanzara
Halló á su frente al bárbaro malvado
Que aquella triste escena ocasionara,
Y cayendo sobre él desesperado
Temiendo que la vida le faltara
Le hundió en el pecho el sanguinoso acero
Partiendo en dos su corazón artero.

Después con turbios ojos y aturdido
Miró en torno de sí por un momento
Y en un lago de sangre vió sumido
Del Fuerte Santi Espíritu el cimiento.
Entonces desangrando y abatido
Alzó la frente, sujetó el aliento
Y al espirar, con mano mutilada
Hizo pedazos su valiente espada!

Canto VIII.

Descríbese el aspecto del fuerte después de su ruina.—Lucía de Miranda queda cautiva.—Sepultan á Mangoré los indios de su tribu, con las ceremonias que acostumbran y "Pindobá" se sacrifica á su amor y á sus creencias supersticiosas. — Reparten los caciques el botín, pide Siripo para sí solamente á la española, se la conceden y la lleva consigo á su "tape".

Sale el sol medio envuelto en densas nubes
Derramando una luz débil y opaca,
Y al huir de la noche las tinieblas
Cesa de alzarse la incendiaria llama.
Turba inmensa de bárbaros se agita
Al primer resplandor de la mañana,
Lanzando gritos de placer, que el eco
Repite con voz lúgubre y airada.
Un montón de cenizas que chispean
Y en columna de humo al cielo empañan,
Es cuanto resta del altivo fuerte
Que Gaboto y sus tropas elevaran.
Otro montón de ropas y armaduras,
De rodelas, de picas y de espadas
Con ojos codiciosos y encendidos
Mira impaciente la feroz canalla,
Mientras que los caciques determinan
Hacer las particiones anheladas,
Así que cumplan el deber sagrado
De honrar al que muriera en la batalla.

Acá y allá los destrozados cuerpos
De los incautos españoles, hablan
Al triste corazón de las mujeres
Que el bárbaro destina para esclavas;
Mejor fuera que día tan aciago
Sin vida entre los suyos las hallara,
Que no exponerles funeral y horrible
Un cuadro que á su vista conturbaba.
Aún la muerte á los pálidos semblantes
Su aspecto despechado les dejara,
Y aún por anchas heridas lentamente
La sangre generosa se escapaba.
De las tristes cautivas la más triste
Era doña Lucía, pues la causa
De todo aquel desastre, aunque inocente
En su dolor y angustia se juzgaba.
«Donde están, prorrumpiera entre sollozos
«Aquellas halagüeñas esperanzas
«Que me hicieron dejar por este suelo
«El suelo hermoso de mi noble patria?
«¿Dónde están los soldados valerosos
«Que en las lides de Flandes y de Italia
«Llegaron con sus ínclitas proezas
«A obtener tanta prez y gloria tanta?
«Hoy sus cuerpos sangrientos, mutilados
«Al impulso de bárbara acechanza,
«Yacen sobre la tierra en que creyeron
«Hallar tanta riqueza y tanta fama.
«Hoy sus despojos servirán de ornato
«A esta gente feroz y despiadada
«Que con traición lograra destruírlos
«Mostrando sumo orgullo de su hazaña».
Así dijo Lucía, la que fuera
Por honesta en el fuerte respetada
Y á quien por bella, Mangoré el aleve
Con ardiente pasión idolatrara.

De súbito discorde clamoreo
Alzó la muchedumbre consternada
Y avanzaron cuatro indios que el cadáver
De Mangoré, con pompa lo llevaron.
Los caciques con un grave silencio
Bajo un gñangapiré, junto se hallaban
Esperando que pongan las mujeres
El cuerpo sobre ramas enlazadas
Y lo cubran después con bellas flores,
Con matizadas plumas y con plantas;
Concluido lo cual le dirigieron
Amistosas y enérgicas palabras.
Cuando cesó el tumulto avanzó lento
Siripo, que gran pena demostraba
Y con trémula voz y gesto adusto
Le dijo: «Vete en paz, Tupá te valga....
«Él permitió que fueras mal humano
«Guiando Añang tu alma enamorada
«Para que al fin el premio recibieras,
«De la traición que tanto me apenara.
Después llegó una india muy hermosa
Que pálida y altiva se mostraba,
Esta fué Pindobá que fuera un día
De Mangoré la esposa desdeñada.
Una diadema de la flor del mulli
A su pálida frente sombreaba
Y un ramillete de cabottunaims
Y otras flores muy bellas y aromáticas
Ostentaba en las manos, que robustas
El arco del cacique sustentaban;
Cumpliendo en este acto los preceptos
De su tribu, así habló la bella indiana.
«Timbú, dormido estás cuando no adviertes
«El dolor de tu tribu que te aguarda
«Para que la conduzcas al combate
«Dándole la señal con tu maraca...

«Tu estás muerto Timbú cuando al ruego
«Como el amaberá no te levantas,
«Sacudiendo feroz tu alto ayeguay
«Y tus libes jugando con audacia!
«Mangoré! Mangoré tu amatarey
«Ya en su tape, tranquilo sueño alcanza
«Porque tu al ibucuá marchar quieres
«Buscando su caarú y huyendo al ara;
«Yo te voy á seguir para servirte
«En aquella tabey retirada
«Y ofrecerte feliz cuando despiertes
«La Chicha animadora que embriaga.
«Estas flores llevar quiero conmigo
«Para que nos reanime su fragrancia
«Pues Pindobá si un día no las viese
«Por su grato perfume suspirara».
Al concluír la jóven su discurso
Toda la tríbu se mostró agitada,
Y demostró con gritos la tristeza
De los que á su cacique respetaran.
Llevároņse el cadáver diez guerreros
A una choza en el bosque preparada,
Y allí lo colocaron con misura
Sobre un túmulo altísimo de ramas.
Pindobá se sangró con una espina
De Yabebí, cayendo desmayada
Junto al cadáver del que fué su esposo
Hasta que halló la muerte que anhelaba.
Concluída esta triste ceremonia
Partieron los caciques las alhajas,
Trajes, muebles y cuanto consiguieron
Salvar de las cenizas ó las llamas;
Siripo fué el cacique designado
Para elegir la parte que gustara,
Y él eligió tan sólo á la española,
La que sin detención le fué entregada.

Hubo luego disputas y denuestos
Sobre la división que se hizo de armas,
Hasta que al fin lograron avenirse
Terminando con esto la algarada.

Siguió Doña Lucía tristemente
Al indiano cacique á quien tratara
Con tan grande agasajo, cuando íba
En unión de su hermano á visitarla.
Era Siripo un indio corpulento
Que en el otoño de la vida entraba,
De mirada pacífica y severa
Y de frente espaciosa y abultada.

Una porción de plumas de taguato
Y de Yupacaní se entremezclaban
En un penacho ó Ayeguay que hacía
Aparecer con gigantez su talla.
Al andar precediendo á la cautiva
Con paso firme y marcha acelerada,
Su tambetá le daba un fiero aspecto
Y el Quillapí de piel que iba á su espalda.

Un gran arco llevaba suspendido
De una cuerda de cuero y se agitaba
A compás en sus hombros resonando
Al chocar con las flechas á él atadas
En su mano derecha, sin fatiga
Oprimía robusto una macana,
Con la cual apartaba rudamente
Los arbustos que el paso le cerraban.

Armado de tal modo, tal timbúe
Era un tipo perfecto, que ostentara
Toda la original forma y adorno
Más dignos de un cacique de su raza.
Después de caminar tres largas horas
A través de los bosques y enrramadas,

Llegó el indio á su tape ó toldería
Seguido por la jóven que iba exausta.
Un enjambre de chicos y de viejas,
De indias ya nubiles y muchachas,
Se reunió en un momento con bullicio
Para observar ó escarnecer la dama.
Acaí! dijeron unas sorprendidas
Al ver el blanco rostro de la hispana,
Y otras compadeciendo su quebranto,
Eumae! repitieron admiradas.
Algunas la ofrecieron chicha y frutas
Más otras imprudentes la acosaban
Con gritos y tocando velozmente
Sus ropas, sus cabellos y su cara.
Siripo al ver la pobre prisionera
De aquella turba necia rodeada
Mandó á todas las indias bruscamente
Que al punto á la cautiva la dejaran.
Después por gran obsequio la ofrecieron
El dulcísimo fruto de la palma,
Las frutas del guembé é ívavirae
Del pacobai, yeti y la banana;
Las carnes del mataco y del tatú
Las del carpincho, yayazú y el anta,
Las del picuí, yacú, y turipopó;
Una chicha sabrosa y perfumada
Y en fin ricos pescados de los ríos
Pacues, zurubís y mazacaras.
Solo aquel brillo encantador del lujo
A la comida indígena faltara,
Pues hasta con la chicha embriagadora
El vino y los licores remedaran.
Llegó la noche, terminó el ruído
Y se acostó Lucía en yerba y pajas
Procurando inquirir el venidero
Al calcular las fases del mañana.

Acariciόla al fin el sueño, amigo
De todas las criaturas apenadas,
Cubriéndola despacio y blandamente
Con la mágica sombra de sus alas.

CANTO IX.

Regresa el Capitán Ruiz García con la gente con que fué á buscar víveres, hallan el fuerte destruido y después de enterrar los muertos determinan irse al Brasil.—Hurtado no encontrando el cuerpo de Lucía entre los restos de los que perecieron decide quedarse en aquel sitio y proyectar libertarla de los indios.—Llegan César y sus compañeros de vuelta de la esploración que hicieron buscando de órden de Gaboto el camino del Perú, refiéreles Hurtado lo sucedido y César procura apartarlo con sus consejos del proyecto de libertar á Lucía.—Niégase Hurtado á seguirlo y César abandona consternado aquel punto dirigiéndose nuevamente hácia el Perú.—Hurtado después de vagar cerca del fuerte de Santi-Espíritu algunos días, es hecho prisionero y conducido delante de Siripo el cual le perdona la vida por intercesión de Lucía, imponiéndo á los esposos condiciones muy crueles.

Poco después del hecho referido
Volvió de buscar viveres García
Con los soldados que lo habían seguido
Y entre ellos el esposo de Lucía;
Contempló el capitán muy sorprendido
El horroroso aspecto que ofrecía
La fortaleza, que cuando él partiera
Se ostentaba orgullosa en la rivera.

Una cruz gigantesca colocaron
En donde sepultaron los guerreros
Que su lealtad y buena fé pagaron
Con una muerte indigna de sus fueros;
Después abandonar determinaron
La vecindad de indianos tan arteros,
Y buscar en las costas brasileñas
Horas más apacibles y risueñas.

Partió García con la gente hispana
Del Paraná bajando la corriente,
Sin ver un indio ni una forma humana
En la vasta estensión del continente;
Siendo el motivo que la gente indiana
Supersticiosa cual ninguna, siente
Terrorosa emoción, no definida
A la sombra de aquel que mató en vida.
Solo Hurtado quedara en el recinto
Del fuerte, sin seguir á sus hermanos,
Porque habiendo observado el suelo tinto
Con la sangre de iberos y de indianos
Sin hallar rastro alguno, por instinto
Sospechó, que entre infieles inhumanos
Su adorada Lucía se encontraba
Y él quiso ser esclavo, si era esclava.
No había quedado en pié del edificio
Más que una torrecilla que tenía
Por objeto en el fuerte hacer servicio
En caso necesario de vigía,
Y para que cumpliera bien su oficio
Al fin de la estacada, se hizo el día
En que Gaboto el plano levantara
Del sitio en que el castillo se elevara.
El incendio la había respetado
Porque el viento la fuera favorable
Y porque estaba en sitio despejado
Y á distancia del fuerte respetable.
En aquella mansión el desdichado
Español, halló asilo miserable;
Pero que le guardaba de las fieras
Que en rebaños corrían las riveras.
La luna brilladora se ostentaba
Y Hurtado haciendo almohada de una almena
A las tristes ideas se entregaba
Hijas del desconsuelo y de la pena;

El aura de las selvas murmuraba
Y la corriente plácida y serena
Bullía y al huir con gracia suma,
Salpicaba las flores con la espuma.
De cuando en cuando el pájaro campana
Dejaba oír sus gritos penetrantes,
O en la selva espesísima y lejana
Se escuchaban rugidos retumbantes;
El ibirapucú con pompa vana
Agitaba sus ramas ondulantes,
Y aquella noche con su pura calma
En los delirios arrojaba á el alma.
Hurtado con febril y leve sueño
Poblado de visiones, dormitaba,
Ya fruncía con gesto fiero el ceño
E incoherentes palabras pronunciaba,
Ya con nervioso y delirante empeño.
Con sombras enemigas batallaba,
Y ya siguiendo del ensueño el giro
Hondamente lanzaba algun suspiro.
Soñaba que en las sombras de un abismo
Un maléfico genio lo lanzara,
Donde halló la mansión del egoismo,
Caverna en que la sangre se cuajara
Al absorver su niebla de cinismo,
Antro de bronce cuyo hielo helara
Al mágico esplendor de la memoria
Y al entusiasmo y la ambición de gloria.
En él vió reluchando furibundas
A la torpe avaricia y la ignorancia
Con la bajeza y con la envidia inmundas
Y con la crueldad y la jactancia
Oyó al dolo con frases iracundas
Llamar á la injusticia y con instancia
Pedirle que oprimiese su sevicia
La caridad cristiana y la justicia

Quiso hablar y mil sierpes venenosas
Le escupieron al rostro su veneno,
Quiso luchar y manos asquerosas
El puñal opusieron á su seno,
Quiso huir y palabras calumniosas
Hirieron sus oídos como el trueno,
Quiso entonces morir desesperado
Y se vió por el Sol iluminado.
Era la luz del sol mágica y pura
Que de Oriente á Occidente rebrillaba,
Era una luz de célica dulzura
Que á la inmortalidad iluminaba.
Su esplendor infinito de la altura
Saber, fuerza y belleza derramaba,
Enseñando al mortal con su influencia
Caridad, el silencio y la prudencia.
A la luz de aquel sol vió silenciosos
Cinco seres que tristes le observaban
Y que aquellos lugares tan hermosos
En tal desolación consideraban;
Eran César y aquellos valerosos,
Que de país remoto regresaban,
Los cuales con asombro y consternados
Miraban tales sitios devastados.
Refirióles Hurtado lo ocurrido,
De la manera que él lo imaginara;
De que modo con Ruiz había salido
Y cuan triste el regreso contemplara
Que tal desastre había sucedido:
El como á los difuntos se enterrara
Y el por que los demás habían marchado
Quedándose él allí desesperado.
César le oyó con pesadumbre viva
Y aconsejóle abandonar su empresa,
Pues si la dama hallábase cautiva
No era posible rescatarla ilesa

De una gente tan bárbara y esquiva
Que no querría devolver su presa,
Rogándole mil veces que marchase
Con él y hasta el Perú lo acompañase.
Allí le dijo amigas he dejado
Muchas tríbus guerreras y potentes
Que gran estimación me han demostrado.
Ellas nos seguirán, pues son valientes,
Volveremos aquí, será vengado
El pérfido vigor de aquellas gentes,
Y al vengarnos de ofensa desastrosa
Libraremos briosos á tu esposa.
Insistió César en que Hurtado fuera
Con el intento dicho á las regiones
En donde afortunado consiguiera
Entablar con indianos relaciones;
Le dijo que eran gentes que viviera
En bellas y anchurosas poblaciones,
Rica en oro, cereales y ganados
Y con usos humanos é ilustrados.
A todo contestaba el triste mozo:
«Desde que á mi Lucía la he perdido
«Vivo cual si me hallara en hondo pozo.
«Si es vivir un vivir tan abatido.
«Se huyó con ella mi apacible gozo,
«Por verla, fuera esclavo complacido;
«Moriré si su voz no me recrea
«Viviendo en el instante en que la vea.
César vió con tristeza que era vano
El hablar de razón á un alma amante,
Cuando batalla con dolor tirano
Y se entrega á esperanza fluctuante;
Ante pesar tan noble y sobrehumano
Y ante un amor tan puro y tan constante,
Depuso el militar su fiero orgullo
Y partió sollozando á pesar suyo.

Algunos días el amante esposo
Vagó por la espesura macilento
No hallando ni consuelo ni reposo
Y sin tomar ni un poco de alimento.
De aquel que le dejara cuidadoso
García, que marchó con sentimiento,
Pues á Hurtado estimara por instruído
Al par que por prudente y bien nacido.
La gente de Gaboto no ignorara
El noble nacimiento del soldado,
Que á un ilustre pariente disgustara
Porque con dama pobre había casado,
Y que sin esta causa no marchara
Al río de la Plata en tal estado,
Pues tendría la casa y la carroza
De su tío, un Hurtado de Mendoza.
Cansado de vagar inciertamente
Decidió el español aproximarse
Al tape de Siripo y cautamente
Allí algunas noticias procurarse;
Con tal fin caminó resueltamente
Hasta que halló un indiano al acercarse,
Que sin darle ocasión de que se explique
Lo llevó prisionero ante el cacique.
Lo vió Siripo allí tan admirado
Como lleno de rabia y de despecho,
Pues á la triste dama había forzado
A casarse con él y satisfecho
Disfrutaba de un bien que fué logrado
Con amenazas y tirano pecho,
Por esto en el instante decidiera
Que el desgraciado esposo pereciera.
No realizó el cruel asesinato
Porque llegó Lucía en aquel punto
Permaneciendo conturbada un rato
Delante del indiano cegijunto,

Y al fin dijo con ímpetu : « Me mato
Cuanto mire á mi esposo caer difunto »
Y esta promesa desarmó la mano
Que iba á matar al desarmado hispano.
  Ello fué que temiendo ver perdida
Para siempre á la hermosa prisionera,
Que en sumo extremo fuérale querida,
Respetar á su esposo consintiera ;
Mas hizo comprendiesen de seguida
Que entre ambos el trato concluyera,
Y que el hispano en cambio de su hispana
Ténía que tomar mujer indiana.
  En todo consintieron los cautivos
Por secreta esperanza aconsejados,
Logrando de este modo quedar vivos
Si bien á duras leyes sujetados.
Sus corazones jóvenes y altivos
De valor, se sintieron reanimados,
Y confiando en la bondad del cielo
Hallaron la esperanza y el consuelo.

Canto X.

Proyectan Hurtado y Lucía evadirse del cautiverio, comunicándose sus planes y proyectos de fuga con un medio ingenioso.—Son espiados por una india llamada "Curiyú„ la cual por vengarse los delata á Siripo y sorprendidos por él los hace matar cruelmente.

Musa porque me entregas al desvelo?
Quiero con raudas alas
Salvar el límen del mezquino suelo
Y admirar del empireo las galas!
Cesa, hado iracundo,
Que hinchando al corazón con tu tortura
Persigues furibundo,
Aun ser desde que nace para el mundo,
Hasta que huye de tí en la sepultura.
Mi firme voluntad te desafía;
Ella altiva y serena
Con fé su voz levanta,
Y batallando con inícua pena
A las glorias del Plata libre canta.
Más ¡ay! como en la tierra
Suelen brillar manchadas
Las glorias más preciadas
Con las sangrientas sombras de la guerra,
Alguna vez mi líra
Resuena con acorde rudo y vário
Y otras veces suspira,
Porque el dolor la inspira
Al pié de un árbol triste y solitario.

Lento el tiempo pasaba
Para Lucía y para el triste Hurtado,
Uno al otro miraba
Y un suspiro profundo denunciaba
De su infelíz espíritu el estado.
Más como la esperanza
Es amiga constante del humano,
Esperaban librarse del indiano,
Burlando su venganza.
Hallaron un consuelo en sus dolores,
Pues con astuta maña
Se decían amores
Cantando como cantan en España;
La española escuchaba atentamente
Con codicioso oído
Cuando oía cantar lejanamente
A su amado marido,
Tratando diestramente
De mostrarse á su canto indiferente.
El hispano á Lucía
Con el alma anhelosa la escuchaba,
Cuando iba y venía
Recorriendo la extensa toldería
Y su tristeza con amor cantaba.
Hurtado al fin pudiera
Ordenar en su mente un plan seguro
Que el indio no entendiera,
Y lograse sacarlos del apuro.
Para este fin con brío
Logró hacerse del tronco de un tumbay,
Que en su creciente el río
Trajo desde el lejano Paraguay.
El tronco no sin pena fué oradando,
Hasta que una piragua
De forma ruda hizo trabajando,
Capaz de sostenerlos sobre el agua.

Todo estaba arreglado,
Debían entregarse á la corriente
Y en cualquier sitio aislado
Vivir con su cariño libremente;
Mas su fortuna adversa
Quiso llevar al colmo sus rigores
Y á una indiana perversa
Escogió para monstruo de furores.
Esta que apellidaban
Los indios Cariyú por su figura,
Los vió una noche obscura
Que entre las altas yerbas se arrastraban;
Escuchó el rumor lento
De su marcha penosa y la malvada,
Porque fué por Siripo repudiada,
Le avisó vengativa en el momento.
Cual fué el dolor de aquellos desdichados
Cuando á Siripo que siguió su pista
Miraron consternados
Presentarse rugiendo ante su vista.....
El sol por el Oriente se asomaba
Con magestad y luz esplendorosa,
Cuando el fiero Siripo colocaba
En una pira á la española hermosa.
La jóven valerosa
Con voz firme esforzada y argentina
Y con ferviente anhelo
Elevó sus plegarias hácia el cielo
Perdonando al indiano su ruína.
«Adios, le dijo á Hurtado,
«Pronto nos hallaremos en la cumbre,
«Que jamás ha manchado
«Con su aliento el malvado,
«Admirando de Dios la pura lumbre.
«Infinito nos ama
«Cuando quiere suframos el martirio....

«Ya siento que me inflama
«La aniquilante llama....
«¡Señor perdona el bárbaro delirio!»
Al acabar su ruego
Lucía, se elevó rauda estallando
La hoguera y chispeando
La envolvió densa nube de humo y fuego.
  Hurtado en el instante
Gritó con firme voz «¡Ven, ven indiano!
«Acércate bastante
«Para que mires bárbaro ignorante,
«Como sabe morir un bravo hispano!...»
....
....
A tales voces contestó el silbido
De flechas que rasgaron
El aire y sin ruído
El pecho del hispano traspasaron.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

Libro II.

1532-1574

Canto XI

Siripo pesaroso de haber dado muerte á Lucía llega al pié de la cruz erijida sobre la sepultura de Lara y sus compañeros y ruega al Dios de los cristianos, en su ignorancia, le devuelva aquella mujer amada. Una voz divina rechaza su ruego impío y le reprocha su crueldad. Alborebí, cuya tribu tuvo que someterse á los portugueses, abandona su pátria y lleno de piedad cristiana, é instruído por el español que había salvado en los elementos de algunas ciencias, prefiere vagar solitario de tribu en tribu llevándoles á los indígenas la ilustración y la fé con la caridad y el ejemplo.

La noche es serena.
Dormida natura
Descansa buscando
Mas régio vigor.
El aura resuena,
La luna en la altura
Rebrilla lanzando
Su claro fulgor.
Allí donde un día
Gaboto atrevido
Un fuerte elevára
Con grande saber,
Alzado se veía
Sublime y erguido
Un leño que hablara
De muerte y poder.

La enseña cristiana,
Divina, grandiosa
Lanzando destellos
De espléndida luz;
La que es soberana,
Purísima, hermosa,
Que espíritus bellos,
Sostienen ¡la Cruz!
Un bárbaro indiano
Doliente, afligido
Apoya en la enseña,
De santa humildad
Su rústica mano,
Y triste, abatido
La ruega y empeña
Con torpe impiedad.
« Yo sé que tu eres,
« Le dijo ignorante,
« El Dios del ibero
« Que aquí pereció.
« Yo sé que si quieres
« Podrás al instante
« Con solo tu fuero
« Llamar la que huyó.
« Aquella criatura
« De mágicos ojos
« Que bárbaro y necio
« Cobarde maté.
« Aquella hermosura
« Que vió mis enojos,
« Con calma y desprecio
« Burlando mi fé.
« Hoy diera por verla,
« Sin que esto me explique,
« Mis arcos, mi casa
« Mi fama y valor.

« Después de perderla
« Odié el ser cacique,
« Y á mi alma traspasa
« Punzante dolor. »
De súbito oyóse
Lejano y suäve
Un célico acento
Que alzándose fué
Y el indio pensóse
Que el canto de un ave
Llevábale el viento
Pues forma no vé.
« Cruél timbuano »
—Oyó claramente
Después que fijara
Ansiosa atención —
« El que fué tirano,
« Feroz é inclemente
« No debe quejarse
« Si encuentra aflicción,
« Sumido en pecado
« Demandas consuelo
« ¿ Y quieres te absuelva
« Tu acción criminal ?
« Huye desdichado,
« No insultes al cielo
« Pidiendo te vuelva
« Quién ya es inmortal !
« Sé humano, sé bueno,
« Leal, generoso,
« Levanta al caído
« Perdona al traidor,
« Y entonces sereno,
« Verás venturoso
« Que Dios complacido
« Te otorga su amor.

« En tanto no halagues
« Con nobles acciones
« Al cielo que viera
« Tu horrible maldad.
« Decreta que vagues
« Sufriendo baldones
« Por esta rivera
« Que vió tu crueldad. »

Del Plata en la costa
De un bosque en lo espeso
Indiano buhío
Se ve descollar.
Morada es angosta
De fácil acceso
Y al pié raudo el río
Resbala hácia el mar.
Lo cercan yerbales,
Lo asombran zumanas,
Lo encubre frondoso
Un ibicuará.
Algunas señales
Demuestran cristianas
Lo habita un piadoso
Tabeytecuará.
Los indios lo adoran,
Las indias lo admiran ;
Cien tribus proclaman
Su sábia virtud :
Si enfermos, lo imploran,
Si tristes suspiran
Lo buscan, lo llaman,
Le piden salud ;
Su orígen é historia
Ninguno conoce.

Un día lo vieron
El campo cruzar;
Fué un día de gloria
En que á horda feroce
Valientes pudieran
Al Pampa arrojar.
Con tiernos desvelos
Alzó al desvalido,
Curó sus heridas
Con suma atención,
Y dióle consuelos
Al triste vencido
Que miró perdidas
Patria y opinión.

Serena es la noche,
La luna ilumina
Con luz rebrillante
La indiana región.
La flor abre el broche,
Y el aura argentina
La absorve anhelante
Con dulce fruición.
Del Plata en la orilla
Y allá en la espesura
Se sienten las armas
Ruidosas chocar,
Y en la alta cuchilla
Luciente procura
La seña de alarma
Las tríbus llamar.
El sabio que mira
La hoguera elevarse,
Y escucha cruél grito
De guerra y furor,

Con pena suspira
Al ir á inclinarse
Al pié de un bendito
Emblema de amor.
Su ruego amoroso
Oyó el cielo santo,
Él fué de la tierra
Humilde, eficaz;
Y aquel pavoroso
Ruido y el llanto
Fin dieron; la guerra
Huyó ante la paz.
Aquel solitario
Humilde y sapiente,
Que amante prodiga
De Cristo la luz;
Fué cruel, temerario,
Más sábia y prudente
Voz noble y amiga
Mostróle ¡la Cruz!
Se vió perseguido
Por suerte inhumana,
Y un pueblo extranjero
Cruél le afligió:
Dejó entristecido
Su tribu arechana,
Y huyó del guerrero,
Que injusto lo holló.
Del Plata en la orilla
Formóse un asilo,
Al ver al tirano
Su patria ocupar;
En él no le humilla
Feroz é intranquilo
Aquel lusitano
Que viera imperar.

Canto XII.

Sale de España el año de 1534, con destino al Río de la Plata el Adelantado D. Pedro de Mendoza, acompañándole en esta expedición un número considerable de ilustres Caballeros Españoles.—Sufre la armada una fuerte tempestad al pasar la "Línea", arribando parte de las naves con el Adelantado al Brasil, y siguiendo otras con el Almirante D. Diego de Mendoza, hermano de D. Pedro, hasta tomar puerto en la Isla de San Gabriel.—Suceso de Osorio.—Fundación de Buenos Aires.—Batalla contra los indios en que murieron Don Diego de Mendoza y otros ilustres capitanes.—Causas que motivaron la retirada de D. Pedro.—Funda Ayolas el fuerte de Corpus Cristi, la Asunción y la Candelaria.— Prosigue su viaje y muere al regresar en busca de Irala.

Gaboto llegó á España felizmente
Y supo ponderar de tal manera
La bondad y riqueza de la gente
Del hermoso país que recorriera,
Traspasó de tal modo su elocuente
Entusiasmo, lo cierto que allí viera,
Haciendo con astucia tanto ruido,
Que miró su propósito cumplido.

La ambición del marino fué colmada,
Despertando del pueblo la codicia;
Al mercader y al que ciñera espada
Atrajo su diabólica malicia.
Hizo ver como fábula malvada
Del indio de la Plata la sevicia
Y varios caballeros principales
Quisieron ir llevando sus caudales.

Don Pedro de Mendoza, un caballero,
De la casa imperial noble criado,
Ofreció con sus gentes y dinero
Poblar aquel país tan celebrado
Y obtuvo un nombramiento valedero
La grande potestad de Adelantado,
Con lo que fué aumentándose el corage
De cuantos proyectaban el viage.

Reuniéronse á Don Pedro de Mendoza
Muchos bravos é ilustres capitanes,
La mayor parte gente rica y moza
Que sirviera en los tercios alemanes,
De aquella que en la guerra se alboroza
Y ama su variedad y sus afanes:
Les siguieron soldados, mercaderes
Y artífices con hijos y mujeres.

Salió brillante escuadra de la orilla
De aquel Guadalquivir, Betis famoso
Que riega los jardines de Sevilla,
Y se lanzó en el mar tempestuoso.
Nadie dejó la costa sin sentilla,
Viéndola huir con ojo lacrimoso,
Más el ánsia del oro americano
Avasalló el amor al suelo hispano.

Catorce naves de la mar tirana
Las olas rasgan con benigna estrella
Y en la soberbia nao capitana
El almirante pabellón descuella;
Busca la flota la región indiana
De Solís y Gaboto, que tan bella
Y llena de tesoros entrevía,
Del viagero la errante fantasía.

Dos mil doscientos eran los guerreros
Que á Don Pedro de Mendoza obedecían,
Sin contar los hidalgos, cuyos fueros,
Solo al Emperador ceder debían.
Todos, gefes, soldados, marineros
A esperanzas risueñas sonreían,
Y al lejano horizonte interrogaban
En horas que por siglos las juzgaban.

Cuantas de aquellas gentes valerosas
Animadas por bellas ilusiones
Dejaron á su patria, ó codiciosas,
Porque ansiaban riqueza y distinciones,
Despreciaron las mares procelosas,
Y el impulso de fieros aquilones
Que en abismos de espuma en lontananza
Podían sepultar á su esperanza....

Cuantos sueños de gloria y de ventura
Exaltaban febriles á las almas,
Cuando la mar cesaba en su bravura
Para entregarse á sus gigantes calmas....
Cuanto espíritu hispano, en su locura,
Vió el oro entre las flores y las palmas
Brotar en refulgentes manantiales
Y resbalar en pálidos raudales....

Cuantos valientes pechos y almas grandes
El laurel de la gloria columbraban
Y los triunfos de Italia y de la Flandes
Esceder con usura proyectaban....
Cuantos la cordillera de los Andes
Por ignoto camino atravesaban
Y del Inca el imperio poderoso
Contemplaban en sueño codicioso....

Cuantos en fin, ceñidos de laureles
O con riquezas mágicas sin cuento
Se lanzaban felices en bageles
Siguiendo al ilusorio pensamiento;
Y volvían á ver amigos fieles
Y el hogar que miró su nacimiento
Contando el porvenir como pasado,
Viéndolo por el prisma más dorado....

Cuan bella en su ilusión consideraban
Su pobre choza ó señoril palacio....
Cuanto placer soñando disfrutaban
Cuando el cielo de azul y de topacio
De su querida patria contemplaban
Y mirando del mar el ancho espacio
Al recordar sus penas y amarguras
Colmaba el bello ensueño su ventura....

De súbito el contento fué turbado
Por récia tempestad ecuatoriana
Y el mar Atlante que jugó rizado
Por una brisa plácida y liviana
Levantóse furioso y encrespado,
Aterrando al rujir la gente hispana
Y con su turbulencia indescriptible
Luchando atronador, girando horrible.

Cual si fuera una débil gaviota,
Cada nave impulsada por el viento
Y por la mar, que con furor azota
Siguió distinto rumbo en un momento:
Desbaratóse el órden de la flota,
Cada cual procuró su salvamento
Y á la vistosa é imponente armada
Se vió girar confusa y desbandada.

Al ver la hirviente espuma remontarse,
Fiera hasta el firmamento amenazando,
Y á las olas furiosas encontrarse
Y huir al deshacerse reluchando,
Y á otras más altivas elevarse
Y caer desplomadas rebramando,
El alma que á los sueños se entregaba
Al mar, vertiginosa lo imploraba.

Solo el marino, impávido veía
Los horrendos abismos espumantes
Y con mirada intrépida medía
La altura de las olas más gigantes:
Solo el marino bravo, no perdía
La calma, y con esfuerzos incesantes
Los golpes furibundos evitaba,
Seguía el oleaje ó lo cortaba.

Todos miraban á la mar que hambrienta,
Cual gigante leona enfurecida,
Anhelosa, con rabia turbulenta
Demostraba codicia de su vida
Y alguno maldiciendo la tormenta
Desafió tan bárbara homicida,
Que al hombre alhaga cariñosa una hora
Y luego ahogarlo intentará traidora.

Cuantos en aquel trance maldijeron
La codicia que al mar los arrojara...
Cuantos arrepentidos supusieron
Que el cielo tal designio castigara...
Otros aniquilados no supieron
Si era el que el mar tirano los tragara
Preferible á sufrir los torbellinos
Y girar con los raudos remolinos.

Al fin las olas de luchar cansadas
Y el huracán un algo apaciguado
Dieron tregua á las naves desdichadas
Que tan bárbaramente habían tratado:
Estas yacían mustias, fatigadas,
Con el timón y el casco quebrantado
Y algunas sin los palos y cordajes
Que cortaran al huir de los olajes.

De las catorce naves unas fueron
Hasta el Brasil con pena zozobrante
Y otras que la tormenta resistieron
La derrota tomaron para avante.
Don Pedro de Mendoza y otros vieron
El Brasil, más su hermano el almirante
Siguiendo al Sudoeste vió del Plata
La corriente que inmensa se dilata.

Mendoza, en el Brasil, con diligencia
Las naves que juzgaron maltratadas,
Al sufrir de las olas la violencia,
Determinó que fuesen carenadas:
Más allí sin cordura y sin prudencia
Dejándose guiar por las malvadas
Sospechas de la envidia y la malicia,
Cometió una cruelísima injusticia.

Llevaba por maestre al lado suyo
A un tal don Juan Osorio, que sirviera
En las guerras de Italia y el orgullo
De un militar ilustre poseyera:
Este á don Pedro le ofendió en el suyo,
Sin que la causa conocida fuera:
Y Mendoza dispuso con exceso
Darle muerte sin forma de proceso.

Después de aquella acción indisculpable,
Que fué por mucha gente criticada,
Encontró aquel lugar desagradable
Don Pedro, y cuando estuvo aparejada
La flota, con un viento favorable
Siguió la ruta que le fué trazada
Y entró por el gran río plateado
Que mar dulce Solis había llamado.

Don Diego el almirante con su hermano
Se reunió de la Plata en las orillas,
Y visitaron el país indiano
Sin desórden, peleas ni rencillas;
Siempre en su mente se ostentaba ufano
El Perú, con sus grandes maravillas,
Por esto el Sur juzgaron preferente,
Poblando en él primero sabiamente.

Para primer lugar de pobladores
Se eligió con estudio aquella loma
En que cercada de árboles y flores
La Capital del Plata bella asoma.
No la ofende jamás con sus rigores
El caudaloso río cuando toma
Al bramador Pampero, que furioso
Lo hace hervir irritado y espumoso.

Al saltar en la playa que eligiera
Para poblar, el noble Adelantado,
El primero que en ella el pié pusiera
Fué don Sancho del Campo su cuñado,
Y es cosa muy sabida que dijera
Sumamente contento y admirado
Al aspirar las brisas con anhelo
¡Qué buenos aires son los de este suelo!

Después de haber Mendoza decidido
Poblar aquella loma que halló bella,
Solemne posesión muy complacido
Tomó en nombre de España, luego en ella;
Reunió á cuantos con él habían venido
Con un ánimo digno de otra estrella,
Y á los hidalgos y á los militares
Les concedió vastísimos solares.

Diósele á la ciudad que tan famosa
Llegó á ser con el tiempo é ilustrada
El nombre de la Vírgen amorosa,
Por unánime voto proclamada
Madre de aquel recinto, y oficiosa
La gente, la ocurrencia ya citada
Del ilustre del Campo le añadiera
Hallándola oportuna y verdadera.

Antes de que el hispano allí llegara
Una tríbu á otra tríbu aborrecía,
Y con rabia incesante se buscara,
Y con ira feroz se destruía:
Antes de que al hispano contemplara
El trabajo y la paz desconocía
Aquella gente turbulenta y fiera,
Que las costas del Plata recorriera.

Al ver llegar el indio al extranjero,
Como el viento dá tréguas á los mares
Para después con ímpetu altanero
Removerlos rasgando sus hijares
Suspendió su furor ante el íbero,
Que intrépido poblaba en sus hogares:
Dando tregua á su instinto belicoso
Para alzarse después más animoso.

Al poco tiempo algunos comenzaban
A molestar las atrevidas gentes
Que en sus costas con fuero se poblaban:
Hicieron tentativas diferentes,
Hasta que al fin notóse que trataban
De pelear sañudos y valientes
Y su grito feroz en son de guerra
Se oyó de llano en llano y sierra en sierra.

Desde Cholechechel al Pilcomayo,
Desde la Pampa al Chaco y Toropalca,
Desde el Río Neuquen al Paraguayo,
Desde el lago de Oiben á Cajamalca:
Armado con la flecha, como un rayo
Trazó el indio en las selvas ancha calca:
Se unieron los Caciques, se aplazaron,
Y guerra al español le declararon.

Tilatitú Cacique prepotente
De la raza de aucá, varón famoso,
Se unió á Puellucatel, que fieramente
Mandaba al querandis vigoroso.
Chululú que imperaba al occidente,
Contra los guaranies victorioso,
Llamó á otros indios que tras él llegaron
Y en la Pampa sus tropas ordenaron.

Dispuestos á luchar, en emboscada
Se pusieron no léjos de un riachuelo,
A poco dijo un indio que ocupada
En fabricar carbón y sin recelo
Había visto una gente en la enramada:
Al aviso corrieron con anhelo
Algunos querandis, que de repente
Hirieron sin piedad aquella gente.

Aquellos que al estrago y la matanza
Escaparon, mostráronse sedientos
De una pronta y durísima venganza,
Llegando hasta don Pedro turbulentos.
Este ordenó que fueran sin tardanza
Algunos oficiales y trescientos
Soldados valerosos y aguerridos
A castigar los indios atrevidos.

Don Pedro de Mendoza comandaba,
Que era muy animoso capitano,
Y junto á él Manrique cabalgaba
Con don Sancho del Campo y con Lujano
Doce ginetes, hábil animaba
Con su brío don Pedro de Guzmano;
Siendo aquellos por nobles y por fieros
La flor de los hispanos caballeros.

Además comandaban los soldados,
Dispuestos en tres tercios bravamente,
Tres diestros capitanes afamados:
Perafan de Rivera, el impaciente,
Ruiz Galan, el de modos algo airados
Y Bracamonte, militar valiente;
Todos tres militaran en Europa
Siendo Cides al frente de su tropa.

La indiada prevenida y recelosa
Se retiró del sitio en que atacara
Y con marcha forzada y cautelosa
Al hispano en un punto lo aguardara
En que á la tierra floja y pantanosa,
Al desaguar, un río la dejara,
Mostrando allí su ejército formado
En ademán muy bélico y osado.

Llegó la hueste al vado é imprudente
Juzgaron el querer pasar el río,
Más don Diego pensó distintamente
Y falto de prudencia, quiso el brío
Demostrar de los suyos vanamente
Respondiendo del indio al desafío,
Pues como tan osado, lo veía
No creyó que esperar correspondía.

Su orgullo ciego le costó muy caro
Pues el indio aguardó el instante justo
En que la gente estaba sin reparo
Para marchar con ánimo robusto;
Sin temer los caballos, ni el disparo
De los mosquetes observar con susto;
Cuando halló la ocasión más aparente
Lanzóse á combatir airadamente

No es más raudo y terrible en su carrera
El huracán que avanza revolviendo,
Que de la indiada la embestida fuera
Con empuje bravísimo y tremendo;
Ni es más fiero el rujir de la pantera
Cuando hambrienta va un ciervo persiguiendo,
Que el grito de los indios espantoso
Repetido por éco pavoroso.

Pereciera en aquel aciago día,
Con heróico valor acrisolado
Don Diego de Mendoza, cuando había
A su brazo, valiente fatigado
Y en el instante mismo en que corría
A salvar á Manrique, fué arrojado
De su caballo por indiana bola
Que le rompió al chocar la férrea gola.

Pedro Ramirez de Guzmán que viera
De Mendoza y Manrique la fatiga,
Con alma generosa pretendiera
Socorrerlos ¡más ay! suerte enemiga
Quiso que en aquel trance no midiera
La fuerza del caballo, bien le obliga
Con la espuela y la espada pero en vano
Pues cayó con él muerto en el pantano.

Para que más, de la legión brillante
Gloria y honor de la falanje hispana,
La mayor parte se inclinó espirante
Al embestir la turba americana.
Allí cayó con ánimo gigante
Perafan, que en matar indios se afana
Y Bracamonte que con fiero estrago
Fué á las bárbaras hordas muy aciago.

Sancho del Campo hábil y animoso
En unión de Galan acometía
Léjos de aquel paraje pantanoso
Que al vigor de los otros oprimía.
Luján en un caballo muy brioso
Desangrándose el campo recorría.
Hasta que ya sin fuerzas fué arrastrado
Por el corcel que huyera desbocado.

Miró Sancho del Campo el suelo tinto
En sangre y al combate muy incierto,
Más los indios al ver aquel recinto
De infinitos cadáveres cubierto
Siguieron el impulso de su instinto
Y huyeron velozmente hácia el desierto
Dejando al español que se salvara,
Y en libertad de obrar como gustara.

Campo y Galan reunieron los soldados
Y heridos, con fatiga y penerosos
Pues se hallaban sus pechos consternados
Aunque podian juzgarse victoriosos,
Menos de la mitad y aniquilados
Fueron los que llegaron silenciosos
A Buenos Aires, que miró con llanto
Tanto luto y tan bárbaro quebranto.

No paró aquí su pena y su tormento,
Innumerables indios se juntaron
Que con un indecible atrevimiento
A la nueva ciudad la rodearon.
Duró el terrible sitio hasta el momento
En que al feroz Tilatitú mataron
Y los aucás y querandis vencidos
Huyeron á la Pampa enfurecidos.

Siguióse la escasez de vitualla
Y el estado fatal de la que habia,
Pues cuando la desdicha da batalla
No se cansa jamás de ser bravía:
La gente con el hambre se desmaya
Huyendo la esperanza y la alegría
Llegando á ser tan grande el desaliento
Que se pensó en mudar de alojamiento.

Con este fin mandó el Adelantado
A Gonzalo Mendoza y Juan de Ayolas
Para que cada cual busque esforzado
Con tropas y con naves, pues las solas
Esperanzas que habia conservado
La abatida colonia, colocólas
En hallar una tierra que le fuera
Más propicia y mejor que la que viera.

Fundó Ayolas un fuerte que nombrara
Corpus Cristi, logrando felizmente
Que víveres el indio le otorgara
Y volvió á Buenos Aires diligente,
Consiguiendo que el hambre se aplacara
Algún tanto, Mendoza tristemente
Se presentó á Don Pedro que pensaba
Dejar una región que detestaba.

Tanta sangre preciosa derramada,
Tanta dulce ilusión desvanecida
Tanta esperanza mágica y dorada
En tanto desengaño convertida,
Le hizo mirar su empresa codiciada
Con una rabia sorda y comprimida:
Por lo que dió el Gobierno á Juan de Ayolas
Y él se lanzó del mar sobre las olas.

El cielo á quien ofende el hombre impío
Hasta que su justicia lo derrumba
Cuando el remordimiento duro y frío
Hiere su pecho y en su mente zumba;
El Cielo vengador del estravío
Que á Juan de Osorio lo lanzó en la tumba
Hirió á Mendoza, justiciero y fuerte
Castigando su crímen con la muerte.

Juan de Ayolas buscando el Perú ignoto
Remontó la corriente de los ríos,
De la misma manera que Gaboto
Rechazando á los bárbaros con bríos,
Visitó el Paraguay con firme voto
De obtener en sus costas señoríos;
Venció allí á Lambaré que le hizo guerra
Y con un fuerte dominó la tierra.

Después volviendo atrás llegó al paraje
En donde el Paraguay con bizarría
Al Paraná le rinde vasallaje;
Una y otra corriente allí se unía
Cerca de un cabo altivo que el ondaje
Con agrupadas rocas despedía,
Por cuya causa al sitio las Corrientes
Denominaron las hispanas gentes.

Ayolas con audacia y buen talento
Navegó el Paraná y en su ribera
Oriental, dió principio al fundamento
De una ciudad que muy famosa fuera;
Llamóla Candelaria, y fué su intento
Que de puerto al hispano le sirviera,
Cuando en lo venidero allí llegase
Y en aquellas regiones se poblase.

Quiso seguir el viaje proyectado
Buscando siempre del Perú el camino
Y con tal intención dejó al cuidado
Sus naves, de un ilustre vizcaino.
Este en la Candelaria pertrechado
Le debía esperar, pero el destino
Le fué adverso al de Ayolas, pues señala
Un plazo corto á Don Domingo Irala.

Seis meses ordenó que le esperasen
Y el vascongado le aguardó fielmente,
Más como de vitualla escaseasen
abandonó aquel punto infelizmente,
Y esta la causa fué de que matasen
Al de Ayolas los indios traidormente
Cuando á la Candelaria regresara
Y á Domingo de Irala no encontrara

En Buenos Aires hambre y peste unidas
Diezmaban á los tristes habitantes,
Que sufrían sin trégua acometidas
De los indios crueles é insultantes.
Las gentes se encontraban abatidas
Con aquellos asaltos incesantes,
Sufriendo los rigores de Galán,
Muy bravo pero rudo capitán.

A este Ayolas nombrara su teniente
Para que á la Colonia gobernáse
Mientras él esplorando el continente,
La ruta del Perú se procurase:
Más fué gobernador tan imprudente
Que no quedó rigor que no emplease
Abatiendo su fuero y su manía
A una gente que de hambre se moría.

CANTO XIII.

Sale de Buenos Aires el alferez don Alonso Suárez de Figueroa—conduciendo pliegos para el Capitán Alvarado, que gobernaba el fuerte de Corpus Cristi.—Refiérense sus amores con la hermosa Porema, jóven criolla, hija de un español y de una indiana y se hace mención de la inoportuna venganza que quiso tomar Ruiz Galán por la muerte de Lara, traicionando las leyes de la hidalguía y tendiendo á los indios Caracaras y timbúes una celada en que murieron un gran número.

Trémulos rayos lanzaba
Al oscurecerse el Sol
Sobre el pueblo que el hispano
Santa María llamó
É iba estendiendo la noche
Lenta su negro crespón,
Ocultando en sus tinieblas
La miseria y el dolor.

Todo en calma se adormía,
Saludaban la oración
Con sonido retumbante
El belicoso tambor
Y los clarines guerreros
Que con metálico son
De una campana imitaban
El resonar vibrador.

Por una puerta del fuerte
Un caballero salió
Armado de todas armas
Y erguido sobre un bridón.
Luce Armadura de engaste

Con arabesca labor
Y negras plumas revuelan
Prisioneras del crestón.

Muestra al talabarte espada
Que choca con estridor
Contra un escudo que lleva
Suspendido del arzón,
Y el cual ostenta, pintadas
Con artístico primor
Un águila y una higuera,
Insignias de su blasón.

Sufre la cuja de cuero
El fuste batallador
De un arma la más pujante,
El poderoso lanzón,
Y oculta el rostro y lo guarda,
Visera que se caló,
Para evitar una flecha
Huida de arco traidor.

Alzase la arena fina,
Al removerla veloz
El corcel con férrea planta,
Cual nube, que en rededor
Del ginete, sube y gira
Rauda velando á los dos.
Diestramente vá el caballo,
Con gallarda sumisión;
Ya el bocado tasca y baña
Con espuma, ya vapor,
Lanza su nariz abierta,
Rebrincando juguetón;
Ya con ojo centellante
Y aguzada oreja oyó

De su respetado dueño
La acariciadora voz;
Y ya por fin corcobea
Relinchando con temor
Cuando sombra sospechosa
A su mirada ofuscó.

Don Alonso Figueroa
Llámase aquel español,
Que camina acompañado
Por su heroico valor.
Él los campos cruza altivo
Al cumplir con la misión
De llevar á Corpus Cristi
Pliegos del gobernador
De Buenos Aires, Galán
Para Alvarado, y dejó
Por el peligroso encargo
La ciudad y su mansión
Va marchando y con tristeza
Piensa en los que abandonó
Oprimidos por su jefe
Y por el hambre feroz.

Piensa en el pérfido modo
Con que vengar pretendió
A Lara, llamando al indio
Para destruirlo atroz;
Logrando tanta torpeza,
Y tan bajísima acción
Trocar á los timbuanos
Que Ayolas catequizó
En enemigos crueles
Que á la primera ocasión
Intentarían vengarse
Del que artero los hirió.

Varias veces Don Alonso
Desde el Cuerpo del Señor
A Buenos Aires marchara
Por gusto y obligación;
Que es poeta y ama el bosque
Y el solitario esplendor.
No falta alguno que diga
Que una amorosa afición
Le hace seguir á una indiana
De semblante encantador
Que en un bosquecillo habita,
Y que por eso buscó
En la espesurà recreo
Y entre las flores su flor;
Más Figueroa es un mozo
De muy noble condición,
Cortés con los cortesanos
Y poco conversador.

Él libremente pasea
Por ser ilustre infanzón,
Que solo por gusto quiso
Servir al Emperador.
Era la noche sombría.
Pues la invernal estación
Se aproximaba robando
A la estrella su fulgor.

La luna ocultaba triste
Tras un negro nubarrón
Su pálida faz, que el alma
Pesarosa, siempre amó.
Roba el invierno á los prados
Su esplendoroso verdor,
Despojando á los arbustos
Del frondoso pabellón.

Corre en torrente espumoso
Con ruido atronador
El arroyuelo que huía
Sin prisa ni confusión,
Y al aura que entre las flores
Resbalaba con rumor,
Reemplazaran los silbidos
Del iracundo aquilón.

Trinos suaves no lanza
Amoroso ruiseñor,
Mas gimen las hojas secas,
Arrastradas con baldón
Por los campos despojados
De verdura y de color.

Hojas secas que vagaban
Con incierta dirección,
Desgarradas y amarillas,
De los vientos al rigor.
Hojas secas que sufrían
Como sufre el corazón
Dolorido, marchitado,
Sin ventura y sin amor.

Cruza campos, sube lomas
Velozmente y al galop,
El caballo á quien anima
Con acento halagador,
Don Alonso, que así dijo
Dando al viento una canción.

—

Huye! vuela como el rayo
Mi caballo
Corredor....!

Corta el llano bravo mío,
Cruza el río
Sin temor.
De hojarazca blando lecho
Satisfecho
Te daré:
Donde alegre y estendido
Complacido
Te veré.
Pronto amigo voz muy pura,
Con ternura
Te hablará;
Y al mirar tu hermosa amiga,
Tu fatiga
Cesará
Ya verás como en sus manos
Rubios granos
De maíz
Te dará la bella indiana
Muy ufana,
Muy feliz.
Huye! vuela como un rayo
Mi caballo
Corredor
Hasta que halles junto á un río,
El buhío
De mi amor!

—

No muy lejos de la costa
Del hermoso Paraná
Y abrigado como un nido
Entre palmas é ibirás
Se aiza un rancho que demuestra
En su forma singular
De una mano muy robusta
Los esfuerzos y el afán.

Una indiana, mal he dicho,
Una jóven celestial
Es la diosa de aquel templo,
Diosa de la soledad.
Grandes son sus negros ojos,
Que miradas al lanzar
Impregnaban á las almas
Su amorosa idealidad.

Es robusta, de alta talla,
Y en su porte y ademán
Se destacan el donaire,
El decoro y majestad.
Es su traje pintoresco,
De tal gusto y gracia tal,
Que á la par que muy vistoso
Acredita honestidad.

Muestra saya á la española
De una especie de brial,
Y un ponchito para abrigo
De piel tersa de yaguar;
Luce al cuello cuentas, rojas
Y ensartadas de coral;
Calza bota de gamuza,
Que sus piés puedan guardar
De los cardos enemigos,
Lleva al cinto buen puñal;
Juegan libres sus cabellos
Negros, cortos por igual,
Sujetados en la frente
Con cintillo. Su beldad
De tal modo revestida
Envidiara por demás
La diana cazadora,
Que hizo á Grecia delirar.

Amazona inteligente,
Valerosa, sin igual,
Es Porema una criatura
Que al mirarla se hace amar.
Para el indio es la cheremy,
Pues con noble caridad
Los enfermos auxilia
Y hace huir su triste mal,
Para el fuerte Corpus Cristi
Es un angel tutelar,
Qué con hábiles consejos
Lo liberta de un desmán;
Para Alonso Figueroa
Es la dicha y es la paz,
Es la reina que avasalla
Su altanera voluntad.

De un caballo á la distancia
Se escuchara el relinchar
Y Porema de su rancho
Se lanzó con ansiedad.
A las nieblas de la noche
Y á los vientos al girar
Y á las aguas que corrían
Y á la triste oscuridad
Anhelosa y en silencio
Las quería interrogar:
Oyó al fin cercanamente
El metódico compás
Del galope de un caballo,
Y la brisa al resbalar
Le llevó algunas palabras
De una voz firme y audaz
Que decía con cariño,
Su esperanza al espresar:

Huye! vuela como un rayo
Mi caballo
Corredor
Hasta que halles junto al río
El buhío
De mi amor!
Cesó el eco, pero á poco
En sus brazos estrechó
A su amada americana
El intrépido español.

Canto XIV.

Vénganse los indios Caracaras y timbúes de los españoles con artería, matando en una celada al alferez Don Alonso Suárez de Figueroa y cincuenta soldados que iban en calidad de auxiliares.—Sitian el fuerte de Corpus Cristi y son obligados á levantar el sitio con gran pérdida, muriendo don Antonio de Mendoza, capitán que había reemplazado á Don Francisco Alvarado en el mando de la fortaleza. Es abandonada ésta por los españoles que se dirigieron en busca de Ayolas y se incorporaron á la gente de Domingo Martínez de Irala.—Vuelve el teniente Irala á la Candelaria en busca de Ayolas, le tienden una celada los Payaguás y los vence.—Descubre un indio Chanes la muerte de Ayolas.—Llega á Buenos Aires el veedor Alonso Cabrera.—Irala es elegido Gobernador según las instrucciones que traía Cabrera.—Dá principio éste á la delineación y engrandecimiento de la Asunción y á la predicación del Evangelio por ocho religiosos franciscanos que llegaron al Plata con Cabrera.—Dispone Irala que sea desamparado Buenos Aires y vence una traición que le preparaban los guaraníes, castigando á los caciques más culpables.

Es ya sabida la cruel matanza
Que hizo en las tríbus de los timbuanos
El anhelo feroz de la venganza
Tan impropia en los nobles y cristianos.
Cayeron en la bárbara acechanza
Que dispuso Galán, muchos indianos
Y estos juraron vengativos, fieros,
Destruír á españoles tan arteros.

Rui Galán á Francisco de Alvarado
Relevó del Gobierno cauteloso,
Dándole sucesor en un honrado
Capitán, muy prudente y valeroso
Antonio de Mendoza apellidado,
Hombre mucho más noble que dichoso,
Pues á causa de ser de gran nobleza
Un indio lo engañó con sutileza.

Fuera el tal un cacique prepotente
Que fingió que de auxilio precisaba
Para vencer las iras de una gente.
Que contra su alianza batallaba.
Apeló á los ardides diestramente
Consiguiendo por fin lo que anhelaba;
Pues Mendoza dispuso que marchasen
Cincuenta que en su empresa lo ayudasen.

Dió el mando de la hueste reducida
Al bravo Figueroa, confiado
En su hábil pericia conocida
Para desempeñar cualquier mandado.
Este siguió al cacique á su guarida
Cayendo en un embosque preparado,
Donde murió con ánima esforzada
Haciendo mil prodigios con su espada.

Ni uno solo escapó de los hispanos
Que á la artera emboscada condujeran,
Sucumbiendo al rigor de los indianos
Que de tierras lejanas concurrieran
Para lograr sus planes inhumanos
Y en aquellos parajes se reunieran,
Llegando la noticia de su muerte
Con la de la traición á los del fuerte.

Despues sitiaron insultantes, fieros
Al fuerte Corpus Cristi, deseosos
De exterminar á todos los iberos
Y lo hubieran logrado valerosos
A no llegar á punto unos guerreros
Que el río remontaban y animosos
Sobre la indiada con valor cayeron
Y en dispersión y fuga la pusieron.

Quedó herido en la lucha temeraria
Muriendo, Don Antonio de Mendoza;
Y viendo que la indiada ya contraria
Amistades y vínculos destroza
Quiso el jefe buscar en Candelaria
La gente, que á Galan diera coroza,
Por cruel, y á el de Irala se ayuntara,
Cuando buscando víveres lo hallara.

A las tropas del fuerte colocólas
Irala en sus bajeles sábiamente,
Pues de sufrir á Rui Galan librólas
Lo que le agradeciera aquella gente;
Después quiso buscar á Juan de Ayolas
El Paraná subiendo nuevamente,
En donde un indio dijo la manera
Con que Don Juan de Ayolas pereciera.

En Buenos Aires Rui Galan se viera
Del gobierno por ley desposeído
Al llegar Don Alonso de Cabrera
Del cargo de veedor apercibido;
Este cuando la muerte conociera
De Juan de Ayolas muy descomedido
Con Galan el gobierno repartióse,
Más la unión poco tiempo sustentóse.

Ello fué que cumpliendo lo ordenado
Por el sábio monarca de Castilla
Fué en elección solemne proclamado
Gobernador Irala, su sencilla
Manera de tratar con el soldado
De modo que le ordena y no le humilla,
El partido común le grangearon
Y unánimes su jefe le nombraron.

Es un hecho de todos conocido
Que de cuantos la historia fiel señala
De los que á la conquista habían venido
El mejor y el más sábio fué el de Irala:
Esto no puede ser oscurecido
Ni por dudosa cita, ni fé mala,
Pues los hechos lo dicen elocuentes
Mostrando sus talentos eminentes.

Él subyugó á los indios revelados
Y sus armas llevó siempre triunfantes
A través de desiertos dilatados
Llegando á los confines más distantes,
Él venció en buena lid los más osados
Con valor y cuidados incesantes,
Y en unión de los nobles guaraníes
Sojuzgó á los indianos yaperíes.

Irala á quien los hombres imparciales
Conceden una gran inteligencia
Fué entre los capitanes principales
El que demostró más tino y más prudencia:
Él remedió desordenes fatales
Llevando la Asunción á la opulencia
Y sus disposiciones acertadas.
Fueron con gusto unánime aceptadas.

Canto XV.

Alborebí de vuelta de un viaje que hiciera al Brasil para visitar su tribu, sufre en el Rio de la Plata una tormenta y el pampero hace zozobrar su canoa salvándose él con mucha fatiga.—Lo encuentra Porema desmayado y lo socorre.—Se cuentan mutuamente sus desgracias y la americana llena de tristeza con la muerte de Figueroa se despide de Alborebí dirigiéndose al Paraguay en busca de un cacique llamado Oberá que era hermano de su madre.

Allí donde se unen con amistoso halago
Las aguas uruguayas á las del Paraná
Y en medio de una especie de plateado lago
Una pequeña isla de centinela está.
En ellas se ven flores, frondosidad y aves,
Magníficas alfombras de espléndido verdor,
En ellas se oyen trinos dulcísimos, suaves,
Que el Cardenal modula y amante ruiseñor.

Se ven rocas altivas de espumas circundadas,
Arena que rebrilla el sol al reflejar,
Se escuchan murmurantes corrientes plateadas,
Que huyen perezosas para lanzarse al mar.
Un eco misterioso repite dulcemente
Los cantos de las aves, del agua el rebullir,
Las brisas de la Plata susurran suavemente
Entre las flores y huyen su aroma al esparcir.

El sol lanza en su ocaso brillantes resplandores
Que trémulas reflejan las aguas al correr
Y céspedes y arenas, frondosidad y flores,
Parecen que suspiran al verlo descender.
Oculta entre los juncos se mece una canoa
Y un indio que hay en ella el sueño abandonó,
No es yaro ni charrúa, minuano ni güenoa
Pues receloso en torno con atención miró.

Es un indiano esbelto de complexión robusta
De centelleantes ojos y desbarbada faz,
Cuyo semblante espresa la condición adusta
Y la anchurosa frente resolución audaz.
Tranquilo al ver sin sombras al anchuroso río
Dió impulso á su canoa y comenzó á bogar,
Los remos son dos palas que agita con gran brío
Lógrando que el esquife resbale sin cesar.

Lejos se vé la playa que forma un horizonte
Allá al Sur, donde él quiere su barca dirigir,
Al noroeste las islas ostentan verde monte
Y una costa al Nordeste se vé altiva surgir,
De súbito escuchóse lejano rebramido,
Que el eco acobardado temblando repitió
Y el indio demostróse confuso y sorprendido
Pues del feroz Pampero el grito conoció.

Una apacible calma en torno lo circunda
Que pérfida y traidora en breve cesará
Y el que la Pampa barre, con ira furibunda,
Atronador y horrible sobre él se lanzará;
Muy lejos de asustarse el bogador indiano
Con gran vigor las palas altivo removió
Y con acento bronco y gutural, ufano
Al viento de la Pampa así desafió:

«Ven con tus raudas alas Cuzubirú jigante
Ven amigo del indio, yo nunca te temí,
Tú al arrastrar las nubes das ese azul brillante
Al cielo de mi patria, que está triste sin tí».
Cesó el indio en su canto y procuró valiente
Llevar hasta lo sumo su prodigo vigor
Pues sabe que es preciso que salve la corriente
Para burlar del viento el colosal furor.

Ya miraba la costa con ojo codicioso,
Reanimando sus fuerzas, temiendo sucumbir,
Cuando llegó el Pampero con impetu furioso,
Y su impulsión al río hizo en espuma hervir;
Síguenlo densas nubes huyendo atropelladas
Con un zumbido horrísono, capaz de ensordecer
Y el anchuroso río de aguas plateadas
Mostró como los mares terrífico poder.

La mísera canoa giró por un instante
Hundiéndose al empuje del viento bramador,
Y el indio fatigado, confuso y jadeante
Dió un grito al abismarse de angustia y de dolor;
Después con un esfuerzo inmenso, prepotente
Logró burlar las olas que lo querían tragar,
Y en la anhelada playa saltó maquinalmente
Cayendo sin sentido al pié de un ubajar.

—

La luz del alba asoma, las avecillas trinan,
La noche lentamente recoge su capúz,
Las flores se entreabren, las aguas se iluminan
Los prados y los bosques sonríen á la luz.

Todo es plácida calma, todo es dulce alegría,
Naturaleza ostenta sus galas por doquier,
Sin que revele el grato nacer del nuevo día,
Las luchas y furores con que acabó el ayer.

Una jóven indiana contempla cuidadosa
Del indio desmayado la faz y la actitud,
Levántale del suelo con mano generosa
Le habla y lo reanima con su solicitud.

Vuelve en sí el desdichado, merced á los desvelos
Y atónito contempla la mágica beldad,
Creyendo que era un ángel bajado de los cielos
Para cumplir la obra de Santa Caridad.

Cerca se halla una choza, mansión de la hermosura
Y en ella junto á un fuego el indio se animó,
Contóle allí á la india porque triste aventura
En la cercana playa inerte lo encontró.

Muestra una cruz cada uno, tal signo los ha unido,
Declaránse sus nombres, Porema, Alborebí;
Contó el indio su historia y lo que había sufrido
Y la indiana á su turno dijo con pena así:

«Mi padre fué un ibero, mi madre fué una indiana;
«La fé de Jesucristo mi padre me enseñó,
«Y fuí caritativa desde que fuí cristiana
«Amando á mis hermanos como él nos ordenó.

«Yo era feliz, el bosque contenta recorría,
«Me quiso un noble hispano, lo quise con pasión
«Pensando en él gozaba, mirándolo vivía
«Henchido de esperanza mi jóven corazón.

«¡Mas ay! yo que ví fieras abandonar su instinto
«Y á una serpiente altiva, con maña subyugué,
«Siempre en aqueste suelo, de humana sangre tinto,
«Feroz más que á las fieras al hombre contemplé!

«Fué víctima el que amara de una cruel falsía,
«Pagaron con la muerte su franca lealtad
«Y desde aquel aciago, inevitable día
«Vivo vagando triste por esta soledad,

«Do quiera que mis ojos dirigen sus miradas
«Solo sangre y ruínas contemplan con horror,
«Y á cada instante escucho alzarse destempladas
«Las voces de exterminio, de guerra y de terror.

«Si el indio va al hispano, se encuentra con su acero
«Y á una maldad se sigue más bárbara maldad;
«Si vá el hispano al indio, lo halla falso y fiero,
«Que en esta tierra hoy crece frondosa la crueldad.

«Dentro de poco quiero ir á las soledades
«Más profundas y en ellas la dulce paz buscar,
«Lejos de los humanos y de sus crueldades,
«Teniendo por amigas mis cruces y un altar.

«Tiene razón, le dijo Alborebí á Porema,
«Yo también á mi patria quise no ha mucho ir,
«Y hallé que sufre hoy triste, idéntico anatéma
«Y ví que el que paz ame la encontrará al morir».

Oscureció con pena su rutilante lumbre
En la región del Plata y en el ocaso el sol,
Cuando se separaron con grande pesadumbre
El indiano y la indiana, que es hija de español.

Ella en una canoa el Paraguay procura
Porqué nació en sus costas, y en el pronto verá
La tribú de su madre, que la ama con ternura
Y á su cacique astuto, que llaman Oberá.

Canto XVI.

Gobierno interino de Irala.—Llega el adelantado Alvar Nuñez al Rio de La Plata.—Su valor y sabiduría.—Es depuesto y enviado á España.—Eligen los sediciosos por Gobernador á Irala. —Entra á la conquista del Tucumán Diego de Rojas.—Su muerte.—Es dado el gobierno á Irala en propiedad.—Llega á la Asunción el primer obispo de La Plata Fray Pedro de Latorre. Muerte de Irala y de Mendoza.—Sigue la conquista del Tucumán Nuñez del Prado.—Le usurpa lo conquistado de órden de Villagran, gobernador de Chile, el capitán Francisco de Aguirre. —Disturbios y ambiciones.—Entra al Gobierno y conquista del Tucumán Don Juan de Zurita.—Rui Díaz Melgarejo y Nuflo de Chaves.—Gobierno de Don Francisco de Vergara.—Ambición y manejos de Chaves.—Su muerte.—Felipe de Cáceres.—Desavenencia de Cáceres con el Obispo y fin que tuvieron.

Soberbio, majestuoso, peregrino,
El Paraguay deslízase ondulando,
Y en su largo y magnífico camino
Innumerables islas vá formando;
Ora estrecha su cauce y repentino
Corre por hondo abismo burbujando;
Ora se esplaya mágico y parece
Que entre flores y arbusto se adormece.

Pródigo Paraguay, rey entre ríos,
Cuanto tus bellas márgenes amenas
Incitan á risueños desvaríos,
Y hacen huir del corazón las penas.....
Cuanta ambición de humanos poderíos
Enturbiaron tus aguas más serenas,
Cuantos, en fin, que no pueden lograrte
Quisieran envidiosos desecarte.....

Tú á la región que fué tan apreciada
Por indios y españoles valerosos
Acaricias con plácida oleada
O aduermes con murmurios sonorosos.
Tú á la noble Asunción, tan afamada,
Tributas homenajes humildosos,
Y al Paraná que es gemelo tuyo
Te unes en Corrientes con orgullo.

¿Quién vió tus dilatados pindobares,
Tus bosques de cachiguas y tarumas,
Las sombras de tus vastos pacobares,
Tus sábanas, tus islas, tus espumas;
Quién oyó del tutunca los cantares,
Y admiró de tus pajaros las plumas
Sin bendecir tus mágicas orillas,
Señora de tan grandes maravillas?

Si el camazaraguá con dulces trinos
Quiere animar tus islas silenciosas,
Y el guyrapú sonidos argentinos
Lanza oculto en tus selvas misteriosas,
El alma escucha en éxtasis divinos
Aves, aguas y brisas armoniosas,
Preguntándose absorta ¿si es un sueño
Aquel vivir tan dulce y halagüeño?

¿Si aquellas soledades animadas,
Por la brillante luz de claros cielos,
Que lanzan de sus selvas encantadas
Ecos tan dulces, y con raudos vuelos
Aves tan bellas y auras perfumadas
Por las vírgenes flores de sus suelos,
No son donde Jehová del hombre quiso
Colocar el hermoso paraiso?

Más ¡ay! el viento que á la lona estira
Del buque impulsa las prestadas alas,
Y toscas ruinas el viajero mira,
Que huellas son de la terrible Palas.
Entonces triste, ante lo real suspira
Perdiendo el sueño sus doradas galas;
Pero aunque á su alma el recordar abruma
Admira ¡oh río! tu belleza suma.

Irala gobernaba con esmero,
Aunque el gobierno en interin tuviera,
Cuando á Don Alvar Nuñez, caballero
Muy principal, la España concediera
De adelantado el título y el fuero;
Este á ocupar su puesto al fin viniera
Después de haber con ánimo esforzado
Territorios inmensos esplorado.

Fué Alvar Nuñez guerrero infatigable,
Humano cuando á bien serlo podía,
De una virtud severa é intachable,
Y de un alma tesoro de hidalguía.
Cumpliendo su misión fué inexorable
Con lo que al Rey y á su nación debía,
Y no perdiendo su deber de vista
Adelantó sin tregua la conquista.

Venció á los Guaicurúes belicosos
Con el valor clemente y los aceros,
Sometió á los agaces revoltosos,
Y castigó á los payaguás arteros,
Obtuvo más laureles victoriosos
Con el digno mandar, que otros guerreros
Obtienen con cruelísimas acciones,
Que detestan los nobles corazones.

Después de haber logrado noblemente
Cumplir con su misión y sometido
Muchas tríbus de fiera y ruda gente
Al procurar la ruta decidido
Del Perú; remontando la corriente
Del Paraguay se vió poco atendido
Por algunos hispanos que empezaron
Con disturbios, que el órden perturbaron.

¡Oh envidia codiciosa y miserable,
Cuanta gloria mancilla tu inmundicia!
Tú fuiste la que á Nuñez venerable
Oprimiste con bárbara sevicia;
Tú le destituiste cual culpable
Y con inícua saña é injusticia
A España lo llevaste como á reo
Por hacerte señora de su empleo.

Concluyó la revuelta y alboroto
Por dar el mando á Don Domingo Irala,
El cual dicen, se hallaba muy remoto
De cuanto dispusiera gente mala;
Ello será verdad, guardo mi voto
Y digo lo que historia me señala,
Pues juzgo como cosa muy discreta
No interpretar lo que ella no interpreta.

Mientras en la Asunción luchas tenían,
Por doquiera vagaban capitanes
Que buscando dominios discurrían,
No sin faltarles penas y desmanes,
Unos de Chile la conquista hacían
Y otros desde el Perú con mil afanes
Hollaban las altivas cordilleras
Flameando orgullosos sus banderas.

Al Tucumán entró Diego de Rojas
Con mucho más denuedo que fortuna,
Pues los indios sus flechas, que antes flojas
Al español no hirieran, una á una
Las bañaron con sumo de unas hojas
Que encerraba veneno, y cuando alguna
A un soldado español se le clavaba
Con muerte dolorosa lo mataba.

Dió muerte á Rojas flecha envenenada
Cuando su empresa comenzado había,
Y su gente al principio consternada
Se dejó sojuzgar por la manía
De dominio, locura censurada
Que el valor español disminuía,
Pues desunidos por sus desaciertos
Morían tristemente en los desiertos.

Con la muerte de Rojas comenzaron
Entre sus oficiales ambiciones
Que la empresa intentada perturbaron
Manchándola con muertes y facciones,
Hasta que al fin confusos la dejaron
Por no querer vencerse en sus pasiones;
Más pudo conocer la gente hispana
El valor y riqueza tucumana.

Irala en la Asunción discretamente
Y con mucha cordura gobernaba,
Siendo al fin revestido dignamente
Del gobierno que tanto ambicionaba;
Nombróle en propiedad muy sábiamente
La España, que su influjo no ignoraba,
Así como el saber con que rejía
Y cuanto la conquista le debía.

Vió la colonia llena de contento
Llegar entonces su primer prelado,
Varón muy virtuoso y de talento
Fray Pedro de la Torre apellidado,
La Asunción cada vez iba en aumento
Siendo Irala de todos respetado
Luciendo el porvenir con resplandores,
Que ahuyentaban las luchas y dolores.

Era todo esperanza y alegría
Cuando le plugo terminarla al cielo
Y la muerte robó en aciago día
Con Irala placeres y consuelo,
Murió el Gobernador y alzóse impía
La discordia en aquel felice suelo,
Pues Mendoza que fué el que sucediera
A su amigo, á muy poco feneciera.

Al Tucumán entonces conquistaba
Un tal Nuñez de Prado, caballero
Que fama de entendido disfrutaba;
Este fundó á Santiago del Estero;
Más Villagran que en Chile gobernaba
Ambició el Tucumán con desafuero
Y Francisco de Aguirre su enviado
A Nuñez le usurpó lo conquistado.

Aguirre volvió á Chile y por teniente
Dejó á Bazán que vióse en grande apuro
Pues el indio diaguita era valiente
Y no le permitió verse seguro,
Luchando contra él contínuamente
Con firme corazón y golpe duro,
Sucedióle en el mando Juan Zurita
Y este venció la intrepidez diaguita.

Dos capitanes la Asunción contaba
Famosos por sus hechos y victorias:
Rui Díaz Melgarejo que fundaba
Una ciudad que existe en las historias
Y un tal Nuflo de Chaves que manchaba
Con su crueldad los lauros de sus glorias;
Este fué el que fundó con arte y guerra
A Santa Cruz llamada de la Sierra.

Muerto Domingo Irala y el que fuera
Por él de su gobierno encomendado,
La Asunción en partidos se encendiera
Perdiendo aquel poder que había logrado.
La indiana gente revelóse fiera,
Más fué su atrevimiento castigado
Por uno que al gobierno se elevara
Llamado Don Francisco de Vergara.

Después solo se vieron desaciertos
De Nuflo Chaves, que llegó con mañas
Y planes ambiciosos encubiertos
Que deslustraron todas sus hazañas,
A conducir incautos por desiertos
Ofreciéndoles oro con patrañas
Y usurpando el gobierno que anhelaba
Cuando Vergara sin defensa estaba.

Pronto quedó burlada su malicia,
Que de Dios llega el pérfido castigo
Cuando cree disfrutar de su injusticia,
El dispuso que un indio noble amigo
A quien hirió de Chaves la codicia,
Lo matára del toldo en el abrigo:
Fué el matador cacique de Itatines
Que habitaba de un llano los confines.

A Chaves en el mando sucediera,
Pues á Vergara injusto lo estrañara,
Don Felipe de Cáceres que fuera
Uno que á la Asunción abandonara:
Este á la gente incauta condujera,
A la ciudad, que en mal hora dejara:
Y con Latorre tuvo diferencias
Orígen de disturbios é imprudencias.

Cuando de la Asunción se oscurecía
La fama con disturbios y cohechos
En vecina región se enaltecía
El valor español con nobles hechos.
Zurita el Xivixive sometía
Obteniendo más gloria que provechos,
Y fundaba ciudades y el indiano
En Calchaquí llamábalo su hermano.

La iniquidad triunfó del gran Zurita
Y aquella tan poblada y fértil tierra
A quien por gala ufana y erudita
Llamó el conquistador Nueva Inglaterra,
Fué presa en hora mísera y maldita
De la feroz y sanguinaria guerra,
Siendo en muy poco tiempo devastada
Y á triste soledad abandonada.

En la Asunción y en el Guairá rujían
Las pasiones, luchando sordamente,
Los disturbios sin trégua recrecían;
Cáceres que nombrara su teniente
Juan Ortíz de Zarate á quien habían
Dado el Adelantazgo, torpemente
Avasalló al Obispo, y fué apresado
Y á España por intrusos enviado.

No intentes musa referir torpezas
Que el brillo empañen de la ibera gloria,
Negras las nubes son de tus tristezas
Y el porvenir aflige á la memoria.
Olvida, y canta triunfos y proezas,
Espera y no te asuste triste historia,
Sigue el vuelo de libre fantasía
Que delirando busca la alegría.

Canto XVII.

Descríbese una isla del Rio Uruguay en la que moraba Yamandú cacique Guaraní.—Oyebé jóven indiana de singular belleza hija del cacique, se entregaba á los placeres del baño en los momentos en que su padre conspiraba contra los españoles que habían llegado al Rio de la Plata con el Adelantado Juan Ortíz de Zarate y su armada. Llega Yamandú á la isla y encarga á su hija el cuidado de poner en salvo las mujeres y niños de la tribu, mientras él con los guerreros combate á los españoles.

Es muy bella y muy galana
Una indiana
A quien llaman Oyebé:
Nombre que es en guaraníe
Equivalente al de huríe
O ninfa de leve pié.

No ostenta bellos trocados
Recamados
Con el oro del Perú,
Más adornan su hermosura
Los desvelos y ternura
De su padre Yamandú.

Yamandú cacique sábio
Cuyo lábio
Tiene elocuencia especial,
Y con travesura y maña
Inventa cualquier patraña
Que relata desleal.

Yamandú que una mañana
Vió una hispana
Flota, en el Plata surgir
Y al aleve charruano
Se alió, porque al hispano
Intentaba destruir.

Iba con aquella armada
Maltratada
Por terrible tempestad,
Juan Ortiz que fué nombrado
En España Adelantado
Por la Régia Magestad.

Con brillantes oleadas
Azuladas
Corre el mágico Uruguay;
Y entre sauces un buhío
Se levanta junto al río
En la isla del Queguay.

De capijana es techado,
Resguardado
Del león y del yaguar
Por paredes fabricadas
Con troncones y estacadas
Difíciles de arrancar.

Lo abrigan hermosas pieles,
De laureles
Olorosa ramazón
Forma entrelazada el techo,
Y sirve de alfombra y lecho
Abundante plumazón.

Forma allí la isla un puerto
Encubierto
Por el monte y el juncal,
Y en él canoa muy fuerte
Gira, juega ó yace inerte
Atada á un grueso chauchal.

Un guasuvirá pasea
Y recrea
Con su donaire y candor
La enramada que recruza;
Ó atento la oreja aguza
Al escuchar un rumor.

Es la hora en que esplendente
lanza ardiente
Su rayo sol estival,
Y Oyebé con gracia y brío
En el sitio más umbrío
Toma un baño matinal.

Sus cabellos son dorados,
Ondeados
Cual las aguas de un tisú,
Y es tal su blancura suma
Que compite con la espuma
Del gran Paraná Guazú.

Sus ojos azules, rayos,
Con desmayos.
Lanzan de dulce pasión,
Desmintiendo de su raza
El color y estraña traza
La original espresión.

Claros son como cristales
Los raudales
Del río, y en su inquietud
Descubre el agua espumosa
El cuerpo de la donosa
Indiana, en bella actitud.

Ya la muestra cual sirena
Muy serena,
La onda, al quererla envolver;
Ya la oculta caprichosa
Cual si náyade graciosa
En ella creyera ver.

De repente ronco, hueco,
Raudo el éco
Un ruído repitió,
Y Oyebé saltó ligera
En la próxima ribera,
Cuando la señal oyó.

Ella anuncia que el indiano
Soberano
De la isla, llega ya,
Y que de los estrangeros,
Que de Oriente vienen fieros,
Grandes nuevas traerá

Oyebé se ató el cabello
Y en el cuello
Un collar se colocó,
Y el quillapí y ayeguay
Perfumado con auguay,
Velozmente se vistió

A poco cortando el agua
La piragua
Del cacique principal
Rauda en el río bogaba,
Y el indio que la guiaba
Hizo á Oyebé una señal.

Ella al verla sonrióse,
Y lanzóse
En su canoa veloz;
Y á su padre presurosa
Saludó muy cariñosa
Con sonora y tierna voz.

Yamandú que en una empresa
Se interesa
Que ha de herir al español,
Cuando se vió circuido
De canoas, al sonido
De un tronante caracol,

Le dijo así á la doncella:
«Si en aquella
«Loma, llegas á mirar
«Una llama chispeante,
«Cambia Oyebé al instante
«Tu morada á otro lugar.

«Busca el centro de esta tierra,
«Pues la guerra
«Puede sorprenderte aquí.
«Harás reunir deligente
«Las mujeres, y prudente
«Caminarás hasta el Yí».

Dijo así el indio, y dejando,
    Suspirando
A su hija, se alejó
Para cumplir el intento
Que ocupa su pensamiento
Y que mucho lo halagó.

Oyebé más pensativa
    Que cautiva
Soñando en su libertad,
A la isla dirigióse
Y en su espesura engolfose
Buscando la soledad.

Su alma era tan sensible
    Y apacible
Como exenta de temor;
Más á veces sin motivo
Su espíritu era cautivo
De las sombras del dolor.

Unas veces vagos sueños
    Halagüeños
Cual recuerdos de niñez
A su mente preocupaban,
Y amorosos la encantaban
Con su maga fulgidez.

Contemplaba en los espacios,
    Cien palacios
De estructura original,
Y á una jóven entreveía,
Que en su seno la adormía
Con ternura maternal.

Admiraba los confines
De jardines
De magnífico esplendor,
En que veía flores, sombras,
Y jugaba en sus alfombras
Escuchando al ruiseñor.

Con ardiente fantasía
Recorría
Una espléndida ciudad,
Contemplando de guerreros,
Y de apuestos caballeros
La confusa variedad.

Otras veces se ideaba
Que ocupaba
Un vistoso calesin,
Y veía los lacayos
Adornar de los caballos
La sedosa y larga clin.

A tan mágicas visiones
E ilusiones
No comprende la india bien,
Y la juzga en su ignorancia,
No recuerdos de la infancia
Sinó sombras de un Eden.

Pobre tórtola creía
Que veía
Su palacio en la Asunción;
Y en sus sueños recordaba
Que su madre la estrechaba
Contra amante corazón.

CANTO XVIII.

Gobierna arbitrariamente Martín Suárez de Toledo en la Asunción. —Juan de Garay. -Funda á Santa Fé.—Don Gerónimo Luis de Cabrera gobernador del Tucumán funda á la ciudad de Córdoba.— Situación del Adelantado Juan Ortiz de Zárate en el Rio de la Plata. - Planes de Yamandú.—Tienen un encuentro los soldados de Zárate con los charrúas en que mueren un gran número de españoles quedando prisionero con otros Cristóbal Altamirano, jóven estremeño noble y valeroso.—Comienza Yamandú á poner en acción sus proyectos.—Pide Zárate auxilio á Garay.—Alborebí favorece á los españoles, procurando serles útil en su desesperada situación.

La Asunción gobernaba intrusamente
Martín Suárez, que hallara su provecho
En la guerra cruel que torpemente
Cáceres al Obispo le había hecho.
En tal estado hallábase la gente
Esclava de injusticia y de cohecho
Cuando al Plata llegó en un triste estado
Juan Ortiz de Zárate, Adelantado.

Entre los españoles que la historia
Honra por su valor y su nobleza,
Se halla Juan de Garay, cuya gloria
La envidia no manchó con su torpeza.
La crónica al legarnos su memoria
Celebra su virtud y su largueza
Llamándolo por bravo y por honrado
Honor del territorio vascongado.

Este ilustre varón, prudente había
Domado la ambición de poderío,
Que á los otros hispanos encendía;
Él fundaba en las márgenes de un río,
Que al Paraná humildoso se reunía
A Santa Fé, con indomable brío,
Y de Zárate á tiempo, recibiera
La autoridad que opuso al de Cabrera.

Era Cabrera un noble caballero,
Que el Tucumán con gloria gobernaba,
Varón de gran talento y buen guerrero,
A quien el pueblo indígena estimaba;
Él domó al abispón astuto y fiero
Con tino, con prudencia y alma brava,
Y aún su nombre resuena grande ufano
En todo el territorio tucumano.

Él en Quisquizacat, valle ceñido
Por desiertos, al sur del mundo indiano
Fundó aquella ciudad que siempre ha sido
Escuela del saber americano.
Rival de Buenos Aires ha partido
Con ella los afectos del hispano,
Que citaba con frases orgullosas
A Trinidad y á Córdoba famosas.

Garay á Santa Fé la engrandecía
Y Cabrera á su Córdoba la llana;
La Asunción sus rencores distraía
Luchando siempre con la gente indiana.
La América argentina conmovía
Con su renombre á la nación hispana
Y sus gobiernos ya muy codiciados
Eran causa de guerras y altercados.

En este tiempo Juan Ortíz llegara
Con su flota, sufriendo mil reveses;
Ya porque el mar sus iras le mostrara
Distrayendo su ruta algunos meses;
O porque la vitualla le faltara
Ello es que sufrió en sus intereses,
Y en el Plata se vió muy mal tratado
Por el indio charrúa rebelado.

A San Gabriel llegó míseramente
Zárate con las naves derrotadas
Y al Norte quiso entrar incautamente
O bien por circunstancias apuradas.
El charrúa con ánimo inclemente
A las tropas dejó muy fatigadas,
Logrando Zapicán con un sobrino
Matar á los que halló falto de tino.

Después de la cruelísima batalla
En que murieron más de cien soldados,
Sucumbiendo cual mísera canalla
Porque no fueron cuerdos y alentados,
Se vió venir á un indio por la playa
Que con los brazos en el aire alzados
Y ademanes humildes pretendía
Demostrar que pacífico venía.

Era aquel Yamandú que proyectaba
Una negra traición muy atrevido:
El dijo, que Garay le ordenaba
Sirviese á los hispanos comedido;
Que saber nuevas de ellos deseaba,
Y que con este intento había venido;
Habló con tal fervor y sutileza
Que engañó al de Zárate su franqueza.

Este creyendo cierto aquel mensage
A Garay mandó pliego cerrado
En que le dijo hallarse en mal paraje
Con su gente, de infieles rodeado;
Rogándole abreviara su viage,
Pues se encontraba muy aniquilado
Y en vísperas de ser puesto en derrota,
O de perder la vida con la flota.

El hambre á los iberos afligía
Cuando vino en su ayuda un indio anciano
Que en las costas del Plata residía,
Mostrándose con todos muy humano,
Fué aquel Alborebí, que residía
Aislado con la paz de un buen cristiano;
Por su consejo y trás su huella fueron
Donde alguna vitualla consiguieron.

Mucho sufrió la gente de Zarate,
Mientras vagó en el río de la Plata,
Pues el hambre les diera crudo embate
Según la historia antigua nos relata;
Con el tiempo y los indios en combate
Iba su desventura siendo lata
Y esperaba á Garay con anhelo,
Cual si fuese un enviado por el cielo.

Canto XIX.

Celebran los indios Bohanes en unión de los Charrúas y otras tríbus su triunfo sobre las armas españolas. Presencia el prisionero Cristóbal Altamirano su embriaguez. Liberta de la esclavitud ó de la muerte al español, una jóven india llamada "Cuapucú" aprovechando para esto el momento que halló más oportuno.— Parte Altamirano en busca de Zárate.—Encuéntrase con "Oyebé" y resolución que toma.

Oscura es la noche, tristísima y fría,
Revisten los cielos un negro crespón;
Es noche sin auras, sin luz ni alegría
Cuyo éco es el grito del ronco aquilón.

Cien toldos ó chozas de paja y de ramas
Informes se elevan ó agrupan doquier,
Y el cuadro iluminan las trémulas llamas
De hoguera jigante que el viento hace arder.

En bosque cercano con sordo rugido
A su hembra reclama celoso jaguar,
Y el buho repite su triste alarido,
Y el indio al contento se quiere entregar.

Un jóven guerrero celebra el presente
Y un viejo recita las glorias de ayer;
Cual muestra orgulloso la espada luciente,
Que fué de un cristiano que vió perecer.

Cual, luce un penacho de bello plumage,
Cual fuerte rodela, cuál grueso lanzón,
Y cual examina celada de encage,
Trofeos logrados con gran decisión.

Las risas se mezclan con bárbaras voces,
Los cantos guerreros con sordo rugir;
Algunos altivos, osados, feroces,
Se buscan y quieren sus armas medir.

Oscura es la noche, su fúnebre manto
Contempla un mancebo, guerrero español
Que espera sombrío con duda, no espanto,
La luz bienhechora de un próximo sol.

El vió aquella noche caer embriagados,
Merced á la chicha que presta el mullí,
A muchos de aquellos indianos soldados
Que fieros lograron llevarle hasta allí.

El vió sus semblantes brillar furibundos,
Y en torno del fuego mirólos girar,
Y oyó sus ahullidos tronar iracundos,
Cobrando corage por no desmayar.

Cautivo y atado á un rústico leño,
De instante en instante pensaba morir,
Y aquellas escenas creía un ensueño,
Que angustias terribles le hacía sufrir.

Si alguno del fuego veloz se alejaba
Blandiendo iracundo el dardo mortal,
Contrito el cautivo su Dios invocaba,
Creyendo que fuera pactada señal.

Si un otro buscaba con mano insegura
El arco y las flechas que al suelo arrojó,
La muerte flechera tal hecho le augura,
La más dolorosa de cuantas él vió.

¡Oh cuán larga fuera y horrible cada hora
De las que el cautivo pasó en ansiedad,
Mirando ya exhausto del día la aurora
Que fué por su dicha de su libertad!

El sol aparece, sereno y brillante,
El sueño en los indios dió fin al furor,
Y solo una indiana de hermoso semblante
Observa al hispano con pena y amor.

Aquella hermosura gentil, hechicera,
Es hija de un fiero cacique bohán :
Amante al cautivo librarlo quisiera
Y observa si todos dormidos están.

La india supiera que aquel prisionero
Tenía parciales allá en el Guazú
Y el nombre escuchará del joven ibero
Decir al cacique traidor Yamandú.

Al ver que los suyos dormían, la indiana
Del triste cautivo los lazos rompió,
Mostróle piadosa la ruta, y ufana
Fué á un toldo y sus armas también le entregó.

Al ver satisfecho y armado al hispano
Le dijo la joven : « Yo soy Cuapucú ;
Guarda mi recuerdo, sé feliz cristiano
Y huye más ligero que el veloz pucú. »

— « Un Altamirano no abrigó en su pecho
Corazón ingrato, dijo el militar,
Si me necesitas, siempre satisfecho
En socorro tuyo me verás volar. »

Dichas estas frases partió Altamirano
Siguiendo el camino que ella le indicó,
Cruzó muchas horas por monte y por llano
Y al fin en un bosque la noche lo halló.

La luna en el cielo mostró su faz clara,
Y oyendo á las fieras feroces rugir
En vela en un árbol la noche pasara,
Con gozo mirando al sol relucir.

Apenas del árbol lanzárase á tierra
Oyóse á lo lejos un sordo rumor,
Que huyendo del seno de próxima sierra
Llegaba hasta el bosque con lento fragor.

Miró con cuidado y no encontró nada
Que el ruido explicase; volviólo á sentir
Y entonces no quiso dejar la enramada
Pensando que el indio podíale seguir.

Pasó de este modo muy largos instantes
Y al fin en el bosque miró penetrar
Gran turba de indianas de bellos semblantes
Que iban con hijos, las tiendas y ajuar.

Siguió á las viajeras, más siempre de lejos,
Al cabo mirólas pararse á comer.
Y entonces siguiendo del hambre consejos,
Pensó que era un necio tal gente en temer.

Marchó con firmeza y al verlo acercarse
Lanzaron las indias mil gritos y mil,
Tan solo audazmente lo vió aproximarse
Una joven india gallarda y gentil.

Fué aquesta la hermosa, la mágica hija
De aquel renombrado, sagaz Yamandú,
La que antes que á ella cortés se dirija
El mozo, le dijo, ¿á qué vienes tú?

Entonces el guerrero con frases muy pocas
La hizo el relato del lance fatal,
Que hacía cruzase los bosques y rocas
Del hambre sufriendo el pérfido mal.

Oyendo sus frases, mostróse la bella
Amable, las frutas mejores le dió,
Y el mozo prendado no quiso perdella
Y el mismo camino de la india siguió.

La indiana le dijo, que en toda la costa
Y en todo el terreno que deja trás sí,
El indio charrúa sus gentes aposta
Y que ella buscaba las costas del Yí.

Que en ella una tríbu benigna, existía,
En donde á su padre debía esperar,
Que si él á tal tierra seguirla quería
Tal vez de la muerte lograse escapar.

Mostró tanta gracia la indiana hermosura,
Que al fin su consejo el joven tomó;
Siguióla, encontrando junto á ella ventura,
Amóla el ibero y la india lo amó.

Serena es la noche, la luna esplendente
Derrama su claro, suave fulgor,
Resbala jugando risueña corriente
De arroyuelo manso y murmurador.

Dulce calma es todo, óyese el ruído
O el crujir de ramas que avasalla el pié,
Pues mientras las indias duermen con descuido,
Guárdales el sueño valiente Oyebé.

Yace sobre pieles, que el amor le ha dado,
El gallardo hispano, que al soñar feliz
Mira su futuro claro, iluminado
Por un bello cielo de sin par cariz.

Súbito la india avanzó audazmente
Y como una sombra por la selva entró,
Arrastróse ágil como la serpiente
Y entre la maleza desapareció.

A pocos minutos la fiel centinela
Llegó sin ruído junto á un sarandí,
Y entonces vió á un indio bohán, con cautela
Marchar, observando en torno de sí.

La indiana llevaba un arco en la mano,
Y del una flecha dejara escapar,
Que rauda en el pecho se hundió del indiano
Haciéndole en tierra sin vida quedar.

Después al ibero llamólo despacio
Mostróle el cadáver y le hizo escuchar
Un rumor lejano que pobló el espacio
Fiero cual los ecos de irritado mar.

«La tríbu bohane es esa que avanza
Le dijo la indiana, conozco su bó,
Y el indio que he muerto por ódio ó venganza
Tu huella cristiano, constante siguió.»

A poco se oyeron cercanos ahullidos,
Que á todas las indias hicieron temblar,
Y al fin se escucharon lejanos, perdidos
Volviendo la noche su calma á ostentar.

Canto XX.

Yamandú entrega á Garay los pliegos de Zárate y procura informarse de sus intentos. Comunica sus observaciones á Zapicán y demás caciques que proyectan destruír los iberos. Resuelven los Charrúas atacar á las gentes de Zárate. Llegan Melgarejo y Garay en auxilio de los españoles. Vence Garay en una sangrienta batalla á los Charrúas y perecen en ella Zapicán y otros caciques famosos. Funda Garay de órden de Zárate al fuerte San Salvador. Yamandú de acuerdo con Altamirano se somete á los españoles. Nombra Garay al capitán estremeño gefe de la fortaleza que construyera y marcha después con Zárate al Paraguay.

Yamandú que en sus planes proseguía
A Garay le entregara los papeles
De Zárate, informándose del día
En que iba á marchar con sus bageles.
Pregunta con astucia, oye, espía,
Y dueño de noticias las más fieles
Se encaminó veloz al Uruguay,
Para tender un lazo al de Garay.

Reunióse allí con los charrúas, yaros,
Bohanes, minuanos y güenoas,
Les hizo comprender con modos claros
Que era fuerza alistasen sus canoas
Y buscar de las islas los reparos
Ocultándose en ellas como boas,
Dispuestos á mostrarse de repente
Para atacar á la española gente.

Tales planes oyeran complacidos
Los belicosos indios charruanos
Y todos los que hallábanse reunidos
Para hacer cruda guerra á los cristianos,
Se encontraban hablados y advertidos
Los caciques más hábiles y ancianos,
Que dirigían tropas de flecheros;
La flor de los indígenas guerreros.

Al fiero Zapicán en su buhío
Rodeaban indianos afamados,
Más él mostraba pálido y sombrío
Que luchaba con planes encontrados.
Mostraba todavía todo el brío
De sus años mejores y preciados,
Pues aunque la vejez lo combatiera
El vigor de su alma no abatiera.

«Hace ya muchos años que de Oriente
«Ví llegar á estas costas extrangeros,
«Prorrumpió Zapicán, aquella gente
«Probó el rigor de los charrúas fieros.
«Yo entonces era jóven é imprudente
«Y cometí con ellos desafueros
«Porque un hupí me aconsejó matára
«Para que Añang su cólera calmara.

«Yo maté al español que en paz venía,
«Y desde entonces de la tierra extraña
«Mas guerreros llegaron cada día
«Pretendiendo vengarse de mi hazaña.
«Y de este modo hoy nos desafía
«Esa gente que viene de la España;
«Ellos son temerarios, nos fatigan,
«Y á huírles muchas veces nos obligan.

«Esta será del indio Zapicano
«La postrera batalla, ya os lo advierto,
«Pues si llega á vencernos el hispano
«Y yo no quedo en la refriega muerto
«Pienso llevar el tape charruano
«En cualquiera confín vasto y desierto;
«Pues mi experiencia, con lealtad me dice,
«Que aquí el Charrúa ya será infelice.

«Por esto es que os anuncio á pesar mío
«Y pues por Tubichá me habéis nombrado
«Luchad hasta vencer el poderío
«De ese extrangero hábil y esforzado;
«Luchad, luchad hasta que el blanco río
«Nos muestre su raudal ensangrentado
«A fuerza de la sangre que reciba;
«Que solo el más valiente sobreviva.»

Dijo así Zapicán, más con tristeza:
Dióle á cada cacique su destino,
Exhortóle después con entereza,
Manifestando su saber y tino,
Y observó complacido la viveza
Con que fué Abayubá su fiel sobrino
En unión de otros cuantos animosos.
A buscar los hispanos belicosos.

Fué un instante de férvida alegría
Para Zárate y su abatida gente
Que famélica y débil sucumbía,
Aquel en que bajar vió la corriente
A Garay, que con víveres venía;
Y con un escuadrón noble y valiente,
Esperanza de aquel que con exeso,
Fuera por tanto sinsabor opreso.

Unidos los hispanos guerrilleros
Y las huestes que entreambos comandaban,
Pensaron que si al punto sus aceros
A los crueles indios no aterraban,
Tendrían en los tiempos venideros
Que sufrir el rigor que ya mostraban;
Pues el bruto la ley que más respeta
Es aquella que firme lo sujeta.

Dispuestos al combate, denodados,
Previno cada cual su espada ó lanza
Ansiando casi todos los soldados
Batirse con el indio sin tardanza,
Pues como fueran siempre fatigados
Por el cruel Charrúa, su venganza
No satisfecha aún completamente
En los pechos rujía sordamente.

Siguió Zárate de Garay consejo,
Y dispuso que aqueste á tierra fuera
En unión de Ruíz Díaz Melgarejo,
Para que en aquel punto en que se viera
La ruina del fuerte ó castillejo
Que por órden de Irala se erigiera,
De nuevo un otro fuerte se elevara
Que á las tropas hispanas amparára.

Partió Garay de Martín García
Con Melgarejo, más se alzó iracundo
El Pampero que horrísono rugía
Al par que turbulento y furibundo
Las aguas encrespaba y removía
Con ímpetu tan raudo y tremebundo
Que cada instante el anchuroso Plata
Parecía una inmensa catarata.

En naufragio á las costas Orientales
Juan Garay llegó con unos cuantos
Mientras que Díaz y otros principales
Al sudeste llegaban con espanto;
Para llevar al colmo tantos males
Y aumentar del hispano los quebrantos
Vió Garay que el indio se acercaba
Y que á luchar con él se preparaba.

Entonces reanimando el valeroso
Corazón de sus bravos compañeros:
«Amigos, dijo, aquí se hará famoso
Nuestro nombre en los tiempos venideros;
O vencer con esfuerzo poderoso
O morir como cumple á los iberos;
Eternice la gloria nuestra hazaña,
¡Sus valientes! Santiago ¡cierra España!»

La primera embestida fué tremenda
Las espadas centellas despedían
Y el indio que pensó que en la contienda
Débiles los hispanos se hallarían,
Se empezó á desbandar pues era horrenda
La pérdida de gente que sufrían,
Siendo cada español aún mal herido,
Más que un hombre, un león embravecido.

En vano Zapicán la gente indiana
Con rugidos de tigre contenía,
Destrozando feroz con su macana
Al que se retiraba ó se rendía;
Toda su rabia y decisión fué vana,
Su próxima derrota conocía,
Y con ira impotente, despechado
Dijo al fin ¡ah Solís, ya estás vengado!

Tanto turbó á su alma, la memoria
Del hecho de Solís, que imaginaba
Ver del cielo un castigo en la victoria
Que el valor español allí alcanzaba;
Delirante cual víctima espiatoria
Ofrecerse al hispano proyectaba,
Cuando vió á su sobrino en un extremo
Luchando herido con valor supremo.

Vió á Tabobá cacique de bohanos
Caer herido por una hispana lanza
Y antes de perecer con fuertes manos
Agarrarse del palo, y con pujanza
Hacer esfuerzos aunque heróicos vanos,
Vió al fin sin conmoverse la matanza,
Preso de un estupor, más dió un rugido
Al ver al mozo Abayubá perdido.

Leiva, bravo español que era el que había
Matado á Tabobá de un gran lanzaso,
Su lanza en las entrañas escondía
De Abayubá, más éste alargó el brazo
Y avanzó, aunque la lanza más salía
A cada esfuerzo por el espinazo,
Hasta agarrar las riendas con los dientes,
Muriendo como mueren los valientes.

Zapicán entre tanto se avanzaba
Veloz hácia el lugar de aquella escena
Y en su faz trastornada demostraba
Cuan inmensa y cruel era su pena;
Ya al bravo Antonio Leiva se acercaba
Con la cólera y rábia de una hiena,
Cuando Juan Menialvo que lo advierte
De una sola estocada le dió muerte.

Para qué más, Solís quedó vengado
Y vencida del indio la arrogancia
Con que sin causa había maltratado
Al español, probando su constancia.
Poco después el fuerte fué elevado
Para servir de asilo y buena estancia,
Y Zárate saliendo del apuro
Vió claro el porvenir que viera oscuro.

Yamandú que sagáz se libertara
De la muerte, buscó la tríbu amiga
En que ordenó á Oyebé que lo aguardara,
Marchaba sin guerreros, que enemiga
La suerte los hiriera y dispersara,
Y lleno de pesar y de fatiga,
Cuando al aproximarse al pueblo indiano
Con sorpresa vió en él un hombre hispano.

Pronto Oyebé le dijo lo ocurrido
Durante el corto tiempo de su ausencia,
Y Yamandú en extremo complacido
Vió en aquel español su providencia.
Con él dispuso firme y decidido
Prestarle á los hispanos obediencia,
Y de este modo recobrar su tierra
Que iba á perder si se obstinaba en guerra.

Dispuestos de tal modo y animados
Por el bravo español que los mandaba,
Marcharon muchos indios confiados
Al sitio en que Garay se poblaba.
Fueron bien recibidos y tratados
Por el gefe que el fuerte levantaba;
Él vió de Altamirano la viveza,
Y le ordenó guardar la fortaleza.

Yamandú viendo el buen acogimiento
Ayudó al español en sus faenas;
Siendo feliz del fuerte el fundamento
Y corriendo las horas muy serenas;
Alzóse el edificio y muy contento
Dejó Garay las márgenes amenas
Del río que tributa al Uruguay,
Marchando con Zarate al Paraguay.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Libro III.

1574 - 1620

Canto XXI.

Isabel Primera y Carlos Quinto.

Oye mi voz ¡oh España, pátria mía!
Ella te aclama con amor profundo,
Ella al que te calumnie desafía,
Ella te hará justicia en este mundo.
Para el pueblo argentino luce el día
En que derramen su esplendor fecundo
La justicia y la paz, ya no te infama,
Hoy proteje á tus hijos y aún los ama.

Prestadme brío ninfas del Atlante
Y esparcid por el mundo mis canciones,
Que el éco de mi lira revibrante,
Lo escuchen de la Europa las naciones,
Que el clarín de la fama resonante
Eternice las ínclitas acciones
Que á través de los siglos resplandecen
Y al mundo americano lo enaltecen.

Dadme la lira ninfas de la Plata,
Dádsela bien templada y vibradora
Al que vuestra belleza justo acata,
Y vuestro auxilio y protección implora.
El aura que sus cantos arrebata
Los lleve hasta vosotras bullidora,
Unidos á los écos más suaves
Con que os saludan las canoras aves.

Vosotras en un día no lejano
Tratásteis generosas al ibero
Con toda la ternura que á un hermano,
Pues quiso el destino crudo y fiero
Que los viéseis con armas en las manos,
Y que los écos del clarín guerrero
Llamasen al combate á los amigos,
Que trocó la desgracia en enemigos.

Más erraron, América argentina
Aquellos que ambición extraviara,
Al pretender con ánima mezquina
Deslustrar tu ascendencia tan preclara:
La verdad por sí sola se encamina
Y el tiempo los errores nos declara;
El nos dice que fuera poderosa
La nación que fué justa y generosa.

Cuantos nombres ostenta laurea gloria
Que á la clara razón justa rebrilla,
Y nos muestra en sus páginas la historia
Por concisa que sea y por sencilla....
Cuantos se hicieron dignos de memoria
De una orilla del Plata á la otra orilla,
Gobernadores sábios y esforzados,
Misioneros virtuosos é ilustrados....

LIBRO III.

1574 - 1620

CANTO XXI.

Isabel Primera y Carlos Quinto.

Oye mi voz ¡oh España, pátria mía!
Ella te aclama con amor profundo,
Ella al que te calumnie desafía,
Ella te hará justicia en este mundo.
Para el pueblo argentino luce el día
En que derramen su esplendor fecundo
La justicia y la paz, ya no te infama,
Hoy proteje á tus hijos y aún los ama.

Prestadme brío ninfas del Atlante
Y esparcid por el mundo mis canciones,
Que el éco de mi lira revibrante,
Lo escuchen de la Europa las naciones,
Que el clarín de la fama resonante
Eternice las ínclitas acciones
Que á través de los siglos resplandecen
Y al mundo americano lo enaltecen.

¡Oh sombras veneradas! yo os saludo:
Yo que vagando triste y solitario
Estudié vuestra historia, y hoy con rudo
Cántico os evocara temerario;
El bardo independiente á quien no pudo
Anonadar el hado más contrario
Y luchando con pena tanta y tanta,
Hoy vuestra gloria con orgullo canta.

Cuánto brilláis también, almas templadas
Al fuego de sublimes pensamientos;
Cuando animosas, férvidas, guiadas
Por vuestros instintivos sentimientos
Os mostrásteis tan grandes y elevadas,
Que son de vuestras glorias monumentos
Los mundos que la sirven de recinto
Y aclaman á Isabel y Carlos Quinto.

Yo os saludé mil veces admirado
Desde mi edad pacífica y florida,
Y atrevido también os he cantado
Cuando miraba con amor la vida,
Aunque sin comprenderos, impulsado
Por instinto y por voz desconocida:
Hoy os comprendo y os admiro tanto
Que os saludo leal, y ufano os canto.

Y tú Colón, que noble me animaste,
Sosténme con tu influjo soberano;
Tú á sufrir con tu ejemplo me enseñaste
Y á despreciar al envidioso insano;
Tú á mi númen incierto, lo guiastes
Diciendo: ¡canta al pueblo americano!
Yo entusiasta le canto y atrevido,
Salva tú mismo mis canciones del olvido.

Haz que mi musa mágica, elevada
Me inspire sonoríficas canciones
Que eternicen la gloria conquistada
Con nobles y dignísimas acciones;
Yo al egoísmo no le ofrezco nada,
Más á los generosos corazones
Además de mis versos les daría
Por aumentar sus glorias, aún la mía.

Más qué miro! tú eres sombra augusta
Entre nubes brillando en lontananza!
Oigo tu voz magnética y robusta
Decirme con fervor ¡ten esperanza!
Por ella olvido la fortuna injusta,
Que en los abismos del pesar me lanza,
Y me parece brillador y puro
El porvenir que viera tan oscuro.

Por ella pulso la olvidada lira,
Que yacía sin fé y sin ardimiento,
Pues al mirar del egoísmo el ira
La arrojé con tristeza y desaliento:
Ella me dá valor, ella me inspira,
Y esclarece mi débil pensamiento
Para que cante la sin par belleza
De la región que por el Plata empieza.

CANTO XXII.

Descríbense el carácter y proyectos del cacique Oberá. Dirígese éste en busca de Porema que habitaba en un bosque y la halla moribunda, arrodillada al pié de la cruz que colocara sobre la sepultura de su amante, cuyos restos había rescatado de los indios caracarás transportándolos al parage en que moraba. Consejos que dá Porema á su tio.—Su muerte.

Es la noche, clara luna
Suavemente centellea
Y las aguas argentea
Del gran Ipané guazú.
Ecos gratos, misteriosos,
Forman auras perfumadas
En las cierras dilatadas
De Amambhy Maracajú.

En la falda de la sierra,
Cuyo extremo baña el río
Se alza aislado gran buhío
Que domina al Ipané.
Un Yapacary lo asombra,
Muy jigante, muy frondoso,
Que da asilo generoso
Al chuñá y al tieyubré.

Es morada pobre, débil,
Fabricada con ramaje,
Más en ella vé el salvaje
El palacio de un hupí,
Pues encierra en su recinto
Solitario y misterioso
Al cacique más famoso
De la raza Guaraní.

Nómbrase Oberá el indiano
Que lograra inmensa fama,
Pues intrépido proclama
Que es del indio redentor.
Es robusto, corpulento,
Más audáz que la pantera,
Y al hispano persiguiera
Con su pérfido rencor.

Recostado está en su albergue
Sobre pieles de yaguares
Abismado en sus pesares
Y en sus sueños de ambición.
Cerca de él yace un leopardo
De ojo vívido y sangriento,
Que á su dueño mira atento
Con magnética expresión.

Es su piel lustrosa y negra;
Su mirada inteligente
A su dueño humildemente
Lo interroga sin cesar;
El nació donde los Andes
Se levantan altaneros
Y las selvas huellan fieros
Los canguares y el jaguar.

Oberá con tiempo y maña
Dominara la fiereza
Turbulenta y la altiveza
Del feroz Cadupaní
Y el leopardo fué un amigo
Del indiano, cuyo sueño
El guardaba, si su dueño
Lo acostaba junto á sí.

Vamos, vamos, dijo el indio
Y el leopardo, diligente
Avanzó sumisamente
Como el perro más leal.
El cacique tomó el arco,
Unas flechas, su macana
Y empuñó con mano ufana
Un ibérico puñal.

Arma fuerte y bien templada,
Cuyo acero toledano
Fué muy fiel al bravo hispano
Que luchando lo perdió,
Y Oberá muy complacido
Al indiano que lo hallara
Por teniente lo nombrara
De su hijo Guizaró.

Partió el indio velozmente
A través de la espesura,
Cruzó el bosque, la llanura
Y el espeso pajonal,
Precedido por el bravo
Compañero que se diera
Que un peligro le advirtiera
Con gruñido gutural.

Enseñado diestramente
Si á un jaguar entreveía
A su dueño lo advertía
Revolviendo para él,
Y este al punto prevenido,
Si la fiera lo atacaba,
Con su muerte le pagaba
El tributo de su piel.

Marchó rápido y sombrío
Alumbrado por la luna
Hasta hallar una laguna
El intrépido Oberá;
En la orilla, en lo más llano
Varias chozas se veían,
Y las voces se sentían
De la gente que allí está.

En el centro de una plaza
Donde se alza un tosco fuerte,
Turba indiana se divierte
Una hoguera en avivar;
Más los gritos y las risas
En silencio se tornaron
De los indios que miraron
Al cacique aproximar.

Cada cual marchó á su puesto
Y Oberá con gesto adusto
Se acercó á un indio robusto
Y sus órdenes le dió.
Partió aquel en el instante
A avisar á otros indianos
Y en un círculo de ancianos
Oberá se colocó.

Mucho tiempo dedicaron
Los caciques de la sierra
Que proyectan hacer guerra
Al intrépido español;
Y el consejo terminóse
Cual cada uno deseaba,
Cuando débil asomaba
En el horizonte el sol.

Marchó el indio pensativo
Cual si estudiara un problema
Al parage en que Porema
Fué su tristeza á ocultar;
A él llevara por riquezas
Y por sueños ambiciosos
Los recuerdos dolorosos,
Y por consuelo llorar.

En él solitaria y triste
Miraba correr los años,
Pensando en los desengaños
De este valle de dolor.
Su amiga fué cruz humilde
Que colocara su mano
En la huesa del hispano
Su sola gloria y amor.

Allí la buscó el delirio
Del ambicioso cacique,
Que sin que aquella se explique
Tiene en sus consejos fé;
Y allí la vió con sorpresa,
Y con angustia profunda
Resignada y moribunda
De la humilde cruz al pié.

«Que buscas en este sitio,
Dijo la jóven con pena,
Indiano cuya alma llena
Una mundana ambición?
Déjame que en paz espire
Hallando mi alma un asilo
En ese mundo tranquilo
Que no enlutó la aflicción.

Ya miro trás blancas nubes
Brillar sereno ese cielo
Mansión de dulce consuelo,
Fuente de felicidad,
Y á mi espíritu sonríen
Sus puras, brillantes galas,
Prestándole libres álas
La divina caridad.»

Cesó de alentar Porema
El sol lució con desmayo,
Y circundóla con rayo
De trémula y suave luz.
Su postrimera mirada
Contempló al sol en Oriente
Y al espirar dulcemente
Besó la cristiana cruz.

Oberá muy afligido
Agrandó la sepultura
Del que con tanta ternura
La jóven criolla amó;
Y á los que tanto se amaron,
A los que apartó la guerra
Encubrió una misma tierra
Y una misma cruz guardó.

Canto XXIII

Gobierno de Zárate.—Su muerte.—Mendieta.—Sitian los charrúas al fuerte San Salvador, sale Altamirano á combatirlos y queda prisionero.—Abandonan los españoles á San Salvador.—Juan Torres de Vera.—Gonzalo de Abreu.—Muerte de don Gerónimo Luis de Cabrera.—Gaspar de Medina.—Juan de Garay vence á los indios guaranies revelados por las sugestiones de Oberá.

Juan Ortiz de Zárate complacido
Con la victoria que Garay lograra
Se mostró tan terrible y engreído
Que á españoles é indianos maltratara.
En la Asunción entró descomedido,
Y no hubo cosa allí que no alterara,
Mostrándose tan fiero y tan osado
Como antes fuera débil y apocado.

En esto cayó enfermo, y cuando viera
Que á su fin se encontraba muy cercano,
Dispuso que su empleo recayera
En aquel que la noble y rica mano
De su hija doña Juana consiguiera:
La cual vivía en el país peruano,
Nombrando á Juan Garay en el momento
Para que la avisase de su intento.

En ínterin dispuso gobernara
Un mozo, á la Asunción, sobrino suyo,
Que Diego de Mendieta se llamara,
Este diz fuera monstruo en el orgullo,
Y que á todos cruel tiranizara;
Su gobierno fué torpe y de barullo
Hasta que al fin cansado lo expulsaron
Y á España prisionero lo enviaron.

San Salvador sufría cruelmente
Los ataques del indio charruano,
Que aprovechándose, astutamente,
Del abandono en que dejó el hispano
Aquella fundación, contó la gente
Que comandaba el bravo Altamirano,
Y vióla en cantidad tan reducida
Que decidió atacarla en su guarida.

El valiente extremeño decidiera
Acometer al indio con gran brío,
Pues este que cercándolo estuviera
No le dejaba ni aún bajar al río;
Su situación desesperante fuera,
Que del indio era grande el poderío,
Más él quiso con ánima esforzada
Vencer su tiranía con la espada.

Oyebé que se había bautizado,
Adquiriendo por nombre el de Sofía
Y unídose á su hispano idolatrado;
Llena de pesadumbre lo veía
Abandonar el fuerte, aconsejado
Por lo que á su destino le debía;
Y Yamandú aunque viejo y achacoso
Marchó trás de su amigo valeroso.

Quedóse Alborebí en la fortaleza
Junto á doña Sofía, que estimaba
Su saber, su virtud y su franqueza;
Gobernando la gente, que formaba
Una gran servidumbre; la fiereza
De los indios charrúas detestaba,
Y lleno de temor y desconsuelo
Contara los instantes con anhelo.

Al ocultarse el sol llegar se vieron
A unos cuantos ginetes al castillo,
Más entre los hispanos que volvieron
No venía el intrépido caudillo;
Aquellos con gran pena refirieron
Que á Yamandú lo hiriera el cruel cuchillo
De un indio, que á librarlo fué el hispano
Y que los cautivara el charruano.

Decidió tal suceso á los guerreros
A dejar aquel sitio en que serían
Víctimas de los indios, que altaneros
Con su número, en breve atacarían
Al fuerte, y como fueran los iberos
Muy pocos y además perdido habían
A su jefe, en la noche se embarcaron
Y en busca de los suyos caminaron.

Marchó doña Sofía, que esperaba
Conseguir de Garay con su llanto
Un auxilio de gente, y proyectaba
A su esposo librar ó en su quebranto
Morir, si por desdicha lo mataba
El charrúa; con pena y con espanto
A la Asunción llegaron, donde ardía
La discordia y á nadie se atendía.

Mendieta que murió míseramente
Dejó el gobierno vácuo, á él llegara
Garay, á quien Zárate por teniente
Cuando llegó á la Plata le nombrara;
Este cumplido había felizmente
La misión que Zárate le encargara
Saliendo del Perú, cuando el virrey
Prenderlo quiso sin razón ni ley.

La causa fué que doña Juana amaba
A Juan Torres de Vera, licenciado,
Y el virrey desposarla deseaba
Con un hidalgo que era su privado.
Venció el amor, más Torres se encontraba
Preso, porque se había desposado
Con doña Juana Ortiz, siendo cautivo
Por ley de un gobernante vengativo.

El Tucumán sufría tristemente
En este tiempo el yugo de un tirano;
Monstruo de iniquidad, rudo, insolente
Que mancilló las glorias del hispano;
Su memoria ha de ser eternamente
Maldita del ibero y tucumano,
Que en Gonzalo de Abreu ve la envidia
Unida á la ignorancia y la perfidia.

El al noble, ilustrísimo Cabrera
Cuya gloria y talentos envidiara,
Con las viles calumnias lo ofendiera
Y con alma alevosa lo matara;
Su gobierno á los pueblos destruyera
Que el hábil don Gerónimo fundara,
Y no dejó otros lauros por memoria,
Que el profundo desprecio de la historia.

Por dicha de aquel tiempo, se pregona
Una gloria en la América argentina,
Concediéndole fiel laurea corona
Al héroe ilustre don Gaspar Medina
La historia que al inícuo no perdona;
Y la razón que á la verdad camina:
El San Miguel discreto gobernaba,
Y con valor sublime lo guardaba.

Juan Garay su gloria engrandecía
En la Asunción, que humano y entendido
Gobernaba, los odios extinguía
Dando á los sinsabores al olvido:
La colonia feliz, se enriquecía
A su sombra, pues bravo y prevenido
Al indio que á la paz la perturbaba
Con victorioso brío castigaba.

Oberá que en sus planes prosiguiera,
Fingiéndose profeta é inspirado
Por el Supremo Ser, al fin pudiera
Ver su plán de revuelta adelantado:
El en el Ypanente construyera
Un fuerte que se hallaba bien guardado
Con trincheras, con fosos y torreones,
Y muchas guaraníticas legiones.

Guayracá al indiano apellidaban
Que Oberá por más hábil escogiera
Para mandar, á este le acataban
Diferentes ilusos que reuniera
El error, y en la empresa confiaban
Porque la novedad los atragera,
Y porque en sus delirios se creían
Que el triunfo fácilmente lograrían.

Muy pronto el desengaño desmayólos
Pues don Juan de Garay con denuedo
En el mismo Ypanente acometiólos,
Sin demostrar admiración ni miedo.
Como en el trance los dejara solos
El astuto Oberá, todo el enredo
De sus promesas se cambió en quebranto,
Y huyeron desbandados con espanto.

Canto XXIV.

Vuelve "Cuapucú" á favorecer la fuga de Altamirano.—Atraviesa el Uruguay en una canoa y es hecho cautivo en el Paraná por los "querandíes".—Tiene noticia de que Juan de Garay poblaba nuevamente á Buenos Aires.—Le hace saber con un modo ingenioso los planes de los indios y le pide noticias de su esposa y de Alborebí.—Recibe Garay el aviso de Altamirano y le contesta con un indio prisionero participándole que doña Sofía se hallaba en el fuerte bajo su custodia.—Logra el estremeño escapar del cautiverio y llega á Buenos Aires.

Cautivo estaba en los toldos
De los feroces charrúas
El valiente Altamirano
Víctima de suerte injusta,
Lloraba en ellos la muerte
De un indio que con ternura
Amábale como á un hijo,
De Yamandú á quien la ruda
Mano de un compatriota
Lanzara en la sepultura.

Antes de espirar el indio
Pusiera en noticia suya
Que Oyebé no era su hija
Siéndolo de noble alcurnia,
Por venganza arrebatada
A su padre de la cuna
En la Asunción, el cual fuera
Don Lope Galvez de Acuña,
Que desde Lima llegara
Con cargo en magistratura.

Esto acrecentó el cariño
Del hispano, que halló suma
Su desdicha al encontrarse
Cautivo entre indiana turba.
La primavera vestía
Toda su maga hermosura;
Se sonreían los cielos,
Los prados y las lagunas
Y árboles, plantas y flores
Lucían su galanura;
Solo el infeliz cautivo
Suspirando con angustia
Contaba el tiempo y pensaba
Que era su lentitud mucha.

« Cristiano porque suspiras
« Entregado á la tristura?
« Aunque cautivo, de todo
« Lo nuestro tú no disfrutas?
« Eres como el Caapebá,
« En lo esbelto, y la amargura
« Te encorba como un anciano,
« Ten confianza absoluta,
« En el celo de una amiga
« Que tu libertad procura.

« Cuando el ibá se oscurezca,
« Porque el guendiná se huya
« Y mires al mainembi
« Ocultarse en la espesura,
« Cuando el ñacurutú triste
« Lance sus ayes, escucha,
« Y si duermen vete al río
« Que allí entre el juncal hay una
« Canoa fuerte y ligera

« Un guaracapá, una punta
« De lanza y aún alimentos
« Que esta india sin ventura
« Te ofrece, para que halles
« La alegría con la fuga;
« Aunque ella triste suspire
« Sin ver la mirada tuya;
« Y sin escuchar tu acento
« En la soledad sucumba. »
Así Cuacupú le dijo
Al español, quien la duda
Abandonara y las penas.

Grato al ver pasión tan pura
Y un alma tan generosa
En una mujer inculta
Gravó en su mente la imágen
De la indiana, y con profunda
Conmoción entre sus brazos
La estrechó y la dijo:—« Nunca
« Te olvidaré, y como el cielo
« Algún día nos reuna
« En donde pueda ofrecerte
« Lo que me pidas, te jura
« Mi corazón, que mi deuda
« Te pagaré con usura. »

La noche tendió su manto
Y alzóse una débil bruma
Que facilitó la huída
Del español. Halló oculta
Este entre juncos la ofrenda
De la indiana, y con premura
Huyó de la oriental costa
Bendiciendo á la fortuna.

Cuapucú desde una loma
Vió cortar la blanca espuma,
De la corriente al esquife,
Llena de tristeza y dudas.
El viento arrastró la niebla,
Brilló en los cielos la luna
Y ella con mirada ansiosa,
Que las lágrimas anublan,
Siguió al ibero hasta el punto
En que no vió sombra alguna:
Entonces llevó á sus lábios
Una ponzoñosa fruta,
Y cayó muerta diciendo:
¡Añang, llévame en su busca!

Huye veloz la canóa
Llevada por las corrientes,
En que el estremeño intenta
Probar la fortuna aleve.
El supiera que dejaran
Los españoles el fuerte,
Y que Oyebé los siguiera
Temiendo al indio inclemente:
Por esto hácia el Sur procura
Guiar á su esquife débil,
Y al Paraná costearlo
Hasta Santa Fé, en que gente
Española le daría
Lo que necesario fuera
Para seguir el viaje
Hasta la Asunción. Valiente
Reluchó con los oleajes
Que intentaban darle muerte
Y entró al fin por una boca
De las que el Paraná tiene.

Descansó de sus fatigas
En una isla, y la suerte
Hizo que algunos indianos
Llegar á ella lo viesen,
Y al hacerlo prisionero
Mayor su desdicha fuere.

Los indios que le apresaron
Eran querandís crueles
Y en sus toldos el cautivo
Supo que una hispana hueste,
Que comandaba Garay,
A Buenos Aires guarnece
Y que procuran poblarlo
Cual lo estuvo anteriormente.
Tales nuevas lo animaron
Y pudieran devolverle
El valor que había perdido
De nuevo, cautivo al verse.
Supo también que trataban
Los querandís de hacer frente
Al español, procurando
Varias tríbus guerra hacerle.
Presenciara el estremeño
Una asamblea imponente
En que diversos caciques
De tríbus, que antes ni aún verse
Podían sin combatirse,
Con juramento solemne
Se aliaron decididos
A luchar y sostenerse.

Fuera elegido entre todos
Por más hábil y prudente
Tabobá, cacique anciano
De guaranís, que quisiere

Tener junto á sí el ibero
Para que en caso que hiciesen
Parlamento los hispanos
De intérprete les sirviese.

Altamirano al salvaje
Siguióle pensando siempre
No sólo en su libertad
Sino en servir dignamente
A los hispanos, logrando
Del vasto plan imponerse
Con que trataban los indios
De llegar á prepotentes.

Después de algunas jornadas
Llegáronse los infieles
Muy cerca de Buenos Aires;
A la costa Noroeste
De un riachuelo que corría
Risueña y pausadamente
Hasta desaguar al Plata.

Súpose que hácia el Sudeste
Y en la márgen del riachuelo
Se había acampado el Teniente
Juan Garay, lo que fuera
Causa de que pretendiese
Altamirano avisarle
De la guerra con que en breve
Los indianos proyectaban
Audazmente sorprenderle.

Para conseguir su intento
Con una espina de peje
Se sangró, y con ella misma
Trazó algunos caracteres
En un pedazo de trapo;

Colocó el tosco billete
Dentro de una calabaza,
Y la encargó á la corriente
Esperando que á los suyos
Por aquel camino fuese.

Como el hispano pensaba
Sucedió, dichosamente
Vió la calabaza uno,
La registró y luego alegre
Se la entregó al de Garay
Y á poco se hizo patente
El providencial aviso
Dando gracias muchas veces
Al cielo doña Sofía,
A quien Garay diligente
Dió la extraña carta; en ella
Altamirano á su jefe
Suplicaba, le informase,
Cuando proporción tuviese,
De su esposa y de su amigo
Alborebí. Felizmente
Dióle libertad Garay
A un prisionero pehuenche,
Y con él mandó propuestas
A Tabobá, noblemente,
Y al español una carta
En la que á más que agradece
Su servicio, le noticia
Que en su compañía tiene
Al arechán y á su esposa,
Aconsejándole intente
A la primera ocasión
Escaparse, que él lo atiende
Poniendo á la espera suya
Algunos indianos fieles.

Con las propuestas de paz
Que por conducto del indio
Cuchicalquin, el hispano
A los salvajes les hizo,
Tabobá permaneciera
Cabizbajo y pensativo
Entre la guerra luchando
Y la paz, más el indigno
Mensajero, en vez de hablarles
Con lenguaje comedido,
Los exhortó á la venganza,
Ponderando al infinito
La debilidad de fuerzas
Que opondría el enemigo.
Logró el bárbaro con esto
Que Tabobá orgullecido
A la guerra prefiriese;
Más antes con algún tino
Quiso reunir los caciques
Y apelar al común juicio.

Mientras que se iban reuniendo
Los caciques, y atrevido
Cuchicalquin, peroraba
Contra el español, previno
Altamirano su fuga
Viendo el instante propicio.
Maripil, indiana bruja
Que habitaba en un buhío
Distante del campamento,
Era el más sabio ministro
De Tabobá, y á ella fuera
A consultar el partido
Que tomar les convenía
Pues no estaba muy convicto
El cacique, con él fueron

Los indianos de más brillo
Y Maripil orgullosa
De mirar en el recinto
De su choza aquellos jefes
Empezó según su estilo
Llamando al Huincha-Ventrú,
Su dios bueno, y á Gualicho,
Genio del mal; después diera
Mil desaforados gritos
Y por último acabara
Por aconsejar lo mismo
Que Cuchicalquín quería,
Una guerra de exterminio.

En tanto que esto pasaba,
Marchó con mucho sigilo
Altamirano al paraje
En que tenían los indios
Sus piraguas y canóas;
Metióse en una atrevido
Y se deslizó despacio
Siguiendo el cauce del río
Hasta que se vió á distancia
Y entonces con el auxilio
De los remos, la corriente
Descendió con todo el brío
Que le prestaron las fuerzas,
La esperanza y el peligro,
Logrando dichosamente
Llegar junto á sus amigos,
Donde recibió el tributo
Del placer y del cariño.

Canto XXV.

Derrotan los españoles á los bárbaros.—Se rebelan algunos ambiciosos en Santa Fé.—Juan de Garay vá á la Asunción.—Su muerte.—Alonso de Vera y Aragón, sucesor de Garay, esplora el "Chaco".—Disturbios en la Asunción.—Gobierna Lerma el Tucumán.—Halla Gonzalo de Abréu en la crueldad de su sucesor el castigo de sus crímenes.—Fundación de Salta.—Prisión de Lerma—Gobierno de Velazco.—Convierte San Francisco Solano á muchos infieles.

Cupo la merecida y alta gloria
De refundar al pueblo americano
Que tan noble lugar tiene en la historia,
A Don Juan de Garay, bravo hispano
Que eternizara ilustre su memoria
Por su valor y su saber humano:
El supo sostener el fundamento
Procurándole un sólido cimiento.

Añadiérale al nombre esclarecido
De la Madre de Dios, el muy grandioso
De Trinidad, que fué nombre escogido
Con profético tino prodigioso
El pueblo que fundó lo ha merecido,
Pues llegó á ser tan grande y poderoso
Que fuera Trinidad por la riqueza,
El saber distinguido y la nobleza.

Cuando acabó el consejo y por la guerra
Resuelto decidiérase el indiano
Resonó un alarido por la sierra
Que retumbara en el inmenso llano.
Cuchicalquin el ódio en su alma encierra
Hácia el noble cautivo Altamirano:
El por vengarse de su antigua suerte
Anhelaba al ibero darle muerte.

Consiguió su malicia refinada
Convencer á los indios; decretóse
La muerte del hispano, fué buscada
Su persona doquier, mas no encontróse.
Al ver que su crueldad fuera burlada
Al furor el indígena entregóse,
Y marchó á Buenos Aires altanero
Dispuesto á reluchar con el ibero.

Aguardaba Garay bien munido
Del indio Tabobá la acometida
Y éste lo halló tan firme y prevenido
Que pagara su intento con la vida;
El bravo Juan de Enciso decidido,
En una animosísima salida
Que hicieron los hispanos, lo encontrára
Y con un solo golpe lo matara.

Tal suceso humillara la insolencia
Del feroz querandí, después siguióse
La batalla con fiera turbulencia
Por parte de Garay, pues pensóse
Reducir con rigor á la obediencia
Al que nunca pacífico mostróse,
Consiguiendo por fin el subyugarlo,
Y con rigores y arte empadronarlo.

En tanto que Garay batallaba
En Buenos Aires, y con mucho tino
Los indios querandíes sojuzgaba
En Santa Fé el espíritu mezquino
De algunos ambiciosos intentaba,
Hacerse del poder, por el camino
De la revolución, que siendo injusta
Al honrado y pacífico disgusta.

Súpose en Buenos Aires el suceso
Promovido por necios ambiciosos,
Y quiso el de Garay, que el exceso
Terminase con medios generosos,
Sin dar lugar á muerte ni proceso;
Pues propio fué de pechos valerosos
El despreciar la mísera imprudencia
Y usar para con ella de clemencia.

Después que Santa Fé se apaciguara
Y en Buenos Aires paz y gozo había,
Visitar la Asunción determinara
El Teniente real, á quien debía
Su grandeza el país, que él encontrara
Cuando llegó al Gobierno en la anarquía;
De Trinidad con pena separóse
Y lleno de laureles embarcóse.

Pernoctaba Garay complacido,
En unión de un buen número de hispanos,
Que desde la Asunción lo habían seguido
Y ahora la vuelta daban muy ufanos;
Cuando los vió adormirse con descuido
Un cacique feroz de timbuanos
Llamado Manuá, el cual se hallara
Escondido en la costa que habitara.

El que navegue el Paraná anchuroso
Puede gozar placeres variados;
Ora disfrutará del bosque umbroso
Adormido por trinos encantados,
Ora verá en sus redes caer hermosos
Peces de gran tamaño y matizados,
Y ora en fin gozará los esplendores
De cielos, de corrientes y de flores.

Juan Garay dichoso se adurmiera
En la costa al sudeste, mal guardado,
Y Manuá que al español lo viera
Abandonarse al sueño descuidado,
Se arrastró entre las plantas, cual pantera
Que se acerca á su presa, y confiado
En la noche, el espanto y el paraje
Se mostró, acometiéndolo salvaje.

Lo acompañaban más de cien infieles.
Que su huella siguieran silenciosos,
Siendo en el atacar fieros, crueles
Como tigres hambrientos y rabiosos;
Garay que obtuviera los laureles
De cien y cien combates victoriosos
Perdiera en la salvaje acometida
No su brillante gloria, si la vida.

Fué grande y general el sentimiento
En toda la región que gobernara,
Con hidalga largueza y con talento.
La gente que del lance se escapara
A Santa Fé llegó en abatimiento,
Y desde allí al Paraguay marchara:
Sucedióle en el mando Alonso Vera
Y este explorar el Chaco pretendiera.

Cuando murió el ilustre vascongado
Comenzaron disturbios y ambiciones.
Que ante su inteligencia habían callado
Ocultas en mezquinos corazones.
También el indio alzóse rebelado
Y al porvenir los negros nubarrones
De la discordia impía lo anublaran,
Que á la Asunción crueles enlutaran.

Al Tucumán el yugo fatigara
De Gonzalo de Abréu, cuando plugo
A la suerte cansarse y enviara
Al jefe criminal, feroz verdugo;
Este fué Hernando Lerma, que lograra
El gobierno, y le impuso el duro yugo
De su poder porque asesino fuera
Del ilustre español Don Luis Cabrera.

No duró mucho tiempo en el empleo
Más á Salta fundó con maestría;
Después fué conducido como reo
A la audiencia, que falto lo creía
De actividad, y á más por el muy feo
Delito de ofender con demasía
Al Dean de la Diócesis, que hollara
Y sin respeto alguno encarcelara.

Juan Ramirez Velazco, varón justo,
Le sucedió al de Lerma, su cordura
Evitó mucho crímen y disgusto.
Los males reprimiera con mesura
Y con ánimo intrépido y augusto.
Disfrutó su gobierno la ventura
De escuchar el lenguaje sobre humano
Del grande San Francisco de Solano.

Él evangelizó la raza indiana
Venciendo su fiereza con su celo;
Él la sublime caridad cristiana
Supo ostentar guiado por el cielo;
A él le debió la gente tucumana
El grande regocijo y el consuelo
De haber sido en el Plata la primera
En que á la caridad se engrandeciera.

CANTO XXVI.

Predicación evangélica de San Francisco Sòlano.—Descríbese el templo de los doctrineros á orillas del río "Socotonia" en el desierto del Chaco.—La caridad cristiana de los misioneros comienza á modificar la situación moral de la América Argentina.—Fúndanse varias ciudades.

Muéstranos en sus páginas la historia
El orgullo del hombre y torpe vicio.
Le nombramos al uno lauro, gloria,
Y al otro lo rechaza nuestro juicio;
Empero si la historia nos relata
De una sublime acción el beneficio
El alma la virtud, gozosa acata
O franca y obstinada la conciencia
Nos presenta al error y lo delata.
Niegue el necio envidioso la evidencia,
Más no envilecerá con su inmundicia
La verdad, que es la ciencia de la ciencia.
Elévese impudente la injusticia
Y oprima á la virtud con sus rigores;
Ni acallará la voz de su sevicia,
Aunque apure insensata los furores,
La voz de la verdad sublime y pura,
Que resuena con ecos vibradores.

Brillan claros los cielos, brillan puros,
Cobijando serenos y esplendentes
Verdes prados y abismos muy oscuros,
Serenas y clarísimas corrientes
Que murmuran huyendo placenteras
Recibiendo arroyuelos diferentes
Y regando enramadas y praderas.

Una mansión humilde se elevaba
Del río Socotonia en las riberas.
Sobre un techo de paja, descollaba
Un rústico y modesto campanario
Que una cruz gigantesca sustentaba.
El hombre más mundano y temerario
Llegaba respetuoso y conmovido
A tan humilde templo solitario,
Que en medio de desiertos construído
Y de gigantes árboles cercado
Se alzaba silencioso y escondido.

Los desiertos parecen más inmensos
Para el que los vá hollando sin camino,
Que parecen tristísimos y extensos
Los anchurosos mares al marino.
La soledad con su quietud oprime
Al que en ella penetra peregrino:
Allí no encuentra nada que lo anime:
Ante sí vé llanuras de arenales;
Si oye un eco es del viento cuando gime
Entre estériles yerbas y cardales;
Si un acento le inquieta, es el lejano
Gañir de los feroces animales.
¡Qué triste es un desierto, qué tirano!
Como en él á las almas las reanima
Un rumor que denuncie á un ser humano
Y el eco de una voz, ya cante ó gima....

Era la tarde plácida y serena;
El sol dejaba la celeste cumbre,
Y al parecer con silenciosa pena,
Iba apagando su esplendente lumbre,
Espiraba con paz el claro día
Y la noche avanzó. Con mansedumbre
Argentinos sonidos despedía

Un humilde esquilón, cuya sonancia
Con afable y solemne melodía
Decíale á un viajero, y con instancia,
Que un asilo cristiano al fin pudiera
Hallar en el desierto, su constancia.
Era el viajero, que al asilo fuera,
Un siervo del Señor, un misionero,
Fray Francisco Solano, que obtuviera
El lauro de ser santo doctrinero.

El evangelizaba sábiamente
Al tonocote indómito y guerrero
Y al matará inconstante; diariamente
Guiado por esfuerzo soberano,
Los indios bautizaba diligente,
Mostrándose con ellos tan humano,
Que les hizo adorar con su dulzura
El venturoso nombre de cristiano.
Tañía la campana con mesura
Cual si al Santo varón lo saludara;
Y en aquella región triste y oscura
Una escena sublime se mostrara,
Que animaron las mágicas centellas
De la luna, que pálida alumbrara,
Y el brillante fulgor de las estrellas.
Sobre la verde alfombra de un gran prado
Oraban de rodillas las doncellas
Indianas, que el trabajo habían dejado,
Y multitud de indianos, que soltaran
En aquellos momentos el arado,
Y á la oración humildes se entregaran.

Viera aquel espectáculo gozoso,
Y el fervor con que todos se inclinaran.
Aquel pastor amante y virtuoso
Que el fruto de su anhelo recogía,

El conteniendo el paso, venturoso
El común regocijo entreveía,
Y en los brillantes y serenos cielos
La caridad cristiana sonreía....
Con qué amor, con cuán férvidos anhelos
Al cesar la oración fueran veloces
A saludar al Santo; sus desvelos
Lograran que los indios más feroces
Adquirieran virtudes, renunciando
A las costumbres bárbaras y atroces.
¡Oh Caridad Cristiana! Cuando, cuando
Vencerás del inícuo la sevicia,
Y eternamente brillará triunfando
Tu esplendorosa y celestial justicia?

Tú en la región del Plata conseguíste
Salvar de la ignorancia y la malicia
Muchos seres; al indio reducíste
Sirviéndole de escudo y providencia;
Con amor consoláste al que creíste
Sumido en el pesar y en la indigencia:
Más contra tí constante batallaran.
Los pérfidos instintos, la violencia
De las bajas pasiones, que lograran
Derrumbar los alcázares modestos
En que tantas virtudes se abrigaran...
Al mundo, que le dieron los funestos
Envidiosos, inícuos y crueles
Con sus tan estudiados manifiestos?
Tintos en sangre, míseros laureles
Que riegan las naciones con su llanto;
Despreciables bambollas y oropeles,
Huecas frases, dolores, dudas, llanto,
Y en fin el egoismo codicioso:
Tu le diste tu amor, tan sacrosanto!
Luzcan su vanidad y su envidioso

Modo de ambicionar, seres pigmeos,
Más sigue tú ostentando el generoso
Amor al infeliz; los devaneos
Hallan los desengaños de la nada,
Y tu obtienes por glorias los trofeos
De la noble virtud acrisolada.

Canto XXVII.

Abdica el Gobierno Juan Torres de Vera y Aragón.—Hernandarias de Saavedra.—Su glorioso Gobierno.—Divídese Buenos Aires del Paraguay.

Don Juan Torres de Vera fatigado
De una vida no exenta de pesares,
Quiso volver á España aconsejado
Por el amor á los patricios lares,
Y renunció el Gobierno, que fué dado
A Hernandarias; las prendas singulares
De este ilustre y prudente americano
Supo honrar el Monarca castellano

Su alcurnia, sus virtudes y clemencia
Al par que su valor, narra la historia.
El logró por su gran inteligencia
Un inmenso poder y justa gloria;
Su justicia, su celo y su prudencia
Para siempre enaltecen su memoria,
Que jigantesca é ilustre predomina
Para honor de la América Argentina.

Tres veces fué llamado á Gobernarla
En diferentes épocas, logrando
Hacerla poderosa é ilustrarla,
Su riqueza y su gloria proclamando.
El logró darle fama y ordenarla,
Su paz y porvenir asegurando;
La Asunción fué su patria, justo fuera
Que orgullosa una estatua le erigiera.

El respetó del indio los derechos
Haciéndole cumplir con sus deberes;
El jamás se manchó con los cohechos
De una indigna avaricia, sus poderes
Ejercitó por honra, no provecho;
No fué cual gobernantes mercaderes,
Que venden su poder á cualquier precio
Y á su patria conducen al desprecio.

Hernandarias amó constantemente
El hermoso país en que naciera,
Y fué todo su anhelo el que potente
Respetado y feliz se engrandeciera.
Con este noble ardor, pacientemente
Estudiara su estado, y consiguiera
Mejorar de los indios el servicio
Y aumentar del comercio el beneficio.

El protegió ilustrado y eminente
La reducción de indianos en Misiones,
Y obtuvo por tal hecho solamente
La admiración de todas las naciones.
El mereció que España noblemente
Lo igualara á sus más sábios varones
Y que su imágen fuera colocada
En el sitio en que, aún hoy, es respetada.

El contuviera con valor y maña
La codicia rapaz del extranjero,
Que envidiando las glorias de la España
La atacaba con ánimo rastrero,
El hizo respetar en tierra estraña
El honor de su pátria y el ibero;
El fué un americano sin segundo,
Que honrará eternamente al Nuevo Mundo.

Es humilde mi voz para cantarle;
Más puede ser que un día suene tanto,
Que me atreva feliz á tributarle
Mi homenaje de afecto en libre canto.
Yo lográra en mis sueños evocarle
Con toda la nobleza y el encanto
De su entusiasmo pátrio é hidalguía,
Cuyo brillo es más grande cada día.

Yo en la noche, febril imaginara
Verlo huir de la tumba temerario,
Y vagar en su pátria lo mirara
Sirviendole su gloria de sudario.
Yo le ví que la tierra golpeára
Con firme pié, arrojante, extraordinario;
Yo le oí, vencedor de muda muerte,
Prorrumpir con voz clara de esta suerte:

«Quién más grande que tú, quien pátria mía, (*)
«Más feliz, poderosa y floreciente
«En la América hispánica sería
«Si quisieras ser justa y ser clemente?
«Tu porvenir jigante, escedería
«A tu inmenso y magnífico presente,
«Y en vez de verte opresa en soledades
«Fueras la admiración de las edades;
«Has cansado las fuerzas reluchando;
«Cuando fueras de América Señora
«Si un día dispertaras recordando
«Que en la vida de un pueblo es mucho un hora;
«Tu al extraño te abristes, olvidando
«Que la codicia es pérfida, traidora,
«Y que aquella que fué tan codiciada
«¿Cómo ha de ser del envidioso amada?
«No luches más en lucha fratricida...

(*) Entiéndase que se dirige á la América Argentina.

«Paz y unión griten tus soberbios ríos,
«Paz tu tierra tan mágica y florida,
«Y unión! y paz! tus bosques tan umbríos.
«Ya tu infancia pasó, serás perdida,
«Si te halla el codicioso en desvaríos,
«Pues entonces la amada del ibero
«Será esclava de un pérfido extranjero.

«Yo quise dividirte para darte
«Más orden, más vigor é independencia;
«Yo te amé como nadie pudo amarte,
«Yo procuré tu gloria y opulencia.
«Hoy quiero lo que fuiste recordarte,
«No por orgullo vano é imprudencia,
«Sino porque aún mi amor en mi alma existe,
«Y te guarda celosa, fiel y triste.
«Te ha visto combatirte, y ha observado
«Que muchos reluchar te aconsejaban
«Para ver tu vigor aniquilado,
«Y realizar los planes que ocultaban.
«Ha llorado tus penas y ha ensalzado
«El valor que tus hijos demostraban:
«Siempre te ama con fé, región hermosa,
«Y te guarda leal y recelosa.»

Cesen tus ecos temeraria lira,
Que el alba su esplendor muestra en Oriente,
Y con la luna que rielando espira
La sombra de Colón huye á Occidente,
Ella despareció, mi alma no inspira
Su brillar, y suspira tristemente...
¡Más que digo! su ausencia no la arredra
La inspirará Hernandarías de Saavedra!

FIN DEL LIBRO TERCERO

LA ARGENTIADA

PARTE SEGUNDA

Contiene los acontecimientos más interesantes de la historia de la conquista y los hechos más ilustres que tuvieron lugar en las regiones del Plata, desde 1620 á 1808.

Libro IV

1620-1730

Canto XXVIII

Misiones jesuíticas — Su establecimiento en Tucumán, Paraguay, Buenos Aires y Banda Oriental del Uruguay—Virtudes y saber del P. Alonso de Barzana y otros ilustres misioneros—Situación feliz de los indios convertidos y empadronados.

Para mí, ser mezquino,
De la pena de Adán triste heredero;
Solo son admirables en el mundo,
En el mundo mortal, perecedero,
Que huello sin camino;
Un esplendor magnífico y fecundo
Y un poder verdadero
El poder y esplendor del Ser Divino.

Yo comprendo al cristiano
Que marchaba cantando á su martirio,
Y á quien con ruda mano
Destrozaba el barbárico delirio

De un mísero tirano.
El trocaba el tormento
De una existencia llena de temores,
El trocaba la nada,
El llanto, el padecer, el desaliento,
Por esa regalada
Quietud apetecida, nunca hallada
En un mundo que es valle de dolores.

El trocaba los daños
De la cruenta guerra,
El perennal desvelo
De una mísera vida mal comprada,
Los tristes desengaños:
El hambre y el doliente desconsuelo
Que hallamos en la tierra,
Por esa paz que hallamos en el cielo.

En ese torbellino
Que se llama vivir, decidme ¿cuando
Permitiera el destino
Descansar al humano peregrino,
Y le mostró brillando
El mañana que anhela y que lo asusta?
Ese incierto mañana
Que lo amedrenta con su faz adusta,
Y desde edad temprana
Turba acaso su más tranquilo sueño
Amenazándole con fiero ceño.

Pues bien, quitadle ahora
A la existencia su mayor quebranto,
El venidero oscuro:
Quitadle la ambición torturadora,
El suspirar y el llanto,
La envidia y la malicia.

El ir con inseguro
Paso, siguiendo á pérfida y traidora
Ilusión de placer ó de codicia,
Y dadle en cambio al alma
La quietud del que vive retirado
Del mundo bullicioso;
Dadle la dulce calma
Del que camina por florido prado
Sin inquietud y ocioso;
Dadle el mágico encanto
Del que duerme pacífico y tranquilo
Sin mundano recelo
Y sin espanto;
Dadle en fin por asilo,
Que lo liberte del mortal anhelo,
Un tesoro de fé, y un prodigioso
Manantial de esperanza y de consuelo,
Que sepulte la pena
En su linfa clarísima y serena,
Y el vivir será entonces muy hermoso....

Así, así vivieron
Lejos de la mentira y los tiranos
Esos pueblos indianos....
Esos, ¡ay! que oprimieron
La envidia y la ambición, cuantos insanos
Vicios al hombre hirieron,
Cuando su faro celestial perdieron
Cayendo bajo el yugo de inhumanos!
Ayer la selva umbría,
El bosque centenario, la enramada,
La corriente que huía
Límpida, iluminada,
La florecilla, el viento;
Todo les sonreía....

Ayer, todo era paz, grato contento;
En la noche los écos despertaba
El dulce resonar de un instrumento;
Al ocultarse el sol clara sonaba,
Con armónico son acompasado
La argentina campana que llamaba
Al indio misionero extraviado,
Y al asomar la aurora revibraba
Para hacerlo piadoso é ilustrado.
Los campos abundosos
Mostrábanse de mieses alfombrados,
Y en los valles umbrosos
Pacían hermosísimos ganados.
Allí no conocieron
Ese mío, ese tuyo,
Que tanto engrandecieron
Del miserable espíritu el orgullo.
Todos obedecían
Con un amor purísimo y sincero
Las leyes que imponían
Los sábios que felices los hacían,
En un mundo tan triste y tan artero.
Allí la fuerza impía
No consiguió imperar ni engrandecerse,
Y dulce resbalaba
Una vida de paz y de inocencia,
Que los bíblicos tiempos recordaba,
Haciendo bendecir la Providencia.

Los hijos de Jesús, esos infantes
De una milicia que admirara el suelo,
Consiguieron triunfantes
Dar fin á la ignorancia
De infinitos indianos,
Haciéndolos ser libres y cristianos.

El Tucumán los vió primeramente,
Con el Padre Barzana por maestro,
Vencer al Calchaquino inobediente;
Y más al occidente
Con espíritu justo, noble y diestro
Catequizar al matará impaciente.

Ellos, feroces tribus redujeran
En el grandioso reino paraguayo:
Y en Buenos Aires mismo
Concedieron la gracia del bautismo
A muchos. Hasta el fiero uruguayo
También amara el venturoso yugo
De la Caridad Santa, noble y pura
Y aún hoy llorando, cuenta su ventura.

Yo no te engaño mundo sojuzgado
Por bastarda ambición, al relatarte
Lo que oyera y leí; ven, que aún pudieras
Escuchar del indiano las razones;
Y cuando tú su historia conocieras
Justiciero tendrías que admirarte
Del sublime esplendor de las Misiones.

Canto XXIX.

D. Fernando de Zárate—Tristán de Tejeda—Codicia Británica—"Calchaquíes y Diaguitas"—La Universidad de Córdoba—"Los Mamelucos"—Gobernadores ilustres—D. Pedro Ortiz de Zárate—Colonia del Sacramento—Narración—Arroja Don Antonio de Vera y Mujica de la Colonia á los portugueses.

Miraban con miradas codiciosas
Las naciones de Europa al blanco río,
Procurando atrevidas ó envidiosas
Robarle al español su poderío;
Más hallaban espadas valerosas
Y almas enchidas de lealtad y brío
Que derrotaban su ambiciosa envidia,
Castigando su audacia ó su perfidia.

Dícelo más que el bardo solitario
El clarín de la fama, que aún resuena
Proclamando el denuedo extraordinario
Que sepultó del Plata en el arena
Tanto ambicioso, ciego y temerario,
O le arrojó á los mares en gran pena;
El aclama á Fernando de Zarate
Que obtuvo lauro en desigual combate.

El aclama á Tristán, el de Tejeda;
Que la región estensa Tucumana
Cruzó cual rayo y antes que se pueda
Esperar, con falange veterana
A Trinidad llegó y allí no queda,
Sino que busca audaz flota britana,
Y presencia el naufragio que la hiriera
Antes que á combatir se previniera.

El obtuvo entre infieles calchaquíes
Gran renombre de noble y de valiente
Y á homaguacas domó y á mbocovíes
Con valor generoso y eminente;
Sojuzgó los aucás y querandíes
Recorriendo desiertos audazmente,
Y en él vió el abipón y vió el diaguita
El valor y nobleza de Zurita.

La región argentina progresaba
Caminando con pasos de gigante,
Y sin cesar á España abandonaba
Florida juventud, noble, arrogante,
Que con placer su vida disputaba
Al luchar furibundo del Atlante:
Ella con su vigor y su hidalguía
La América del Plata engrandecía.

Fundó para los hijos de tal gente
Una Universidad, la mano amiga
De don Fernando Trejo, que eminente
No se arredró por gasto ni fatiga;
El obtuvo el permiso, y noblemente
A ella legó sus bienes; cuanto diga
En su honor feliz pluma y justo lábio
Es débil ante el lauro de tal sábio.

El mayor enemigo, el más artero
El que puede alcanzar nuestra ruina
Es aquel que es vecino y extrangero
Por el habla y los usos; la ruína
Del español ansiara el brasilero,
Astuto portuguez, que con dañina
Intención, al indígena é hispano
Se presentaba á veces como hermano.

El colocó con intención malvada
De la región del Plata en las fronteras
A un pueblo, dije mal, á una camada
De audaces y cruelísimas panteras.
Dióles con ironía refinada
Mamelucos, por nombre á tales fieras;
De Portugal latro-asesina escoria,
Que despreciara la virtud y gloria.

Esta gente perversa, molestaba
Sin cesar á los indios misioneros,
Porque á la religión la despreciaba
Sin conocer más leyes que sus fueros:
Ella á los tristes indios los robaba
Vendiéndolos á ricos brasileros
Con mayor inclemencia que en un día
A sus hijos el Africa vendía.

Triunfos gloriosos, pesadumbre alguna,
Gobernadores sábios é ilustrados,
Que aumentaran del Plata la fortuna,
Sabiendo gobernar sus gobernados,
Y alguna que otra lucha que importuna
Produjo desuniones y altercados,
Eso muestra la historia, más en ella
El valor brilla y la virtud descuella.

Tuvo la Plata gefes cual Rivera,
Que lograron el lauro del denuedo
En unión de la Cueva y de Cabrera,
Y otros que, como Andino y cual Peredo.
Monforte, Salazar y Antonio Vera
La honraron dignamente: yo no puedo
Sus glorias relatar, ni sus quebrantos,
Porque fueran sin número mis cantos.

Los portugueses que el Brasil poblaban
Veían con envidia codiciosa
Cuanto los españoles realizaban
En la región del Plata; en afanosa
Ambición de poder, no aconsejaban
Con la justicia noble y generosa,
Y proyectaron con ruín patraña
Apropiarse lo que era de la España.

Ellos ambicionaron ciegamente
Dilatar sus dominios y fronteras,
Hasta hallar de la Plata la corriente
Imperando en sus mágicas riberas.
Por lograrlo, con ánimo impaciente,
Colocaron altivos sus banderas
En la orilla nordeste del gran río,
Intentando obtenerla en señorío.

Con audacia, con dolo é injusticia
La colonia ocupara el lusitano,
Provisto de armamentos y milicia;
Más logró reprimir su orgullo vano
Y castigar su pérfida codicia
Con vigorosa y decidida mano
El valor español, y el sábio tino
De Vera, un inmortal santafecino.

CANTO XXX

La misión de San Ignacio en el Itay.—Fiesta dominical.—Mari Gracia y Lorenzo.—Sorprenden los "Mamelucos" á la misión y cautivan varios indios é indianas.—Situación de los guaraníes cautivos en el fuerte de "Tobatí".—Celebran los "Mamelucos su triunfo en una orgia.—Los atacan los guaraníes y los vencen, rescatando los cautivos.—Sufren una gran pérdida los "Mamelucos" de Tobatí, muriendo su jefe Antuñez.

Plácidos brillan los serenos cielos,
Y entre puros celages peregrinos
Apaga el sol sus rayos vespertinos,
Desplegando la noche su capuz,
Corre murmuradora y placentera
Del pacífico Itay la corriente,
Y al ocultarse el sol en occidente,
La luna muestra su argentina luz.

A San Ignacio, pueblo misionero,
Situado en la falda de un cerrillo,
Se vé resplandecer con todo el brillo
De la humilde belleza y de la unción;
A un templo que entre chozas se levanta
Lo cercan arboledas seculares,
Y repiten los ecos los cantares
De la paz, del amor y de la unción,

Delante de la iglesia, en la esplanada
Que iluminan la luna y las estrellas
Aparecen bellísimas doncellas,
Cuyas risas revelan el candor.

A sus voces responden armoniosos
Los ecos de diversos instrumentos,
Y de jóvenes indios los acentos,
Que las hablan la lengua del amor.

Es domingo: la fiesta prometida
Para el día festivo en las misiones
Alegra los sencillos corazones,
Haciéndoles de dicha palpitar.
Presiden la reunión los más ancianos,
Bajo el rústico pórtico del templo,
Para dar á los jóvenes ejemplo,
Y hacer las sabias leyes respetar.

Por su belleza y gracia candorosa
Entre todas las indias descollaba
Una, que Mari-Gracia se llamaba,
Flor indiana, modesta é ideal,
Negros eran sus ojos rebrillantes,
Señores de mirada dulce y pura,
Y su rostro, su andar y compostura
Revelaban candor angelical.

Lorenzo su futuro, la seguía
Con mirada serena y amorosa,
Y á veces con palabra cariñosa
La llamaba en su idioma Ibagrurí.
Era el joven Lorenzo, el capitano
De la milicia indígena, valiente,
A quien llamara Oberabó su gente
En poético lenguaje guaraní.

La fiesta comenzó y el regocijo,
Por inocente y decorosa danza,
A quien siguieron cantos de esperanza
Y dulces que amistad les ofreció.

Se repartieron premios diferentes
De libros y estampitas de colores
A los que fueran más trabajadores,
Y con esto la fiesta concluyó.

Todo es silencio, la quietud profunda
De la noche pacífica y serena
Solo turban con grito que resuena
El teru-teru, el buho y el chajá.
De súbito se vieron deslizarse
Con paso cauteloso y contenido
Varios hombres, que tratan sin ruido
De sorprender al que durmiendo está.

Se dividen en grupos y se muestran
Las chozas que más indios contenían
Y fieros de los tristes que dormían
Cambiaron el placer en inquietud,
Logrando que á una vez y en un momento
Cayeran en la red de su codicia
Cien indios, que pudiera su injusticia
Reducir á una horrible esclavitud.

Lorenzo por acaso aquella noche
En casa de un amigo se quedara,
Y por suerte en la suya no lo hallara
La perfidia del mísero ladrón.
El oyó algunos gritos entre sueños,
Y á una voz que le fuera muy querida
Llamarlo acongojada y comprimida
Pidiéndole socorro y protección.

Levantóse del lecho en sobresalto,
Y escuchó con silencio atentamente,
Pudiendo distinguir lejanamente
Una voz que decía: ¡Oberabó!

A tal grito corriera delirante
Despertando á los indios no apresados,
Que al reunirse en la plaza consternados
Vieron que el mameluco los hirió.

Un ancho foso, terraplén extenso,
Edificio construído con troncones
Y empalizadas, que flanquean torreones,
Forman el castillejo Tobatí.
Era una noche tempestuosa, obscura;
El huracán rugía sordamente,
Y en el salón del fuerte, tristemente
Suspiraba el cautivo guaraní.

Servíale de lecho el pavimento,
Y con los brazos presos por cordeles
Contemplaba los bárbaros crueles
Que pensaban su triunfo celebrar.
El fiero mameluco complacido
Sonríe calculando la gran venta
Que obtendrá en el Janeiro y casi cuenta
Las monedas que el trueque le ha de dar.

Llegó el momento del festín y en torno
De una espaciosa mesa se sentaron
Hombres de aspecto horrible, que empezaron
En tumulto y desorden á beber,
Los sirven las indianas prisioneras,
Entre quienes se muestra en el quebranto
La bella Mari-Gracia, que su llanto
Deja en silencio, sin cesar correr.

Truenan los gritos que repite el eco,
Las blasfemias y rudas carcajadas,
Y voces roncas lanzan destempladas
Juramentos de guerra y destrucción.

Raudos los vientos furibundos luchan,
Crujen los troncos que hacen la techumbre,
Y al compás de los rayos y á su lumbre
Un mameluco ruge esta canción.

Hurrah! juremos, con sangrienta mano,
Dominar esta tierra.
Guerra al poder del orgulloso hispano
Y á las Misiones guerra!

Guay del que intente contener mi saña
Con el robusto brazo:
Pues sin valerle América ni España,
Lo arrastrará mi lazo!

Como el pampero en su furor bramante,
Me lanzaré iracundo,
Y caerá bajo mi hacha, agonizante
Al golpe furibundo.

Yo á mi caballo avivaré cruento
Para buscar batalla;
Y escalaré como un jaguar hambriento,
La más alta muralla.

Huid; con burla os seguirá do quiera
Mi sed de sangre humana;
Si no valiese plata, yo bebiera
La sangre americana!

Llorad; riendo os impondré en la frente
La marca del esclavo,
Y azotaré, silvando alegremente,
Al que se muestre bravo.

Morid; yo alegre azuzaré mis perros
Cuando expirar os vea;
Y abatiré de vuestros altos cerros
El pabellón que ondea.

Hurrah! al combate; caiga ese caduco
Indiano misionero,
Para que el oro apiñe el mameluco
Que hace un Dios del dinero.

Hurrah! llenadme la gigante copa
De ese vino que adoro;
La gloria diera y el saber de Europa
Por el vino y el oro.

Hurrah mil veces! truene un juramento
Por fin de mis canciones,
Y que repita el rebramar del viento
¡Sucumban las misiones!

Cesó el cantor, y en el instante mismo,
Terrible, resonante y altanero,
El grito del indiano misionero
Al ébrio mameluco contestó.
Los unos que se hallaban embriagados
Con estúpida risa le entendieron,
Más otros el peligro conocieron,
Y Antuñez que era el gefe los reunió.

Fueron vanos sus planes y arrogancia,
Sucumbieron los más, pues los indianos
Lucharon con aquellos inhumanos
Con un valor difícil de expresar.

Al salón del festin llegó Lorenzo,
Después de haber su espada sepultado
En el pecho de Antuñez, y á su lado
Pudo en breve los suyos contemplar.

Huyó la noche, al rebrillar la aurora
Y ufano con su triunfo el misionero
Regresó á San Ignacio placentero
Guiado por el bravo Oberabó....
Y para celebrar aquella gloria,
En el templo con férvida alegría
El pastor de Jesús. al otro día
A Mari-Gracia y á Lorenzo unió.

Canto XXXI.

Intentan los portugueses señorearse en el Plata.—Son vencidos.—Hacen uso de una política poco elevada.—Los guaraníes.—Guerras provocadas por los indios bravos.—Don Estéban Urizar.—Don Bruno Mauricio de Zavala—Pacifica Zavala el Paraguay—Zavala echa los portugueses de Montevideo.—Funda la ciudad de San Felipe y Santiago.

Cuantos esfuerzos míseros, que planes
Astutos, pero mal aconsejados
Empleó Portugal.... Cuantos afanes
Le costaron proyectos calculados
Para obtener lo ageno.... Sus desmanes
Fueron no pocas veces castigados,
Más él con codiciosa y negra envidia
Usó con los hispanos de perfidia.

Véase la historia general, en ella
Se verá la verdad de cuanto digo;
La lusitana mala fé descuella,
Y la descubre el más parcial amigo.
Mi pluma la justicia no atropella,
Que fué de la verdad constante amigo,
Y por justo y veráz aquí he vivido
Sepultado en la pena y el olvido.

Porque amo la justicia aún poseo
Un nombre no manchado con vileza:
Por amar la verdad, cual Prometheo
Me encadena en sus rocas la tristeza,
Y vago en la sin par Montevideo,
A quien amé cantando su belleza;
Ella de mis canciones se ha olvidado,
Más yo siempre lo mismo la he amado.

Es justo tributar un homenaje
De gratitud, de estimación y aprecio,
Al indio guaraní, cuyo coraje,
Se mostró al batallar en lo más récio.
El muy pronto dejó de ser salvaje
Adquiriendo virtudes de gran precio;
El fué con los hispanos obsequioso
Leal hasta la muerte y generoso.

Por ser tan noble fué tan desgraciado,
Más su nombre magnánimo aún se acata;
Los siglos pasarán y él respetado
Será siempre en la historia de la Plata.
Jamás del español será olvidado,
Y aunque su imperio ya no se dilata,
Su nombre ha de durar eternamente
Grande y sublime entre argentina gente.

No permitieron nunca otros indianos
Descansar los hispánicos aceros,
Mostráronse temibles é inhumanos
Los charrúas y aucaes altaneros,
Y no menos crueles y tiranos
Los mbocovis y payaguás arteros:
Ellos se abandonaron á furores
Causando los ibéricos rigores.

Don Estéban Urizar, varón justo,
Cuyo nombre inmortal aún hoy resuena,
Determinó con ánimo robusto
Hollar de los desiertos el arena,
Y dominar los indios por el susto,
O por unión tan firme como buena;
El pudo conseguir con arte y guerra
Poner en paz la tucumana tierra.

Después de Urizar la atención reclama
Del bardo historiador, un noble ibero
Don Mauricio Zavala, cuya fama
Respeta el estadista y el guerrero.
El sostuvo con gloria su oriflama,
Que intentara ofender el extrangero,
Y aumentando del Plata el poderío
Persiguío el contrabando con gran brío.

El dió fin con valor y maestría
A la lucha nacida de ambiciones,
Que la Asunción sin trégua dividía
En torpes y cruelísimas facciones:
Al Tucumán Urizar protegía;
Zabala á Buenos Aires; dos varones
Cuya gloria se ostenta tan ufana
Que enaltece la hispano-americana.

Urizar gobernara hasta su muerte
El Tucumán, con alma generosa
Y Zabala con alma grande, invierte
Su tiempo en una vida muy gloriosa,
El opuso su brazo firme y fuerte
A lusitana envidia codiciosa,
Que esclava de una idea y un deseo
Atrevida pobló en Montevideo.

Después se consagró constantemente
A fundar la ciudad, del Plata ondina,
Que en la costa nórdeste bellamente
Sobre trono de rocas predomina;
Y aunque envidiada fué de extraña gente,
La cual solo anhelaba su ruína,
Cuando invocó á Felipe y á Santiago,
Causó en sus enemigos gran estrago.

Ellos te guarden siempre reclinada
Con libertad sobre tu blanca peña,
Ninfa del Plata; bella, acariciada
Por la brisa del mar, feliz, risueña.
Antes que verte en ella esclavizada
Brote un volcán debajo de tu enseña
Y de tus padres suene en lontananza
El grito que reanime tu esperanza!

FIN DEL LIBRO CUARTO.

Libro V.

1730 - 1808

Canto XXXII.

La Patagonia. — Misiones jesuitas — Carácter y algunos usos de las razas patagónicas—"Pichumangué" cacique de la tríbu "Chiquillana", hace cautiva á la jóven "Aucapichuí" hija de "Painámangué", cacique de "moluches"—"Llampiro" hechicero "Chiquillan"—Sorprenden los "moluches" y "huiliches" á los "chiquillanes", los derrotan y libertan á la cautiva—Hacen huir á los misioneros las crueldades de los indios patagones.

La Patagonia inmensa, estéril, triste,
Aún más que la pintara humana pluma,
Muestra su panorama, que reviste
La silenciosa noche con su bruma.

Allí al confin de un tétrico desierto,
En que solo se ostentan arenales
Un lago se desplega inmóvil, muerto,
Circuído de enanos carrizales.

Un volcánico monte lo domina,
Cuya cúspide altísima, abrazada,
De señal solo sirve al que camina
En aquella región inanimada.

Las aguas de aquel lago solo mueven
Los huracanes, y sus tristes écos
Despiertan los yaguares que lo beben.
Con sus fieros rugidos roncos, huecos.

El cóndor de los Andes, atrevido
Suele cruzarlo con gigante vuelo,
Cuando persigue al avestruz perdido
O esplora con audacia tierra y cielo.

Entre los carrizales de la orilla
Se esconde el sucarath; y el indio fiero
Al nensrú con su maza bravo humilla
Acechándolo astuto y venturero.

Si un insecto se muestra es el tapiro.
Si se oye un eco acaso en lontananza,
Es el del lemoró, que en vago giro
Y en apiñada nube lento avanza.

Si una voz se repite retumbante
Por el inmenso llano ó alta sierra,
Es del moluche el grito penetrante
Que al pehuenche declara cruda guerra.

Si un clamor, es el ronco juramento
De picunches, tehuelchus ó ranqueles.
Si un murmullo es el último lamento
Del que sufre suplicios muy crueles.

Si una luz aparece en noche obscura
En lo alto de montaña gigantea,
Es la que guerra y destrucción procura
O la de algún volcán que centellea.

Patagónico mundo: si tuviera
Un numen tan divino como el Dante.
El infierno en tus antros describiera:
¿Más que infierno?, si tu lo eres bastante.

En la margen del lago se levanta
Una humilde morada misionera,
Cuya cruz solitaria acaso espanta
Al indio descreído y á la fiera.

No lejos, sin estudio y simetría
Se agrupan varias chozas de salvajes,
A los que paz brindara y alegría
La caridad cristiana en sus parajes.

Es aquel aduar de pobre traza,
De los indios molúches el abrigo;
Tríbu la más guerrera, cuya maza
Temiera el chiquillano, su enemigo.

Es la puesta del sol; sus tibios rayos
En el inmóvil lago reverberan,
Y al quebrarse con trémulos desmayos
Del horizonte la tristeza alteran.

Painamangué cacique moluchano
Con pereza reposa muy sombrío;
Y Aucapichuí su hija, con galano
Modo de caminar, deja el buhío.

Ella marcha hacia el lago lentamente
Donde Curimangüé, joven guerrero
Ya la espera amoroso é impaciente,
Que es un indio celoso y altanero.

El sabe de un cacique Chiquillano,
Pichumangüé nombrado, la perfidia;
Sabe que ama á la joven y que insano
Puede robarle un bien que tanto envidia.

Aucapichuí llegó; con su presencia
Cesaron del moluche los afanes;
El parte aquella noche, y en su ausencia
Teme realice el chiquillán sus planes.

El parte por lograr una alianza
Entre indianos huiliches, con la flecha,
Pues piensa herir con bárbara venganza
Al Chiquillán, que sin cesar lo acecha.

Partió el indio, y la indiana conducida
Por el amor, siguióle un largo trecho,
Dando al cabo la vuelta á su guarida
Con húmeda mirada y triste pecho.

De súbito un indiano presentóse,
Que oculto entre carrizos acechaba,
Y á la imprudente Aucapichuí llevóse
Hacia la tierra en que su tríbu estaba.

Volvió Curimangüé de su viage,
Y al saber el suceso, que lo hiriera,
Apresuró el objeto del mensaje
Decidiendo tomar venganza fiera.

En vano los piadosos misioneros
Intentaron calmar los moluchanos;
Sin escuchar razones, con sus fueros
Juraron destruir los chiquillanos.

Los toldos de la tríbu chiquillana
Alumbraba la luna, en el más alto
Se hallaba la cautiva moluchana
Sujeta de una fiebre al sobresalto.

Pichumangüé la observa silencioso
Esperando que venga á visitarla
Llampiro, un chiquillano muy famoso,
Que ofreciera con artes aliviarla.

Ella de cuando en cuando, delirante,
Insensatos ahullidos arrojaba
Y otras veces llorosa, de su amante,
El nombre con cariño pronunciaba.

Llegó Llampiro al fin con aparato,
Seguido de una turba numerosa,
Y penetró en el toldo, donde al rato
Usó de su sapiencia prodigiosa.

Empezó por chuparle á la paciente
En los ojos, la boca y los oídos,
Y después prorrumpió bárbaramente
En roncos y terribles alaridos.

Luego sacóla al raso bien envuelta
En una tosca manta, y en el llano
Hizo clavar dos lanzas y dió vuelta
Con la enferma en los hombros muy ufano.

De cuando en cuando al Ayaguá llamara,
Espíritu que el mal lo producía,
Y cuando imaginó que ya bastara
Anunció que la enferma sanaría.

Dijo que el Ayaguá se había escapado
Siguiendo de sus leyes el influjo,
Y el dicho fué con gritos celebrado,
Así como la ciencia de aquel brujo.

En esto Aucapichuí, que casualmente
Una crísis sufriera saludable,
Volviendo á la razón, lejanamente
Oyó un canto de pájaro, agradable.

Reconoció en los écos apagados
El canto de un quilquil, y no dudara
Que eran sus trinos suaves, imitados
Por su amante, que hacerlo acostumbrara.

A poco resonó por el desierto
Un gutural y furibundo grito,
Que al indio chiquillan lo dejó yerto
Por ser tan vengador como infinito.

Sucedióse una escena estraordinaria
De lamentos, de llanto y pesadumbre,
Y á la luz de la luna, funeraria
Unió una hoguera su siniestra lumbre.

El chiquillan, que por su buena suerte
En los vastos desiertos se internara,
De una terrible y dolorosa muerte
O de la esclavitud se libertara.

Pichumangüé con decisión muriera
Al frente de los suyos batallando,
Y Aucapichuí que en libertad se viera
Se unió á su tríbu y la siguió cantando.

Quedaron en la estensa toldería
Del chiquillan, cadáveres sangrientos,
Una hoguera que chozas consumía
Y un centenar de tigres muy hambrientos.

———

Hé aquí las frases que dirá al viajero
El moluche si acaso lo respeta;
«Alejó mi crueldad al misionero
«Del volcán y del lago, y altanero
«Vivo aquí, solo el cielo me sujeta.»

———

Canto XXXIII.

Muerte de Zavala. — Narración — Zevallos
Sus victorias contra los portugueses.

Murió Zavala lleno de laureles
En Santa Fé, con general tristeza;
Él supiera domar á los infieles
Con alma generosa y con firmeza:
Él á los lusitanos más crueles
Castigó con valor y con nobleza
Y él en fin, les legó con su memoria
A la España y América gran gloria.

Todos los gobernantes no igualaron
En saber y en virtudes á Zavala,
¿Más en que siglo siempre se encontraron
Perfectos gobernantes? nos señala
Muchos buenos y muchos que faltaron
A su deber la historia, desde Irala,
Y en crónicas del Orbe no hay ninguna
En que falten reveses de fortuna.

Al estudiar la historia imparcialmente
De la grandiosa América argentina,
El sábio vé el error más fácilmente
Porque ya la pasión no le domina.
¿Quién escribió la historia de un presente
Con alma tan perfecta y tan divina
Que no oculte por él ó por sus hijos,
Algunos pormenores muy prolijos?

Quién, si es actor, se culpa y se condena?
¿Quién puede acreditar lo que otro narra?
¿Quién con ánima intrépida y serena
Opone la humildad á injusta garra?
¿Quién es en fin, el que al sufrir la pena
Que le impone un injusto no desbarra,
Y cuando la injusticia al mundo cuenta,
Quizás sin conocerlo, más la aumenta?

Cuando dirije la ambición la pluma
Del escritor más sábio y eminente,
La verdad se oscurece entre la bruma
Con que suele interés nublar la mente,
Y aún será nécio el sábio que presuma
De infalible, verídico y prudente,
Que el hombre es hombre y aunque sea discreto
No leerá en corazones un secreto.

Muy poca variedad muestra la historia
En un largo período; disenciones,
Revueltas de los indios, transitoria
Existencia de paz, mil sinrazones
Que á la virtud mancharon con su escoria.
Envidias extranjeras y ambiciones,
Algunos gobernantes regulares
Y no pocos valientes militares.

Hasta Zeballos pocos alcanzaran
Un renombre famoso por sus hechos,
Aunque algunas virtudes abrigaran
En sus hidalgos y alentados pechos,
Otros también sus nombres humillaran
Con envidias, crueldades y cohechos:
Busque en la historia el que estudiarlos quiera,
Yo he sido más prolijo que debiera.

Zeballos por sus ínclitas acciones
Y por su esplendidez digno es de fama,
Él fuera un campeón de campeones
Y su nombre aún la América proclama,
Él llevó las hispánicas legiones
Muy dentro del Brasil y el oriflama
Español, tremoló con bizarría
Contra quien más rigores merecía.

Él supo refrenar de un mal vecino
La envidiosa codicia cautelosa
Y con lealtad y valeroso tino
Hizo una guerra justa y victoriosa.
¡Ah Zeballos! la mano del destino
Te regaló una espada valerosa
Y para gloria tuya y del hispano
Castigaste con ella al lusitano.

Paréceme que miro levantarse
Tu sombra de la tumba en que se abriga
Y empuñando la espada presentarse
Para batir la gente tu enemiga....
Paréceme la miro atropellarse
Persiguiéndola rauda sin fatiga
Y oigo al eco tronar en la campaña
¡Sus valientes! ¡Santiago, cierra España!

Paréceme que escucho vibradora
Tu voz en la Colonia y en el Río
Mandar con una calma triunfadora
La señal del ataque, ó desafío;
Y al lograr la victoria vengadora
Me parece escucharla con más brío
Repetir altanera á la distancia,
«¡Valientes perseguidlos con instancia!»

Paréceme también, que tu mirada
Me busca en esta tierra en que me abrigo
Y en mí se fija clara, iluminada
Por un alma leal, y que testigo
Del común padecer, prorrumpe airada
Tu voz diciendo. «Atrás falso enemigo
Y no olvides que abrigan esas gentes
La sangre de españoles muy valientes!»

Canto XXXIV.

Una estancia junto al río Salado.—Salen de caza varios argentinos y argentinas.—Cautivan los indios de la Pampa al regreso de la cacería á la jóven "Blanca" bella argentina, derrotando á los que la acompañaban y haciéndolos huir.—Situación de Blanca en la toldería de Naguel, cacique de la Pampa.—Se liberta con intrepidez.—Es protegida por una india conversa y por los misioneros de la luguna "Vivorata".—Furor de los indios.—Son sorprendidos por los argentinos guíados por un hermano de Blanca y castigan éstos con una cruel matanza la alevosía de los indios.

La luz del alba con temor asoma,
Brilla en los cielos matinal estrella
Y temblorosa con pesar destella
La luna, al ocultarse trás de loma
En que un ombú con gigantez descuella.

Corre el salado cuya blanca espuma
Herida por la luna centellea
Y la corriente rápida ondulea
Al sol naciente, y la nocturna bruma
Se mezcla con las aguas que azulea.

Con dulce trinos mágicos, suaves,
Saludan el nacer de un claro día,
Disputándose en gracia y melodía,
Las más preciosas y canoras aves
Que el suelo indiano entre sus flores cría.

El potro fiero con relincho fuerte
A su rival saluda ó le provoca;
El carancho en un tronco yace inerte
Y el avestruz, que en recorrer se invierte,
Veloz la tierra al parecer no toca.

En lontananza descollar se mira
De un estanciero la anchurosa estancia;
El teru-teru, en sus contornos gira,
Y de un clarín el resonar espira
Con perentoria y con marcial instancia.

Al escuchar del bélico instrumento
Los ecos prolongados, infinitos,
Turba gentil alegre lanza al viento,
En muestra de un pacifico contento,
Mil vibradores y sonoros gritos.

La caza, empieza; el anchuroso prado
Corceles bravos con su planta huellan,
Suena de un tiro el eco prolongado
Y el avestrúz, la liebre y el venado
Ante los cazadores se atropellan.

Blanca, argentina intrépida y hermosa,
A un potro fiero sin temor azuza
Y al seguir á la caza, valerosa,
Como visión radiante y caprichosa,
Las zanjas salta y las praderas cruza.

Sus ojos negros con brillante lumbre
Prestan á todo su esplendor y vida
Y el sol que dora la celeste cumbre
Halaga con benigna mansedumbre
Su trenza á el aura matinal tendida.

Alegre coro el galopar anima
Con las canciones que inspiró la fiesta
Y al éco de la Pampa lo reanima
Con su arrogante improvisada rima
Cobrándole en tributo una respuesta.

CORO

A escape! corramos
Que el alba ya asoma
Y alumbra la loma
Su espléndida luz!
A escape mi potro;
Fatiga la tierra;
Hagamos la guerra
Al raudo avestrúz!

—

No envidia de Europa
Las altas montañas,
Las bellas cabañas
Ni el prado mejor.
No envidia sus cotos,
En este paraje,
Que acota el salvaje,
El buen cazador.

No envidia sus bosques,
Los valles los cerros,
Ni envidia sus perros
Ni envidia el placer.
Aquel que aquí animan
De gloria deseos,
Pues logra trofeos
La Pampa al correr.

Para ello lo ayuda
Con rápido callo
Su bravo caballo,
Que corre veloz.
Y alcanza atrevido,
Si anhela laureles,
Las garras y pieles
Del tigre feroz.

—

A escape! corramos,
Que el alba ya asoma
Y alumbra la loma
Su espléndida luz.

A escape mi potro!
Fatiga la tierra,
Hagamos la guerra
Al raudo avestrúz.

—

La noche estiende su enlutado manto,
Cuyos pliegues habitan los temores:
Todo es quietud; más con siniestro canto
Siembra el ñaucurutú tétrico espanto
Recordando del indio los furores.

Regresan de la caza placenteros
Cazadores y bellas cazadoras,
Sin sospechar que los indianos fieros
Se emboscan en los cardos y senderos
Con intenciones crueles y traidoras.

De súbito escucharon los cristianos
Un grito en los estensos arenales;
Y salieron feroces é inhumanos
Dando ahullidos horribles cien indianos
De entre espesos y altísimos cardales.

Todo fué confusión, todo fué duelo:
Al fragor resonante de los tiros
Se mezclaron con hondo desconsuelo
Sollozos que arrastrara con anhelo
El viento de la Pampa en raudos giros.

———

El indio de la Pampa es una fiera
Que mata por placer y por instinto;
Supo siempre acechar cual la pantera
Y huir cuando la presa consiguiera
Buscando de sus toldos el recinto.

Nagüel, cacique aucá, en su toldería
Celebra el fin que tuvo su acechanza,
Sin recordar que el español podría
Obtener con astucia y valentía,
Una pronta y cruelísima venganza.

Yace en un toldo la infeliz doncella
Que fuera por los indios cautivada,
Y el pavimento, febriscente huella,
Intrépida, lanzando una centella
De resuelto furor, con su mirada.

Es muy valiente Blanca, y el tirano
Suceso, ni un momento la humillara,
Fuerte oprime y enérgica en su mano
Un puñalito corto, que su hermano
Que la amaba en estremo, le donara.

Más qué puede el valor de la belleza
Aunque vigor al brazo comunique,
Contra el choque brutal de la fiereza,
Ni contra el predominio y altiveza
De un salvaje barbárico cacique?

Sin embargo; ella intenta sepultarle
Su puñal en el pecho al indio aleve,
Pues sabe nada alcanza con rogarle,
Y si logra por dicha rematarle
Huir veloz á dó el azar la lleve.

Así fué, Nagüél ébrio, asqueroso,
Se dirigió á su toldo vacilante,
Buscando á la cautiva, que al coloso
Derribó con un golpe silencioso
Abandonando el toldo en el instante.

Se alza al pié de la sierra tapalquina,
Cerca de la laguna Vivorata
Un templo misionero, que domina
Desde el plan de una mágica colina,
Del Pampa la región menos ingrata.

No lejos, en el llano se levanta
La choza de una indiana convertida,
Que la quietud de la alborada espanta
Con ronco acento, pues sin arte canta
Una oración cristiana, mal sabida.

Machi llamóse la infeliz criatura
Más el bautismo la nombró Petrona,
Y aunque sin comprender su mente oscura
De la oración cristiana la ternura,
Con respeto fanático la entona.

Un grito lastimero que escuchara
Resonar en el limen de su puerta
Interrumpió su canto, y la mostrara
Una jóven cristiana, que se hallara
En el umbral desfallecida y yerta.

Por suerte de la jóven, comprendía
La caridad cristiana la salvaje,
Así como las leyes que imponía
A todo el que el bautismo recibía,
Y la acostó en su lecho de ramage.

Después cuando la vió cobrar aliento
La reanimó con compasivo agrado
Y la ofreció con obsequioso acento
La porción miserable de alimento
Que la misión la había señalado.

Luego dió aviso á un Padre misionero
Llamado Falkoner, que al punto vino,
El cual cuidó á la jóven con esmero
Conociendo el suceso lastimero
Con que turbó sus dichas el destino.

Ella marchó por el desierto estenso
Sirviendola de ayuda su arrogancia,
Guiada por el brillo claro, intenso
De la estrella del Norte, en el inmenso
Desierto, que cruzara su constancia.

Salió el sol y la tríbu, consternada,
En su toldo al cacique viólo muerto
Al impulso de firme puñalada,
Y con rabia feróz, imponderada
Buscando á Blanca interrogó al desierto

¡Oh si hubieran hallado ellos su presa
Con qué furor la habrían destrozado!
Más quiso el cielo conservarla ilesa
Junto á Machi y exenta de sorpresa,
Pues á su choza no llegó un osado.

Antes de ser cristiana fué hechicera
Y el indio, que por bruja la tenía,
Supersticioso por demás creyera,
Que si á turbarla en su reposo fuera
Su audacia la Machi castigaría.

La noche lenta su crespón reviste
Y el indio el funeral le hace al guerrero,
Que por acaso singular no existe;
En ella Blanca pensativa y triste
Sondea con terror el venidero.

De súbito se oyeron alaridos
Y de clarines écos retumbantes,
A los que se siguieron mil gemidos,
Tiros, ayes, horrísonos rugidos
Y acentos vibradores y triunfantes.

Oyó Blanca el tumulto anciosamente
Con el alma por dudas combatida
Y cuando el sol mostróse en el Oriente
La acarició su hermano alegremente
Satisfecho al mirarla complacida.

Al poco tiempo la argentina hermosa
A un potro fiero sin temor azuza
Y al seguir á su hermano venturosa,
Como visión radiante y caprichosa
La inmensa Pampa sonriente cruza.

Canto XXXV

El amor á la patria. — Vertiz. — Zeballos victorioso venga con su célebre expedición á la España.—Funes.—Tupac-Amarú

El amor de la patria á veces ciega
Al hombre más sensato y virtuoso,
Que al entusiasmo con pasión se entrega
O se muestra en sus juicios orgulloso.
No falta quien por ella firme riega
Con su sangre, su suelo generoso,
Ni quien ingrata la contemple un día
Y sufra su injusticia ó tiranía.

La patria!, noble amor y dulce nombre,
Que costó tanta pena y sacrificios
A todo ilustre y entusiasta hombre,
Aunque no le debiera beneficios!
Más ¡oh patria! no falta quien se asombre
De que se amen por tí aún los perjuicios,
Pues ya se viera la miseria humana
Hoy despreciar lo que amará mañana.

Cuantos acaso equivocarse suelen
Al amar á su patria, en la manera,
Y de su error un día se conduelen
Cuando el mal ya remedio no tuviera?
En fin, corta es la vida, de ella vuelen
El error y la pena pasajera;
Y el destino, la paz y la esperanza
Muestre al mundo, aunque sea en lontananza.

Vertiz, gobernador inteligente,
Que sucedió á Zeballos, demostrara
Siempre un carácter recto y eminente
Y con tino y prudencia gobernara.
Hijo del Nuevo Mundo sabiamente
Su deber con su amor equilibrara
Y en épocas de guerras y de azares
Mitigó cuanto pudo los pesares.

En este tiempo el inmortal Zeballos
Se ciñera los lauros más gloriosos
Hiriendo de la guerra con los rayos
A lusitanos planes codiciosos;
El los vió sometidos cual vasallos
Ante un señor temido, y que medrosos
A su nombre entregaron fortalezas
Aumentando la prez de sus proezas.

Zeballos inmortal!, yo te saludo,
Desde mi obscuro asilo solitario...
Tu brazo descargara un golpe rudo
Sobre el que fué á la España tan contrario;
Tu fuiste de tu patria firme escudo;
Yo con humilde canto, temerario
Al admirar tu incontestable brío,
Cid español, mi cántico te envío.

Oye Funes, Polibio americano
Cuya sapiente erudición admiro,
De aqueste trovador, de aqueste hispano
Que comprendió tus penas, un suspiro.
El hoy no te reprocha un error vano
Que te arrastrara en su insensato giro;
Error que moribundo conociste
Y bajaste á la tumba por él triste.

Funes: un hombre que sacude un yugo
No necesita ser justificado,
Y á un pueblo que ser libre al fin le plugo
Solo el necio el derecho le ha negado:
La libertad á un pueblo es como el jugo
Que á las plantas el cielo les ha dado;
Sin él, lánguidamente desfallecen,
Se inclinan, se deshojan y perecen.

Que América ser libre deseara
Es una cosa justa, en mi conciencia;
Pero que inmensa gloria atesorara
Procurando humillar á su ascendencia:
Que el nombre de sus padres despreciara
Debiéndoles su vida y opulencia,
Fué colocarle un látigo en la mano
A cualquier ignorante y ruín villano.

Si Funes: perdona; pero es cierto
Tal idea deifica al egoismo
Y le devuelve al indio su desierto
Que cultivó el hispánico heroismo;
No como lo encontrara triste y yerto,
Mansión de la crueldad y el barbarismo;
Sino de gayas flores alfombrado
Y por la ilustración iluminado.

Es, no lo dudes, sepultar la gloria
Que con tantos afanes se obtuviera,
Entre la inmunda y pestilente escoria
De una envidia insultante y extranjera,
Es en fin impregnar en la memoria
Del infante, la duda que pudiera
Arrebatarle con tenaz empeño
Ese anhelo de gloria, tan risueño...

Sobre la tierra el hombre necesita,
Cuando en ella se arrastra peregrino,
Un faro protector, sin él se agita
Y se cansa sin dar con un camino:
El amor á la gloria que lo incita,
Es de orígen tan alto y tan divino,
Que si á su hermoso cielo se envilece
El faro protector desaparece.

Qué culpa tendrán nunca de cohechos,
Los que jamás con ellos se mancharon?
Ni quién podrá culpar á nobles pechos,
De miserias que en otros se abrigaron?
Porque causa serán oscuros hechos
Los ilustres que pérfidos viciaron?
Y en fin, por qué razón se vió con saña
Todo cuanto en América hizo España?

Porqué? Porqué los pueblos extrangeros
Vieron desde Colón y Carlos Quinto
Aumentarse el poder de los iberos
Y empezaron á odiarlos por instinto.
Los hispanos que fueron más guerreros
Que otro pueblo en su ayer; en sangre tinto
Alzaron su pendón con altiveza
Vengando sus ofensas con fiereza.

Tupac-Amarú quiso colocarse
En sus sienes, del Inca la corona,
Y Catarí aún se hizo proclamarse,
Según la historia al mundo lo pregona,
Si ellos logrado hubieran coronarse
Hoy la potente americana zona
Del Sur del Nuevo Mundo, talvez fuera
Un desierto que el indio recorriera.

No ya el indio indefenso, aunque atrevido,
Sino el indio barbárico y guerrero.
No ya el indio sin armas, desunido,
Sino el indio gigante y altanero;
El indio perezoso y descreído
Que á los desiertos arrojó el ibero;
El indio con los vicios y, pasiones
Más horribles, de todas las naciones.

Aún podéis comprobar cuanto yo digo
Estensa Pampa y Chaco inmesurado,
Que le dáis al salvaje fiel abrigo
Y lo arrojáis á veces tan osado.
A ese salvaje fiero y enemigo
De todo lo que es grande é ilustrado,
Cuya ley es la punta de una lanza,
Y el Dios que más adora la venganza

Canto XXXVI.

Las hijas del Nuevo Mundo.

Vió la sombra de Colón,
Soñando, el poeta hispano,
Ella le dió inspiración,
Y audáz con ruda canción
Cantó al pueblo americano.

Cantar tu sublime historia
Región del Plata intentara;
Es humilde su memoria,
Más tu belleza y tu gloria
Su entusiasmo despertara.

Pobres los écos serán
De humilde lira insonora,
Más ellos si á Europa van
Decirle procurarán
Lo que la Plata atesora.

Y el mundo antiguo, que admira
Sus virginales encantos,
Tal vez escuche una lira
A quien la belleza inspira
Y á ella dedica sus cantos.

Lira que entusiasmo amante
Quiere espresar temeraria,
Sino vibra resonante
Es porque suspira errante,
Apenada y solitaria.

O es porque su atrevimiento
De númen se hallara escaso,
Y al describir un portento
Sobrándole sentimiento,
Le faltó el estro del Tasso.

Ella de un alma espresara
El admirar cariñoso,
Alma que feliz cantara
Las bellezas que admirara
En un mundo tan hermoso.

Un mundo que muestra ufano
Tesoros y perfecciones;
Entre los que vió el hispano
Un tesoro sobrehumano,
Y á él dedicó estas canciones.

El tesoro sin igual
Que al trovador inspirara,
Reune á un valor real,
Un brillo tan celestial
Que al del diamante eclipsara.

Este mágico tesoro
Que al Nuevo Mundo orgullece,
Con su valor lo engrandece,
Es de más precio que el oro,
Y más que el oro merece.

Su valor quiere espresar
Hispana lira insonora,
Más antes de comenzar
Teme no lo ha de lograr
Y humilde, indulgencia implora

Mostrarse grande y divina
La naturaleza quiso,
He hizo la tierra argentina (*)
Tan bella y tan peregrina
Que parece un paraíso.

Y para adornar su cielo
Esparció en él mil estrellas,
Que bordan el negro velo
De la noche, y con desvelo
Lo iluminan con centellas.

Las estrellas rebrillantes
Acarician con fulgores
A los árboles gigantes
Y á las fuentes murmurantes
Y á los prados y las flores.

En el argentino mundo
Nacen flores peregrinas,
Que con un amor profundo
Adoran al sol fecundo
Porque las hizo argentinas.

Estas hechiceras flores
Adornan el ancho río
Del Plata, con sus colores,
Y regalan sus olores
A las brisas y al rocío.

Los écos del ancho Plata
Repiten muy obedientes
Los murmullos de corrientes,
Y si la mar se dilata
Sus rugidos imponentes.

(*) Recuérdense las anteriores notas.

A estos écos los aumentan
Con sus inquietudes, brisas
Que sus amores se cuentan
O que disputar intentan
Con suspiros y sonrisas.

Ostenta el Plata, elevadas
Arboledas muy frondosas,
Y cañas, acariciadas
Por las brisas perfumadas
Y por estrellas hermosas.

Estos árboles floridos
Y esbeltos cañaverales
Son por los vientos mecidos,
Y forman dulces ruídos
Al ondular ideales.

En los prados argentinos
Y entre sus selvas umbrías
Hay pájaros peregrinos
Que cantan con dulces trinos,
Rivales en melodías

Estas aves seductoras,
Tan bellas como sencillas,
Tan libres como canoras,
Al huir revoladoras
Beben miel en florecillas.

El sol brilla al renacer
Con una luz amorosa,
Y rebrilla al ascender
Fulgurando al descender
Con una luz vagorosa.

La luna su claridad
Ostenta tímidamente,
Brillando con suavidad
Y muere con magestad
Herida del sol naciente.

Mostrarse grande y divina
La naturaleza quiso,
E hizo la tierra argentina
Tan bella y tan peregrina
Que parece un paraíso.

Y por reina de su suelo
Le dió la flor de las flores,
Y robó al nocturno velo
La estrella reina del cielo
Y el fulgor de los fulgores.

Dióle á esta flor poderíos
Sobre los écos suaves,
Sobre las fuentes y ríos,
Sobre los bosques umbríos
Sobre flores, brisas y aves.

Esta flor y maga estrella
Dueña de tesoros tantos
Es la americana bella;
Yo humilde dedico á ella
Con adoración, mis cantos

Los dedico á las hermosas
Orientales uruguayas,
A las porteñas graciosas,
Confederadas preciosas,
Y hechiceras paraguayas.

Cantos insonoros son,
Indignos de tal altura,
Más parten de un corazón,
Que ha querido una canción
Tributar á la hermosura.

Más ¡ay! la lira encarcelan
Las sombras del triste anhelo
Que á la fantasía velan,
Y los cantos aunque vuelan
¿Cómo han de llegar á un cielo?

Cielo esplendente y altivo
De la región argentina,
No le mires nunca esquivo
Al que te canta cautivo
De tu belleza, divina

Tu sonríes dulcemente
A las flores que amas tanto
Y á la espumosa corriente,
Mírame á mi sonriente
Y eleva hasta tí mi canto.

Y cuando tu luz dirijas
A las que adoran tu calma
Díles, sin que las aflijas,
Que mis canciones son hijas
De la ternura del alma.

Para aliviar mis dolores,
Pídeles hermoso cielo,
Un primor de sus primores,
Alguna flor de sus flores
Y una frase de consuelo.

Yo en cambio de bienes tantos
Diré al aura que en sus giros
Arrebate mis quebrantos,
Y lleve á ellas mis cantos
Sin los dolientes suspiros.

En ellos dirá mi lira,
Con un afecto profundo,
Cuanta gratitud la inspira,
Y cuan venturosa admira
Las hijas del Nuevo Mundo.

Canto XXXVII.

Narración.—Progreso moral de la América argentina—Agricultura La yerba llamada comunmente mate y por los guaraníes "Caminí" y "Caa-cogol".—Narración.—Toma de Buenos Aires por los ingleses.—Derrota que sufrieron.—Heroismo de Buenos Aires.—Heroica defensa de Montevideo.

Después de los azares producidos
En la región peruana, por peruanos
Que con valor lucharan, decididos
A morir ó expulsar á los hispanos
De su suelo, lucharon los partidos
Por mucho tiempo fieros é inhumanos
Hasta que al fin los años consiguieron
Calmar odios, más no los extinguieron.

La ilustración al Plata engrandecía,
Al saber con amor se cultivaba
Y en Trinidad y en Córdoba se veía
Que á las ciencias y el arte se estimaba.
La Asunción en riquezas cada día
Y en progreso moral adelantaba
Y aunque siempre era incierto el venidero
A veces destellaba lisonjero.

Los indios su inquietud pacificaban
Algún tiempo, más luego muy audaces
Por capricho ú ofensas, se olvidaban
De la fé que juraran en sus paces
Y á los conquistadores molestaban;
Los cuales con rigores eficaces
Para domar su saña, más crueles,
Solían castigar á los infieles.

Los pampas y charrúas siempre fueran
Los que á una paz tratada la infringían,
Sin que en su ceguedad reconocieran
Que el rigor militar despertarían
Las sorpresas y robos con que hirieran
A los que su desquite buscarían;
Corriendo sin cesar la sangre hispana
En unión de la sangre americana.

Más ya es tiempo que deje á los indianos
Vagar en los estériles desiertos
Y luchar ó aliarse á los hispanos;
Ya es tiempo que á mis cánticos inciertos
Dirija con más fé por los galanos
Campos, que se mostraban ya cubiertos
De pueblos y aún de mieses y ganados
Con saber de la Europa transportados.

Con noble mano, sábia agricultura
Supo dotar del Plata á las regiones,
Usando de constancia y de cordura
Y apesar de torpezas y ambiciones,
Con aquellos tesoros que natura
A otros climas les dió, y las producciones
Utilizó del argentino suelo,
Sus propiedades viendo con desvelo.

Entre las más notables que estudiara
Hábil agricultura, y útil ciencia,
Fué una el Yrupey; que llegara
A ser para los indios providencia,
Y esa yerba exquisita que lograra
Entre los argentinos preferencia,
Al thé de los ingleses y alemanes
Y al café y á los Katckis musulmanes.

Caaminí en los pueblitos misioneros
Llamaban á la yerba, guaraníes
Que en el norte poblábanse, fronteros
A los indios brasiles y tupíes,
Y caacogoí á la que con esmeros
Juzgaban superior; los querandíes
El uso de la yerba conocieron
Porque de los hispanos la aprendieron. (65)

Es bebida tan grata y tan gustosa
La que con esta yerba se prepara,
Por ser fresca, suave y aromosa,
Que el hispano y el indio la estimara;
Se recoge cosecha prodigiosa
En ciertos puntos donde la criara
Naturaleza pródiga en cuantía;
Pues en otros parajes no se cría.

Ni pudo aclimatarla el poderío
De la ciencia, constante en sus empresas;
Nace al Norte y Oeste del gran río
Paraguay, floreciendo en las dehesas
Del Parmaguá; más tiene muy bravío
Esta última el gusto, y son muy gruesas
Sus hojas, siendo apenas consumida
Por ser ágria en extremo y desabrida.

Plantas medicinales, infinitas
La botánica cuenta en su riqueza,
Que las gentes más sábias y eruditas
Hicieron conocer; naturaleza
Dotó al suelo de flores muy bonitas
Y plantas cuyo aroma, con pureza
Embalsama los aires argentinos,
Y halaga los arbustos peregrinos.

La ibérica fortuna y su arrogancia
Despertaron celosa la Inglaterra,
Que olvidando que el pueblo de Numancia
No se rinde jamás y no se aterra,
Pues halla su vigor y su constancia
Cuando se le promueve injusta guerra,
Lo quiso combatir y en su deseo
Buenos Aires buscó y Montevideo.

Allí se dijo, la española grey
Es en número corta, envejecida
En servir á su patria y á su rey
Y se encuentra además desprevenida;
Con tal intento enarboló por ley,
La guerra colonial, y orgullecida
Dijo al contar sus barcos y cañones
«Soy la reina del mar, temblad naciones!»

Buscó el Plata el intrépido britano
Y remontó su escuadra la corriente
Del río en que imperaba aquel hispano
Que anhelaba oprimir omnipotente.
Buenos Aires lo vió llegar ufano
A su puerto; y con ánimo impaciente
Sus armas valerosas preparaba
Y del combate la señal ansiaba.

Por desgracia tenía un gobernante,
Que humilló el apellido Sobre-Monte;
El cual juzgó el peligro tan gigante
Que en Córdoba buscó nuevo horizonte,
Dejando que el inglés muy arrogante
Al anchuroso río lo remonte;
Más un francés, que supo honrar la España,
Dispuso rechazar la gente estraña.

Reuniera á su blasón esclarecido
Buenos Aires, la prez de la victoria
No encubrirán tinieblas del olvido
El lauro inmarcesible de su gloria.
El dirá al extranjero, que atrevido
Intentase ofenderla: «Vé mi historia,
En ella se halla escrito mi heroismo
Enseñando á otros pueblos patriotismo.»

Montevideo, que en su infancia estaba
En su defensa demostró su brío;
Pues al britano intrépido cansaba;
Este con gigantesco poderío
Consiguió conquistarla y la guardaba
Como guarda á un leoncillo muy bravío
Entre inquietud y riguroso esmero
Un audaz domador ó carcelero.

Salud ciudades, de la Plata dueñas,
La lira cesa ya del solitario;
Más antes, al mirar vuestras enseñas
Ondular, las saluda temerario;
Y pide á vuestras brisas más risueñas
Y al Pampero gigante, extraordinario,
Os lleve su saludo respetuoso
En un eco vibrante y sonoroso.

Permitidle, también salude ufano
Y con lealtad, la hispánica bandera;
Lo acarició en la cuna el sol hispano
Y no podrá olvidarlo aunque quisiera.
El ha cantado al pueblo americano
Y la verdad con su trovar no hiriera;
Más siguiendo el recuerdo en vago giro
Manda al león de España, fiel suspiro.

Al león español, que audaz guiara
El valor sin rival de tus abuelos
América del Plata, y los guardara
Burlando de la envidia los anhelos.
Ese hispano valor, que se elevara
Tan alto y con férvidos desvelos
Protegió á los valientes pobladores,
De indianos belicosos, domadores.

Los siglos puede ser que al fin derrumben
Los gigantescos Andes orgullosos,
Más las glorias hispanas no sucumben
Sepultadas por años borrascosos:
Ellas, será preciso que retumben
Eternas cual los hechos prodigiosos
De los bravos y nobles caballeros
Que fueron pobladores y guerreros.

¡Oh Plata!, cual avaro su tesoro
Guarda la libertad que consiguieras:
Más respeta por gloria y por decoro
Aquellos á quien tánto les debieras . .
Los nombres de tus padres con desdoro
No debes pronunciar; si los veneras
El tuyo volará de gente en gente,
Resonando glorioso eternamente

Al estudiar tus hechos del pasado
Que un porvenir te auguran sonriente,
El bardo se alzó altivo y admirado,
Sintiendo que un volcán ardió en su mente
Y le cantó entusiasta é inspirado
A tanto noble corazón valiente,
Rogando al eco del gigante río
Repita el canto con sonoro brío.

Y con denuedo, saludó trovando,
Al pabellón que acarició la gloria,
Cuando á gigantes pasos caminando
Lo vengó de una ofensa una victoria;
Algún día sus hechos proclamando
Irá de gente en gente justa historia,
Y cien bardos rivales de Ossian
Con númen inmortal le cantarán.

Canto XXXVIII.

Triunfo de la caridad cristiana

Se alza pura y triunfante
En magníficos templos y en cabañas,
Que elevó el heroísmo,
La Cruz iris de amor del cristianismo.

Muestrase allí esplendente
Sirviéndole de cielo al desgraciado
Esa cruz sacrosanta,
Cuyo poder el universo canta.

Yo á ella me dirijo,
Y á su sombra de paz amante busco,
Y en su tranquilo templo
Menos aislado y triste me contemplo.

Ella logró humildosa
Derrocar el poder de la sevicia:
Ella con luz cristiana
Iluminó la tierra americana.

Ella con amor puro
Atrajérase al indio turbulento,
Y le mostró la cumbre
En que impera de Dios la eterna lumbre.

Ella con su dulzura
En el pecho infundió de los malvados
El arrepentimiento
Y los libró del perennal tormento.

Y consiguió brillante
Desterrar las tinieblas de ignorancia
Y sus templos alzaron
Aquellos que su amor atesoraron.

Y elevó en los desiertos
De una incógnita zona, sin cultura,
Los faros que guiarán
A los que sin su luz se extraviaran.

Y dió á los bosques tristes
Sus más amenas sombras sonrientes,
En donde sus plegarias
Le dirigen las almas solitarias.

Y á los écos dormidos,
Siglos que nunca fueron bien contados,
Despertara contentos,
Con sus nobles y férvidos acentos.

Y con los argentinos
Clamores, de esquilones misioneros,
Y con los retumbantes
Sonidos de campanas atronantes.

Tú, caridad, llevastes
A las selvas los trigos bienhechores,
Y á los amenos prados
Cubriste con los útiles ganados.

Y á los soberbios ríos
Rasgó por tí la temeraria quilla,
Y alejastes sus brumas,
Haciendo rebrillar á sus espumas.

Tú, en fin, tu amor le diste,
Con la santa dulzura que es tu lema
A los pueblos indianos,
Moderando el rigor de los hispanos.

Y á todos dadivosa
Socorristes amante y desvelada,
Siendo la providencia,
Que templó del guerrero la inclemencia.

¡Oh caridad sublime!
Oye piadosa mis humildes cantos,
Ellos tu amor aumenten,
Y en el Plata tus glorias se fomenten.

Y ella en el Nuevo Mundo
Logre por generosa ser primera,
Y á ella las otras zonas
De la virtud le ofrezcan las coronas.

Y tu esplendor fecundo
Ilumine la noche tenebrosa
Del egoísmo insano,
Que se arrastra en el cieno, cual gusano.

Ese vil egoísmo
Que rechaza lo noble y lo desprecia,
Escoria de la vida,
Por Satán al humano concedida.

Cuya torpeza busca
La oscuridad, el vicio y la pereza,
Y solo al oro acata,
Queriendo alzarle altares en el Plata.

Altares; mal he dicho,
Diré más bien hogueras destructoras,
Que lograran crueles
Consumir sus virtudes y laureles.

Alzate tú triunfante
Sublime caridad, gloria del cielo;
Y tu esplendor fecundo
Arroje al egoísmo de este mundo!

CONCLUSIÓN

Á LA SOMBRA DE COLÓN

SONETO

Muéstrame tu esplendor sombra divina
A través de las nubes que te velan,
No desoigas mis cantos que á tí vuelan
Une á ellos tu voz que predomina.
Ella mis pensamientos encamina;
Librándolos de penas que desvelan
Tus palabras, que nobles me revelan
Riquezas de la América Argentina.
Inspírame Colón nuevas canciones,
Si mi humildad tu afecto ha merecido;
Tu á mi lira le diste vibraciones,
A tu ruego he cantado orgullecido;
No me dejes vagar sin ilusiones
Y salva la Argentiada del olvido.

FIN DEL LIBRO QUINTO Y ÚLTIMO DEL POEMA

VOCABULARIO

De las voces Guaranies, Lules y Pampas (ó Aucas) que se han usado en la Argentiada.

VOZ GUARANÍ	SIGNIFICACIÓN ESPAÑOLA	Autor histórico ó persona de quien se ha tomado
Tupá	Espíritu bueno	D. J. M. Lasota
Añang	Genio del mal	»
Guazú	Grande, inmenso	»
Ibirapayé	Arbol espectro	»
Yabebí	Pez raya	El P. Ruiz Montoya
Gñandú	Avestruz	»
Viraró	Palo amargo	Lasota
Jaguar y Yaguar	Tigre	P. Guevara
Sarandí	Especie de sauco	Lasota
Maraca	Calabaza llena de piedras	P. Guevara
Uguayapi	Culebra de cascabel	P. Ruiz Montoya
Macana	Maza de madera	P. Lozano
Chicha	Licor extraído del algarrobo y lentisco	Lasota
Bó	Señal de ataque	Ruiz de Montoya
Cauyu	Almaciga	Lasota
Tuyú	Pájaro de dulce canto	»
Ahuivá	Salsafras	»
Sina-sina	Matorral	»
Curupí	Especie de sauce	P. Guevara
Hupí	Hechicera	»
Gñangapiré	Palo fuerte	»
Mulli	Lentisco	Lasota
Cabohtunaims	Flor del aire	Un indio guaraní del Paraguay
Amaberá	Relámpago	P. Ruiz Montoya
Ayeguay	Penacho de plumas	»
Amotarey	Enemigo	»
Tape	Aduar ó pueblo	Lasota
Ibicuá	Sepultura	P. Guevara
Caaruí	Noche	P. Ruiz Montoya
Ara	Día	Lasota
Tabey	Soledad	P. Ruiz Montoya
Taguato	Alcón blanco	Lasota
Yupacaní	Aguila	»
Tambetá	Quijada de la palometa	P. Guevara
Quillapí	Especie de poncho	
Güembé	Fruta esquisita como la piña de la Habana	P. Quiroga
Ivavirae	Especie de durazno sin hueso	»
Pacobai	Plátano	»
Yetí	Batata	P. Ruiz Montoya
Mataco	Cuadrúpedo con una concha como la tortuga	Lasota y Guevara
Tatú	De la especie del mataco	»
Carpincho	Idem más grande	»
Yayazú	Cerdo javalí	P. Ruiz Montoya
Picuí	Tórtola grande	»
Yacú	Pava del monte	»
Turipopo	Perdiz	P. Guevara
Pacues	Peses de los grandes ríos	»
Zurubís	» » » » »	»
Mazacaras	» » » » »	»
Tumbay	Arbol de hongo muy grueso	P. Quiroga
Ibicuará	Silo	P. Ruiz Montoya

VOZ GUARANÍ	SIGNIFICACIÓN ESPAÑOLA	Autor histórico ó persona de quien se ha tomado
Tabey Tecuará	Solitario	P. Ruiz Montoya
Ibirás	Arboles	»
Cheremy	Adivina, buena	P. Guevara
Cozubirú	Torbellino de viento del O. y S. O.	P. Ruiz Montoya
Ubajar	Arbol que da fruta	Lasota
Pindobares	Palmares	P. Quiroga
Cachiguas	Arbol muy esbelto	»
Tarumas	Olivo silvestre	»
Pacobares	Bosque de plátanos	»
Tutunca	El cardenal	P. Techo
Camazaraguá	Ruiseñor	P. Ruiz Montoya
Guyrapú	Pájaro campana	D. Féliz Azara
Capijana	Monte bajo espeso	»
Guazuvirá	Especie de gacela	P. Guevara
Auguay	Perfume resinoso	Azara
Pucú	Ciervo	Lasota
Yapacaray	Arbol muy frondoso	Azara
Chuñá	Especie de paloma	P. Quiroga
Tieyubré	Idem del jilguero	»
Ombú	Arbol gigantesco	»
Teru-Teru	Especie de grulla pequeña	Es su actual nombre muy conocido por ser un ave general en el Plata.
Chajá	Pato gigantesco	P. Guevara
Irupey	Maíz silvestre	»
Camini	Yerba llamada misionera	Sir Woowue Parish
Caacogoi	Yerba que nombran Paraguaya	P. Ruiz Montoya
Voz Auca ó Pampa		
Huinchá-ventrú	Dios bueno	Un capitán cautivo mucho tiempo entre los indios de la Pampa
Gualicho	Genio del mal	P. Guevara
Cadupaní	León negro	Lasota
Quilquil	Pajarito	S. W. Parish
Lemoró-Lincoln	Langosta	Lasota y Parish
Libes	Bolas enlazadas de que se sirven los indios	P. Guevara
Tapiro	Hormiga gigantesca	»
Ayaguá	Espíritu que produce las enfermedades	»
Sucarath	Especie de oro	»
Nensrú	El león del Suró canguar	El referido capitán

Nombres de los personajes históricos y novelescos (*)

RAZA GUARANÍ

INDIOS

TRIBU	NOMBRE	SIGNIFICACIÓN ESPAÑOLA	Autor histórico ó persona de quien se ha tomado
Guaraní	*h.* Oberá	Resplandor	Deán Fúnes
»	*h.* Guayracá	Señor del Guairá	»
»	*h* Guizaro	Rayo de luz	P. Lozano
»	*h* Lambaré	Señor de la Sierra	P. Techo
»	*h.* Yamandú	El muy astuto	P. Lozano
Charrúa	*h.* Zapicán	Sereno en el combate	P. Ruiz Montoya y Schimilder
»	*h.* Querapí	Sueño ligero	P. Montoya
»	*h.* Abayubá	Cabelludo	»
Bohan	*h.* Tabobá	Rudo, brusco	»
Guaraní	*n.* Oberabó	Agil	»
Arechan	*h.* Piaguapí	Animoso	»
»	*h.* Alborebí	Como el *anta*	P. Guevara y Lasota
Charrúa	*n.* Ayeaparí	Giboso	P. Montoya

RAZA «CARACARA» (**)

Timbú	*h.* Mangoré	Inquieto	Pini Diaz de Guzmán y el P. Pedro Cano
»	*h.* Siripo	Previsor	»
»	*h.* Manuá	Escurridiso	
Lule	*h.* Chululú	El más rápido	P. Barzana

RAZA AUCA (***) (de la Pampa y Patagonia)

Querandí	*h.* Pnellucatel	Señor de la Sierra	El dicho Capitán
Ranquel	*h.* Tilalitú	Señor de la Laguna	»
Pehuenche	*h.* Cuchicalquin	Aguila	Lasota y Parish, este varia escribiendo Cuchacalquin.
Moluche	*n.* Curimangüé	Cóndor	»
»	*h.* Painamangüé	Cóndor viejo	»
Chiquillán	*n* Pichumangüé	Buitre	»
»	*h.* Llampiro	El negro	Falkner
Pampa	*h.* Nagüel.	El tigre	S. W. Parish

INDIAS

Guaraní	Porema	*n.* Pureza	P. Montoya
»	Ibaeruri	*n.* Raso cielo	»
»	Oyebé	*n.* Pie leve	»
Timbú	Pindobá	*n.* Cogollo de palma	»
»	Curiyú	*h.* Culebra boba	»
Bohan	Cuapuen	*h.* Gallardía	»
Querandí	Maripil	*n* Vívora	Lasota y Parish
Moluche	Aneapichui	*n.* Perdiz	»
Pampa	Machi	*n.* Hechicera	Parish

(*) Para indicar los que sean históricos nos serviremos de una *h* y los que sean novelescos una *n*.

(**) Esta raza se considera una mezcla de las razas lule y guaraní.

(***) Los que hoy se nombran indios Pampas son los restos de los nombrados querandíes, según la opinión de varios historiadores. Entre ellos hemos notado alguna discordancia en los nombres: si bien ésta es solo en el cambio de una vocal ó consonante; lo que nos hizo dar la preferencia á escritores argentinos por considerarlos más autorizados que los extranjeros, en cuestión de ortografía, tratándose de idiomas indígenas.

INDICE GENERAL

PARTE SEGUNDA—LIBRO IV—1620-1730.

LIBRO V — 1730-1808.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Catolicismo y el Socialismo en la América del Sud — *Estudio filosófico.*

Revista de Legislación y Jurisprudencia.

Recuerdos y Fantasías — *Rimas.*

Un Corazón Español — *Drama histórico.*

Don Juan Diaz de Solís — » »

La Cristiana y la Morisca — *Novela.*

La Flor del Aire — *Colección de articulos satiricos.*